

CONCURSO HISTORIAS de
NUESTRA TIERRA

Me lo contó mi abuelito

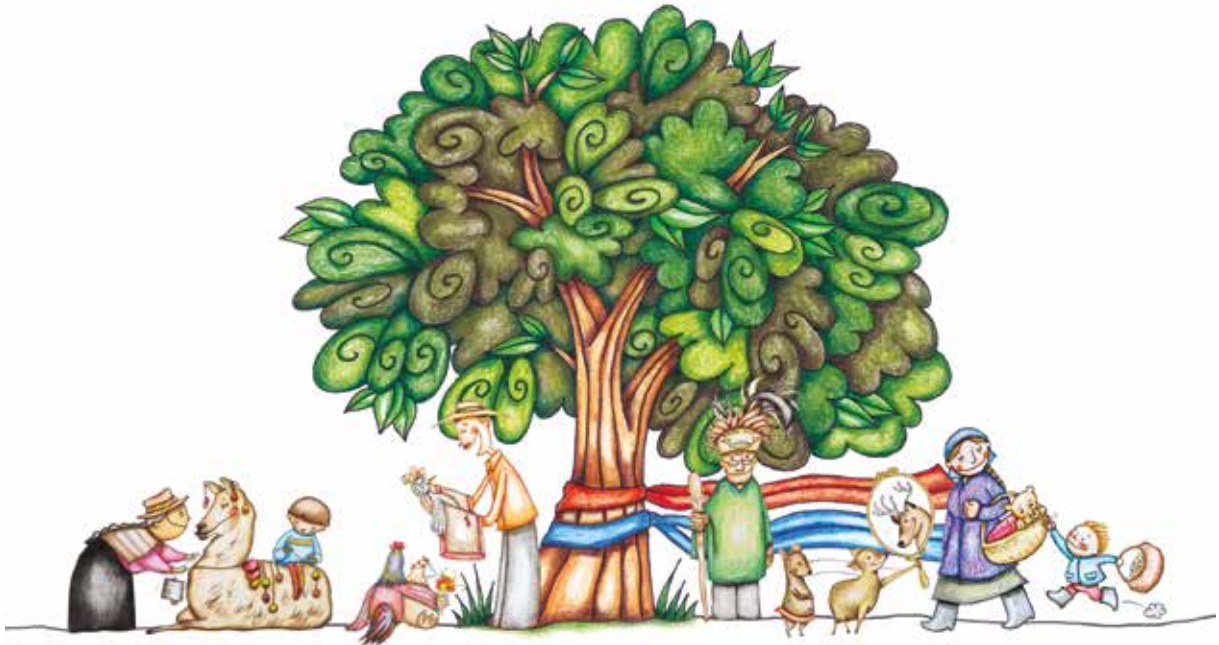
21 años



CONCURSO HISTORIAS de
NUESTRA TIERRA

Me lo contó mi abuelito

21 años





Coordinación de contenidos:
Christine Gleisner, Sara Montt (Área de Cultura y Capacitación)

Diseño:
Victoria Neriz (Área de Publicidad, Diseño, Ferias y Eventos)

Ilustraciones:
Katerina Gleboff

Derechos reservados

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 241.453
ISBN: 978-956-7215-55-3
Mayo 2014, Santiago de Chile

Imprenta Ograma

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
PALABRAS A LOS ESTUDIANTES	6
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
El secreto de mi bisabuelo	10
Tradiciones y costumbres	15
Pedro, un gran niño y hombre	20
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Mi abuela y el espantademonios	24
El zorro y el cóndor	26
Sireno: el espíritu de la música	28
El mismo tiempo del tatarabuelo (cuento del cóndor)	30
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
El floramento	34
El floreo	36
El Licancabur y el Láscar	38
REGIÓN DE ATACAMA	
El anciano y el diablo	40
El pollito encantado	43
Pepe Chatarra	46
REGIÓN DE COQUIMBO	
El chivato de las barbas de oro	49
El espino chato	51
Helados artesanales	53
La carreta fantasma	55
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
La guitarra cumple sueños	57
Puma y Conejo, amigos	60
Mi abuelo Valentino Riroroko Tuki	65
REGIÓN METROPOLITANA	
El porte de un pudú	68
Pedrito ayuda a prevenir el smog	72
La flor y la llama	74

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

El misterio del nombre Quelantaro	78
Las andanzas de Pedro Chicharra	81

REGIÓN DEL MAULE

La abuelita Filomena	83
La Virgen de Lora y sus visitas	86

REGIÓN DEL BIOBÍO

Y por eso estoy huérfano	88
Un ave incomprendida	90
Recordando el pasado	93
La vaca loca	98
Recuerdos no olvidados	100

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

El culebrón de Martini	102
El amor entre una gallina y un pollo	104
Mi abuelo, el puma y el cuesco de cerezo	106
Vamos a la feria	109

REGIÓN DE LOS RÍOS

Tremebunda	111
La mejor historia de mi abuelo	117

REGIÓN DE LOS LAGOS

La novia de mi abuelo	120
El lamento de una difunta	124
El naufragio de la Margarita	127
La abuelita Guille y los partos	130

REGIÓN DE AYSÉN

Mis súper vacaciones de invierno	132
La yunta	134
El pacto	137

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

La casona misteriosa	139
Terremoto blanco	142
Las Luces de la laguna blanca	145

PRESENTACIÓN

Este libro reúne los mejores cuentos escritos por niños y jóvenes a lo largo de todo Chile. Gracias a ellos podemos saber cuál es el secreto para ser un buen *lakita*, persona que toca la zampoña en las fiestas del norte de Chile; conocer a la abuelita Filomena, agricultora del mar, de Duao; descubrir hasta dónde puede llegar el amor entre una gallina y un pollo; y viajar a Belén en la Región de Arica y Parinacota, donde se realiza una gran fiesta para celebrar a San Santiago.

Los autores de todos estos cuentos participaron el año 2013 en el concurso “Historias de nuestra tierra”, en la categoría “Me lo contó mi abuelito” para menores de 18 años. El concurso es organizado por el Ministerio de Agricultura a través de la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (Fucoa). El certamen tiene más de veinte años de trayectoria y premia cada año a quienes comparten su talento escribiendo cuentos relacionados con el mundo rural chileno.

Gracias al apoyo del Ministerio de Educación (Mineduc) ha sido posible publicar una vez más “Me lo contó mi abuelito”, libro que el Mineduc distribuye en las Bibliotecas Escolares CRA. Esperamos que estudiantes y profesores puedan disfrutar de la lectura de estos cuentos, escritos para ellos por niños, niñas y jóvenes de todas las regiones del país.

Bárbara Gutiérrez

Vicepresidenta Ejecutiva
Fucoa

PALABRAS A LOS ESTUDIANTES

Entusiasmado por el interés con que los estudiantes autores de este libro cuentan lo que les contó su abuelito, se me antojó subirme a la máquina del tiempo y empezar estas palabras tal como comenzaban a contarnos los abuelitos y sobre todo las abuelitas de antaño: *hace mucho, muchísimo tiempo –tantísimo tiempo que yo era joven– llegué como profesor a una vieja escuela rural del sur, donde mi sala de clases no tenía puertas ni ventanas...*

Pero en ese mismo punto desembarqué de mi viaje al pasado y trasbordé al presente donde hace poco, poquísimos días –este verano– pasé algunos días en ese campo, y en un computador de mi antigua escuela rural respondí varios email atrasados...

–¡Cómo cambia todo! comentó un testigo de la escena y yo lo creí, aunque lo creí sólo hasta leer las hermosas 48 historias que forman este libro, porque en ellas –bajo la superficie cambiante de la globalizada información diaria, llena de novedades– se conserva la tradición, esa fuerza que no nos encadena al pasado, sino que a través de su recuerdo nos enlaza al futuro de la comunidad.

Esa es la enorme importancia que le asigno a este libro y que lo hace especial y distinto a todos los que a diario cargan en sus mochilas.

Otro aspecto muy valioso es su amplitud, el hecho de presentar sin diferencia alguna los escritos de niños y niñas desde cuarto año de enseñanza básica hasta cuarto año de educación media.

A tal amplitud de concursantes –mérito de los organizadores, corresponde otra, mérito de los participantes– y es la gran variedad temática. Desde el texto cercano al reportaje, interesado ante todo en dar a conocer costumbres de su terruño y ligado a actividades tradicionales; los mitos y leyendas regionales llevados a experiencias personales o familiares; faenas de la vida diaria en que situaciones sociales, geográficas o climáticas ponen a prueba la condición humana, como es el reconocimiento a las antiguas parteras campesinas.

Acertado me parece que –tanto frente a la naturaleza terrestre como a sus seres vivos– no se observe una expresión discursiva de la preocupación ecológica, como de lección aprendida, sino que ella aparezca como una reacción inseparable frente a los acontecimientos, especialmente en nuestra frecuentes situaciones de catástrofes. Saludable me parece también cierto sentido del humor, indispensable para el cultivo de la chilenidad en las nuevas generaciones.

Por último, con mis felicitaciones a los participantes, a su familias, a sus lugares, sus escuelas y sus profesores, mis colegas –con premios o sin ellos– permítanme algo tan propio de la cultura rural como es enviar saludos o recados:

1. Para Valentina, de 4º básico, que no alcanzó a conocer a su abuelita Guille, pero la siguió amando toda la vida en Calbuco, donde en 1945 viví con mi abuelita Eudocia y en cuya escuela de hombres entré al *silabario*, como llamábamos al primer año básico de entonces.
2. Para Cecilia Millaray, de 5º básico, de Combarbalá, en recuerdo de mis alumnas y alumnos de la escuela y del liceo de esa ciudad, cuyas tareas de Castellano publiqué en mi libro *Mitos y leyendas de Chile*.
3. Y a Franco Alberto y Andy Fabián, de 1º año medio del Liceo Agrícola de Coyhaique: quiero que sepan que están en un establecimiento tan importante, que cuando el Presidente Pedro Aguirre Cerda le escribió a Gabriela Mistral pidiéndole que regresara a Chile, ella le contestó que lo haría con gusto ¡pero solo como Directora de una Escuela Normal Rural o de un Colegio Agrícola!

Floridor Pérez

Poeta y profesor rural

CONCURSO HISTORIAS de
NUESTRA TIERRA

Me lo contó mi abuelito

21 años

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL SECRETO DE MI BISABUELO

Corali Isolett Fernández Quispe (8° Básico)
Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada
Arica

Primer lugar regional
Primer lugar nacional

Soy una niña de 13 años y les voy a contar la historia de mi bisabuelo. Hace muchos años, en un pueblo llamado Putre, se conocieron mis bisabuelos Isaac y Dionisia. Ambos eran muy jóvenes: él, con 17 años, cargaba en su espalda a un pequeño bebé de tan solo un año, envuelto en una manta de aguayo, y ella, con apenas dieciséis años, cargaba de igual manera a otro bebé de la misma edad. Ambos eran padres solteros, situación difícil, ya que era muy mal visto en aquellos tiempos.

Isaac y Dionisia trabajaban en una feria que viajaba de pueblo en pueblo, abasteciendo de mercadería a todos los poblados altiplánicos de nuestra zona norte. Al estar los dos en la misma situación, empezó entre ellos una amistad que con el tiempo se transformó en amor. Entonces decidieron casarse, prometiendo aceptar a los dos bebés como si fueran de ambos, sin hacer diferencia alguna y registrando a los niños con sus apellidos, es decir, como si siempre hubiesen sido hermanos.

Decidieron vivir en Arica, ya que habían ahorrado algo de dinero, que les alcanzó para comprarse una pequeña casa. Mi bisabuelo me contaba que fueron tiempos muy duros, porque ellos estaban solos,

sin tener más familia que ellos mismos. A Isaac su madre lo había echado de la casa a los seis años de edad, con tres papas cocidas y un trozo de charqui atados en un pañuelo, lo que debía ser suficiente para emprender su viaje a la vida, sin regreso. Él era el menor de doce hermanos, los cuales corrieron la misma suerte, tomando todos caminos diferentes. Olvidé mencionar que ellos vivían en un pueblo muy lejano ubicado en la frontera de Bolivia y Chile, donde la pobreza y la soledad eran inmensas, casi tan grandes como el frío del lugar. Mi bisabuelo me contaba que ellos no hablaban en español, sino solo en lengua aymara. Imagino que debe haberle costado mucho aprender el español, porque al hablar siempre cambiaba las "i" por las "e".

Mi bisabuelo emprendió a pie su viaje a la vida, ya que en esos lugares no había ninguna movilización. Fue recorriendo cerros y caminos desérticos, ofreciéndose en cada pueblito para trabajar como pastor de llamas, alpacas y corderos. Como era apenas un niño de seis años, su paga era solo un plato de comida, pudiendo dormir bajo el techo de algún establo, al menos por una noche. Yo creo que él recorrió a pie todo el altiplano. En fin, así pasaron

los años y mi bisabuelo pasó por muchas cosas tristes y difíciles en su vida, situaciones que quizás prefirió no contarme por mi corta edad, aunque su rostro y sus manos evidenciaban una vida muy dura.

Por su parte, mi bisabuela Dionisia se crió con sus padres en un pueblo de la sierra peruana, siendo la octava de nueve hermanas. Trabajaba pastoreando animales junto a su familia, que era muy pobre. Un día que mi bisabuela Dionisia llegó a su casa luego de haber salido a pastorear a las ovejas, se dio cuenta que un hombre extraño y bien vestido le entregaba a sus padres unos grandes sacos de arroz y azúcar. Para ella eso era muchísimo, un signo de riqueza. Desde ese día nunca más volvió a ver a sus dos hermanas mayores de trece y catorce años de edad.

Un día pasó por su pueblo un matrimonio bien vestido, que hizo amistad con su padre. Al día siguiente llamó a mi bisabuela y la presentó al matrimonio. Ella, con tan solo ocho años de edad, había sido vendida como empleada a aquella pareja a cambio de dos quintales de harina. Solo entonces supo lo que les había ocurrido a sus hermanas mayores; la vida era muy dura, sobre todo en aquellos lugares tan apartados de la civilización. Aunque mi bisabuela lloró e imploró a su padre para que no la entregara, este no la quiso escuchar y la envió con aquel matrimonio.

Ellos la llevaron muy lejos de sus padres, a un pueblo cercano a Arica. Afortunadamente, era gente buena y ella trabajó sin problemas en los quehaceres del hogar hasta los doce años de edad, cuando lamentablemente su patrón falleció y su patrona, que se había quedado viuda, decidió venderla a otra familia. Sus nuevos patronos eran muy duros

y la golpeaban constantemente, pero Dionisia no aguantó más y se escapó, llegando a un pueblo cercano. Dado que ya tenía trece años, buscó trabajo como empleada doméstica. En ese entonces ya empezaba a ganar su propio dinero, pero se enamoró de un mal hombre y a los catorce años quedó embarazada, siendo abandonada por su pareja. Tuvo que seguir trabajando hasta juntar un poco de dinero y a los quince años tuvo a su bebé. Una vecina que se compadeció de ella la asistió en el parto, el cual tuvo lugar en la misma casa donde trabajaba como empleada y donde le habían permitido quedarse solo hasta que diera a luz.

Y así llegó a Putre, cargando a su bebé. Con el dinero que había juntado pudo trabajar como comerciante en la feria de ese pueblo y así fue como conoció a mi bisabuelo, quien también cargaba un niño. Como dije anteriormente, la vida era muy dura y los dos tenían que trabajar, turnándose para cuidar a los niños. El hijo de mi bisabuela se llamaba Samuel y el de mi bisabuelo, Alberto. Cuatro años después, la familia vivía en Arica. Para comprar mercadería debían viajar en tren a Tacna y cuando volvían a Arica, recorrían a pie almacén por almacén, ofreciendo los productos. Un día era el turno de trabajar de mi bisabuela y mi bisabuelo Isaac se quedó en casa, cuidando de los niños que a esa edad eran muy traviesos. Para él, las cosas tampoco eran fáciles. Mi bisabuelo me contó con gran tristeza que ese día en la tarde, cerca de las 19:00 horas y cuando mi bisabuela Dionisia estaba por llegar, uno de los niños, Samuel, se cayó de la silla y él corrió a levantarlo porque lloraba producto del golpe. Entonces escuchó el silbido de la tetera que tenía puesta en la cocina. Acto seguido escuchó el desgarrador grito de Alberto quien, en su inocencia

y curiosidad, había dado vuelta la tetera vertiendo el agua hirviendo sobre su pequeño y frágil cuerpecito.

Rápidamente tomó a los dos niños y los llevó hasta la posta de urgencias. Cuando mi bisabuela llegó a casa, su vecina le contó que su esposo había tomado un taxi para ir a la posta con los niños. Cuando ella llegó, Isaac lloraba en la sala de espera. Al verlo llorando junto a Samuel, ella se acercó y se abrazaron.

No dejaron pasar a ninguno de los dos a ver al niño, del cual no sabían nada. Gracias a Dios, Samuel estaba bien, ya que solo había sido una caída. Cerca de las dos de la madrugada, salió una enfermera y les dijo que su hijo Alberto estaba bien, pero cuando quisieron verlo, ella les dijo que no podían entrar porque el niño estaba con el doctor, tomando una taza de leche. Debían volver al día siguiente, temprano por la mañana. Cuando regresaron a buscarlo, el doctor los hizo pasar a los tres. Los llevó a un pasillo donde había una camilla, luego levantó la sábana que la cubría y les dijo que su niño había muerto; debían retirar el cuerpo y llevárselo.

El mundo se les vino encima: habían perdido a su hijo, y aunque era hijo de mi bisabuelo, Dionisia lo quería como si fuera suyo. Lloraron mucho, pero ya no había nada que hacer y fueron a sepultarlo al cementerio general de Arica. A los dos años tuvieron un hijo en común y más tarde una niña, aunque siempre recordaban con mucho cariño y tristeza a Alberto, que a sus cortos cuatro años había encontrado la muerte. Al primer hijo que ambos tuvieron lo llamaron Bernardo, quien hoy es mi abuelo materno; pasaron muchos años hasta que nació yo. Mi bisabuelo decía que yo era su bisnieta

favorita, por eso siempre me contaba todas sus historias, a veces muy tristes, pero también muy reales, como la vida misma.

Él falleció hace un par de años, producto de un cáncer al hígado causado por su afición a beber vino. Así como durante toda su vida le tocó sufrir, lamentablemente en su muerte atravesó una larga y dolorosa agonía. Cuando los médicos le dijeron que ya no le quedaba mucho tiempo de vida, todos sus hijos, nietos y bisnietos fuimos a vivir a su casa, una gran casa que compartía con mi bisabuela fruto del esfuerzo y trabajo que realizaron durante toda su vida. Una semana antes de que falleciera, entré a su cuarto a visitarlo y a escuchar sus historias que siempre me sorprendían... Mi bisabuelo me dijo que esa sería la última historia que me contaría, la más importante. A causa de su enfermedad, había adelgazado mucho y su voz no tenía la misma fuerza de antes. Me volvió a decir que esta era la última, porque en realidad ya se le habían acabado las historias y cuando a un hombre se le acaban las historias, ya es hora de partir. Además esta era especial, porque hasta ese momento había sido su gran secreto... Me contó que cuando tenía dieciséis años, en uno de esos viajes que realizaba a pie de un pueblo a otro, encontró a una mujer sucia, muy maltratada y en estado avanzado de embarazo. Él quiso ayudarla, pero ella ya no podía caminar; le ofreció agua y apenas bebió un poco, se dio cuenta de que había empezado con los dolores de parto y entonces ella le pidió que la ayudara.

Antes de dar a luz, le dijo que su nombre era Celestina. Le pidió que si su hijo resultaba ser un varón, se llamara Alberto y le hizo prometer a Isaac



que lo cuidaría si ella no sobrevivía. Él la ayudó como pudo en su parto. En esas difíciles condiciones, tomó horas para que el niño naciera, hasta que por fin sucedió y efectivamente era un varón. Como pudo, mi bisabuelo cortó el cordón umbilical, lo limpió y al entregarle el bebé a su madre, se dio cuenta de que ella había muerto desangrada. Entonces cavó un hueco en el desierto, sepultándola en el mismo lugar donde la encontró y emprendiendo nuevamente el camino, ahora con un bebé en los brazos, muy abrigado con mantas y aguayo.

Una vez que llegó a la feria donde trabajaba, pidió ayuda y consejos a las comerciantes que ya eran madres, diciéndoles que era su hijo. No sé por qué razón nunca se lo contó a mi bisabuela, quizás temía que ella no quisiera al niño tanto como llegó a quererlo. Tampoco me atreví a preguntar el por qué, pero ese era su gran secreto. Pienso que dentro de su ignorancia y de todo lo que le tocó vivir, mi abuelo fue una gran persona, un gran hombre y quiso compartir su secreto conmigo. Ahora yo quiero compartirlo con todos ustedes.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

TRADICIONES Y COSTUMBRES

Katherine Alexandra Subieta Martínez (8° Básico)
Escuela D-4 República de Israel
Arica
Segundo lugar regional



Mis abuelitos me han contado desde niña sobre el pueblo del que provienen, donde han nacido todos sus hijos, incluyendo mi padre. Se trata del pueblo de Belén, donde también he vivido acontecimientos importantes de mi vida. Desde muy pequeña me han llevado allí a ver sus paisajes, recorrer sus campos, caminar por sus ríos, por sus cerros, ir a ver a los animales. He conocido también algunas plantas del lugar, como los eucaliptus, la menta, que se encuentra cerca del río, y el cedrón, con su olor tan rico.

También he sacado el berro del río, que es rico hecho ensalada, pero lo más importante es que he podido conocer a la gente del lugar, que es muy cariñosa, amable y coopera en cualquier actividad que se realiza. Además, he podido respirar aire puro y limpio. En Belén se realizan varias fiestas al año. He estado presente en algunas de ellas y me han gustado mucho, porque contienen muchas costumbres y tradiciones de mi pueblo aymara, al cual estoy orgullosa de pertenecer. Le agradezco a mi familia por no haber perdido las raíces. Ahora les voy a contar sobre la fiesta más grande que se realiza en el pueblo y que se celebra el 25 de julio en honor

al Apóstol San Santiago, pero antes quiero contarles dónde se encuentra mi querido pueblo: Belén es una localidad ubicada en la comuna de Putre, Provincia de Parinacota, Región de Arica, al norte de Chile. Su altitud es de 3.240 metros.

Respecto a la fiesta, hay distintos cargos: mayordomos, que asumen por tres años, los alféreces, que asumen por un año, al igual que los cabecillas. Es posible que hayan varios tipos de mayordomos, tales como: mayordomo del Señor, mayordomo de la Virgen del Rosario, mayordomo del Apóstol San Santiago, mayordomo de la Virgen de Candelaria, mayordomo de las ánimas (almas) y mayordomo del Niño Jesús.

La entrega de cargos para mayordomos nuevos empieza en agosto y se hace realizando la *cuyana* (entrega de llaves). Es un baile muy bonito donde el mayordomo anterior le entrega al nuevo un saco con semillas de papas para que siembre. Esa es la costumbre de los mayordomos del Apóstol. Después viene el *pachallampe*, la siembra de semillas de papas, donde se invita a la gente del pueblo para que ayuden y acompañen a sembrar. También se les

recibe con comida y, mientras van sembrando, van cantando la respectiva canción del *pachallampe*.

La fiesta del Apóstol San Santiago empieza el 23 de julio y termina el 27 de ese mes. Antiguamente duraba ocho días, pero ahora solo dura cinco. Todo comienza el 23 en la noche, cuando el *yatiri* (sabio, guía espiritual) realiza una ceremonia llamada *lorechuga* donde se mata un cordero, y se derrama su sangre en las cuatro esquinas de la torre y de la iglesia. Este sacrificio se hace para que la fiesta se realice en paz y armonía, y para pedir permiso y bendición a nuestro Señor Jesús.

El día 24 de julio todo empieza con el alba, como se llama cuando tiran 24 cañonazos (tres tiros y cuetes), para dar los buenos días o saludar al Apóstol en la mañana. Esta actividad se realiza en la plaza del pueblo. Esta fiesta religiosa incluye hermosos bailes religiosos que vienen desde Arica al pueblo para venerar al Apóstol, junto a todos los devotos que viajan cada año a renovar su fe al Señor y al Apóstol San Santiago. La banda es recibida por el niño Jesús y por los mayordomos. Luego se realiza una *pawa* (pago), por la llegada y para tener muchas bendiciones.

Ya en la tarde, en la iglesia se viste al Apóstol San Santiago con ropa nueva; y una banda toca durante su vestidura. Se viste con una capa roja nueva traída por los alféreces. El Apóstol también lleva una espada en una mano y un escudo en la otra. Entonces se lo pone en su anda, que es para cuando salga junto a la procesión a recorrer el pueblo. Ahí es cargado por cuatro varones, porque se hace muy pesado de sostener. En la noche ya es la misa y después viene la

procesión, donde sale la Virgen a recorrer el pueblo, siempre con bailes que acompañan su travesía.

También se cuenta con el padre o sacerdote, misioneros y diáconos que acompañan la misa y la procesión. Esa noche, que es la víspera del Apóstol, este no sale, ya que solo sale en su día, el 25 de julio. Después de la procesión por todo el pueblo, se llega nuevamente a la iglesia para dejar en su lugar a la virgencita. A los peregrinos que acompañan en la procesión se les hace entrega de unos faroles de colores con velitas, las cuales que se prenden durante el recorrido. Se ve muy linda la noche con los farolitos prendidos. Todo eso se deja en la iglesia, tras lo cual los mayordomos y los alféreces comienzan a bailar cueca nortina en la plaza del pueblo.

Son tres piezas de cueca nortina y toda la gente se junta alrededor de la plaza, aplaudiendo y festejando con mucha alegría. Se espera hasta las doce de la noche para la serenata al Apóstol San Santiago, ya que es su cumpleaños; entonces lo sacan de la iglesia para saludarlo, pero sólo hasta la puerta. Es muy emocionante ver esto y cantar con toda la gente que viene a festejarlo.

Después siguen tocando las bandas para que la gente baile y disfrute de la fiesta. A un costado de la plaza, los alféreces colocan una mesa y dan *caliente* (vino caliente con azúcar) a todas las personas que están bailando. En otro lugar de la plaza hacen una fogata para calentarse las manos y el cuerpo, ya que estamos en pleno invierno y hace mucho frío. Hay que abrigarse mucho, con gorros, guantes, bufanda y ropa bien gruesa.

El día 25 de julio comienza la *cacharpaya*, que consiste en visitar a los mayordomos de las demás fiestas. Alféreces y cabecillas también acompañan en una ronda, bailando *huayno* y haciendo *pawa*. Cerca de las 9:30 de la mañana comienza el izamiento del pabellón patrio; ahí acompañan los mayordomos, el alférez, las compañías religiosas y el presidente de la junta de vecinos del pueblo. Todos juntos cantamos el himno nacional, el himno de Arica y también el himno de Belén, que a mí me gusta mucho.

Después de eso se va a la mayordomía a vestir a los alféreces. Allí hay gente que acompaña para ver esa costumbre tan bonita. A las mujeres les ponen unas cintas de colores alrededor de la cabeza y un paño en la espalda, mientras que a los hombres les ponen un poncho de vicuña. Todo esto se realiza bailando, es algo muy lindo. Luego todos juntos se van a la misa, tras la cual se inicia la procesión. En ese momento salen el Apóstol San Santiago y la Virgen del Rosario a recorrer el pueblo y dar su bendición. Ese día la gente se prepara con dulces y pastillas para tirar cuando el apóstol pasa por sus casas y los niños que están presenciando la procesión van recogiendo los dulces y se los guardan. Cuando el Apóstol llega a la entrada de la iglesia, las compañías y todas las personas se despiden con los pañuelos o con las manos diciéndole: "Adiós, hasta el otro año será".

Ese día el alférez invita a todo el pueblo a almorzar a la *mayordomía*, donde se baila un rato y luego se marcha rumbo a la plaza. Como es tradición, los mayordomos, alféreces y cabecillas montan a caballo con un guion que carga el mayordomo, dando un paseo por el pueblo, hasta llegar a la plaza.

Después viene la *jirjata*, cuando el mayordomo mata un gallo, que luego tiene que ser cocinado. Luego el alférez coloca dos barriles pequeños de vino en la plaza, separándolos en dos mesas; una de hombres y la otra de mujeres. Ahí deben tomarse todo el barril, turnándose para beber de este. También se hace *pawa* en sus respectivas mesas y se baila toda la tarde en la plaza con las bandas. Luego se va a la mayordomía para desvestir a los alféreces, con la gente acompañando mientras se les desviste y se baila, guardándose la ropa hasta el otro año.

El día 26 de julio, se visita el cementerio ofreciendo una misa para los difuntos. El personal del cementerio está a cargo de la limpieza y orden de los mayordomos de las ánimas. Entonces el sacerdote realiza la misa, junto a los mayordomos y la gente recuerda a sus seres queridos, colocándoles flores, velas, pastillas y queques para repartir a las personas que llegan a visitar las tumbas.

La banda toca una canción para los difuntos, a petición de la persona o familiar y dependiendo del gusto del difunto. Luego, terminando el día del mayordomo, él ofrece el almuerzo y todos van a su casa, donde se hacen *anguñas*. Estas consisten en poner en una pita o rafia una papa, una naranja, una manzana, un morrón, una petaca de licor o una bebida chica, un ají cacho de cabra, una cebolla, un maíz y un trozo de caña dulce. Al momento del baile, se les pone esto a todos los que están allí. Toda esa *anguña* está bendecida y *pawuada* por los mayordomos, entonces hay que comerse todo.

Después se va donde el alférez, que también coloca las *anguñas* y la gente sigue acompañando y se sigue bailando en ronda o rueda como le llaman allá, con música de *huayno* (baile proveniente del Perú). Luego se va donde el cabecilla, que coloca también sus *anguñas* y se baila finalmente alrededor de su casa.

El día 27 de julio, el último día de fiesta, comienza la *cacharpaya* que consiste en recibir a los mayordomos. Los reciben con quequitos, dulces... allí cada persona voluntariamente da de su cosecha (papa, chuño, maíz, etc.) y lo pone en el saco del *capachero*, que es la persona que recolecta los alimentos. Una vez terminado eso, los mayordomos se los reparten en un saco pequeño con cantidades iguales para cada uno de los músicos, todo esto bailando alrededor de estos últimos, los cuales los reciben con mucho cariño y se los llevan.

Luego se va a la iglesia a desvestir al Apóstol San Santiago con la banda tocando para él y se le deja

en su lugar, donde queda todo el año, en su altar. Así termina la fiesta del Apóstol San Santiago y uno se queda esperando con fe y devoción hasta el año venidero su hermosa fiesta, que pasa tan rápido, para celebrar con todas sus costumbres y tradiciones.

Esta es mi historia. Mi querido pueblo tiene hermosas tradiciones y costumbres. Les acabo de describir una de sus fiestas que para mí es muy hermosa y por la cual me gusta mucho venir en el mes de julio, sin importar el frío... ¡Ojalá siempre tenga la oportunidad de visitarte, querido pueblo de Belén, hermosa tierra de mis ancestros!

Belén, hermoso pueblo de mi encanto, aires puros, con sus hermosos animales y lugares que me vieron crecer, le doy gracias por todo lo que me ha entregado, mi familia y su gente querida.

¡Que viva mi pueblo de Belén! ¡Que viva! *Jallalla, jallalla* (en aymara: "Así sea, enhorabuena").



REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

PEDRO, UN GRAN NIÑO Y HOMBRE

Kenny Isaac Cifuentes González (8° Básico)
Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada
Arica

Tercer lugar regional



Esto me lo contó mi abuelito, es sobre las tierras que él posee en el campo.

Esta es la historia de un niño de once años llamado Pedro, que vivía con sus padres en el campo. Debido al mal tiempo y la falta de lluvia, el lugar se había secado poco a poco, hasta parecer un desierto. Pedro, deprimido, lo único que podía hacer era sentarse a esperar que ocurriera un milagro.

Una noche, Pedro se despertó para tomar agua. Eran cerca de las dos de la mañana cuando vio, a través de la ventana de la cocina, una figura que se movía al centro de sus campos. La figura estaba dejando algo en el suelo. Pedro no logró ver qué era y, con el miedo de salir herido, volvió a dormir. A la mañana siguiente se levantó, desayunó y fue a ver qué era eso que había dejado la figura durante la noche. Resultó ser un grupo de pequeñas piedritas pegadas al piso, lo cual le pareció extraño al pequeño Pedro, que no quiso tocar nada, porque pensó que era peligroso. Se puso de pie y continuó ayudando a sus padres, pero más tarde, al entrar a la cocina, vio a su madre llorando. Entonces le preguntó:

–Mamá, ¿qué ocurre? ¿Por qué lloras?

Su madre, muy apenada, le respondió:

–Hijo, tendremos que vender el campo por la cantidad que más podamos.

Pedro no quería llegar a eso, porque sabía que sus padres habían pasado por mucho para obtener ese campo y era su sueño poseer al fin unas tierras.

–Tranquila madre, saldremos de esto como familia –le respondió.

En ese momento, el pequeño Pedro salió a ver cómo estaba el campo y de paso vio las piedras que había dejado la figura nocturna. Esta vez, se encontraban más abajo, enterradas. No le dio mucha importancia y siguió caminando, hasta llegar a un lugar donde nunca había estado. Él sabía que era lejos, pero como estaba deprimido no se fijó en esto. Siguió y siguió, hasta que chocó con un viejo árbol, cayendo al suelo un poco aturdido. Se levantó enojado y le dio una patada al árbol... lo que pasó después fue increíble: el árbol tenía un lado hueco, ya que al patear ese lugar, se había hecho un pequeño agujero. Con sus manos, sacó los pedazos de madera vieja restante hasta hacer un hoyo lo suficientemente grande para

poder pasar. Lo que vio al entrar fue algo mucho más increíble; había unos extraños focos dentro, hechos con ramas y luciérnagas. Era un lugar rústico y estuvo solo un momento ya que, como todo niño, tenía miedo de que entrara algún animal salvaje o algún hombre. Entonces salió lo más rápido posible del lugar y, una vez fuera, tapó el agujero con unas cuantas ramas silvestres, regresando a su campo.

Esa noche no podía dormir. No dejaba de pensar en aquel lugar y en la figura misteriosa. Se quedó mirando al techo, cuando de repente escuchó unos sonidos muy parecidos a los del agua. Al mirar por la ventana vio la misma figura que antes, llevando algo muy parecido a una regadera, desde donde caía algo como el agua, aunque este líquido era mucho más blanco. Esta vez no tenía tanto miedo y decidió salir a ver qué era, pero al momento de dar un paso en el terreno, la figura lo vio, puso la regadera en una especie de mochila y corrió terreno adentro. Pedro volvió a la cama para seguir durmiendo.

A la mañana siguiente, Pedro habló con sus padres, diciéndoles lo que había visto:

–Mamá, papá, he visto un ser que creo que es una persona, plantando unas cosas en el terreno.

–Hijo no hay nadie aquí, es un terreno privado, al menos hasta que tengamos que venderlo –dijo el padre.

–No papá, juro que lo vi. Te llevaré donde la criatura plantó las cosas, sígueme.

Pedro fue al centro del terreno, que era donde había estado la figura. En aquel lugar se encontraba ahora una pequeña plantita. Su padre le dijo:

–Esto debió crecer por alguna semilla que olvidó tu madre, no es nada. Volvamos adentro, que se hace tarde.

Pedro nunca supo quién había sido ese hombre. Quizás cuántas veces había merodeado por los campos.

Habían pasado siete años. Pedro tenía diecisiete años. Había comenzado a trabajar a los doce, gracias a lo cual pudieron mantener las tierras por mucho tiempo. Su padre había fallecido dos años atrás y ahora vivía con su madre. Se pasaba la mayor parte del tiempo trabajando y, aunque sus ingresos no era muy altos, ganaba lo suficiente para poder seguir viviendo.

Ahora se enfrentaba a un nuevo problema, ya que una empresa local quería poner una minera allí. Pedro y su madre, por más que la empresa les ofreció dinero, no querían abandonar sus tierras, ya que con el tiempo había adquirido mucho valor sentimental.

Un día, un hombre de traje negro llegó al campo. Pedro salió a recibirlo, lleno de tierra y con su cabeza empapada de sudor, ya que estaba trabajando con un vecino. El de traje negro le dijo:

–Buenos días señor, me llamo Kevin, y quería hacerle la humilde propuesta de comprar sus campos para abrir una nueva minera, ¿qué le parece?

Pedro, con el ceño fruncido, le respondió:

–Gracias por la propuesta pero no, no venderé los campos en donde viví con mi padre y en los cuales mi familia ha puesto mucho trabajo. Son demasiado valiosos para cambiarlos por algo tan vil como el dinero.

Kevin –el señor de traje– se retiró, conmovido por el argumento.

Pedro regresó al trabajo, esperando que las personas de traje no volvieran a aparecer por ahí. Esa noche, se despertó temprano para preparar las cosas para poder trabajar en la mañana, y vio algo que no había visto hace muchos años: la extraña figura de negro. Esta vez escribía sobre un cuaderno viejo. Pedro, como ya era mayor y más rápido, decidió alcanzarlo. El hombre misterioso lo vio y huyó hacia el bosque. Por más que lo buscó, no lo pudo encontrar. El hombre había desaparecido entre los árboles.

En la mañana, vio venir a más hombre. Le dijeron que tenían el permiso para poder instalar la mina en ese lugar. Pedro estaba devastado, porque el lugar que tanto quería y en el cual había pasado sus mejores años, sería destruido. Su madre también lloraba, pero antes de que las máquinas se encendieran y comenzaran a destruir todo, Pedro les dijo una última cosa:

–Esperen, según las leyes, si este terreno contiene vegetación abundante, no puede ser destruido.

Los hombres de traje se rieron y respondieron:

–Como verás chico, no hay nada en tu campo, es un terreno seco.

En ese momento Pedro corrió hacia el centro de su campo; lloró y una de sus lágrimas en la tierra. De la nada, comenzaron a crecer abundantes vegetales. Los hombres de traje estaban impresionados, no podían creer lo que estaba ocurriendo y no tuvieron más opción que irse, antes de meterse en problemas.

Pedro abrazó a su madre sin saber qué había pasado, pero luego divisó en la lejanía al hombre, el cual ahora parecía un vagabundo. Pedro se acercó a agradecerle por todo, pero antes de poder hablar, el hombre misterioso le dijo:

–Tu gran corazón y tu fe hicieron todo esto posible, eres una muy buena persona.

Después de esas palabras, el hombre caminó hacia el bosque, donde se adentró y desapareció.

–Gracias por todo –dijo Pedro, en voz baja y con una sonrisa en su rostro.

Pedro no volvió a ver a aquel hombre y el árbol que contenía las luces, místicamente, se cerró. Todo en el campo iba bien, había buena vegetación y buen clima.

Y esa fue la historia que me contó mi abuelito, un hombre de muy buen corazón al cual le encanta conversar. Lo voy a querer por siempre a mi abuelito “Pedro González”.



REGIÓN DE TARAPACÁ

MI ABUELA Y EL ESPANTADEMONIOS

María José Mamani Challapa (7° Básico)
 Colegio Sagrado Corazón de Jesús
 Alto Hospicio
Primer lugar regional

En una tarde soleada de verano, bajo aquel tamarugo en el que solíamos reunirnos, mi abuelo me contó la más extraña historia que he oído.

Cuando él era un niño, su hermano menor –que por aquel entonces era un bebé– lloraba y lloraba y nadie sabía por qué. Según cuentan sus ancestros, con su llanto atrajo algunos demonios que vagaban por el desierto.

Su abuela, quien siempre estaba acompañada de un pequeño palo, se puso en camino hacia la quebrada. Ahí, en medio de un potrero, encontró una criatura de aproximadamente 30 centímetros que parecía encorvada y esquelética. Entonces, con ayuda del palo, comenzó a hacer un hoyo en la tierra y el ser comenzó a retorcerse hasta que desapareció.

Entonces la anciana corrió al cementerio del lugar y sin pensarlo desenterró un cadáver, que era de un malvado hombre que había conocido antaño. Tomó su pequeño palito y se lo enterró en el corazón... ¡Cuál fue su sorpresa al comprobar que al hacer esto le salió sangre de su cuerpo! Desde ese momento, el hermanito de mi abuelo nunca más volvió a llorar de esa manera.

Mi abuela era conocida en el pueblo por ser una buena curandera. Tenía el secreto para curar el mal de ojo, las verrugas y para quitar hechizos. Todo el mundo se benefició de sus *trabajitos*, como le llamaban en el interior, pero nunca dio a conocer el verdadero secreto del poder de su palito espantademonios.

Toda una conmoción significó el día de su muerte. Nadie se conformaba, sobre todo porque, por más que buscaban y buscaban, nunca pudieron encontrar el fiel palito que la acompañó durante toda su vida.

Mi abuelo insiste en que busque bajo el tamarugo, pero no puedo, no me atrevo. Aunque me gustaría comprobar si el don sigue en la familia.





REGIÓN DE TARAPACÁ

EL ZORRO Y EL CÓNDOR

Yeniffer Carolina Mamani Ramos (7° Básico)
Escuela de Camiña (F-62)
Camiña
Segundo lugar regional

Mi abuelito me contó que hace años atrás había un zorro que apareció en medio de los montes, cazando pájaros. Justo se encontró con su compadre don cóndor, que le preguntó cómo se encontraba y él contestó:

–¡Bien! Aquí, buscando una lauchita para el almuerzo y a ti, ¿cómo te va?

–Bien, porque me acaban de invitar a una fiesta y a un rico asado de llama allá en el cielo –contestó el cóndor.

–¿Te puedo acompañar? –preguntó el zorro.

–No, porque la fiesta es solo para cóndores.

El zorro le rogó al cóndor hasta que lo convenció y entonces este dijo:

–Bueno, pero con una condición.

–¿Cuál sería la condición? –preguntó el zorro.

–Cuando estemos en la fiesta y los cóndores lancen los huesos al suelo, tú no te lanzarás a chuparlos porque si lo haces yo me iré y te dejaré en el cielo.

–Eso no ocurrirá.

–Entonces ve a buscar tu mejor traje –agregó el cóndor.

El zorro partió a buscar su mejor traje y cuando volvió, su compadre cóndor lo cargó en su espalda y se fueron volando hacia el cielo. Cuando llegaron a la fiesta vieron que había grupos musicales y deliciosos platos de comidas. El cóndor se sentó a comer en la mesa junto con el zorro, a quien le sirvieron una rica *patasca* y un asado de llama. Como aquel tenía mucha hambre, se comió en un segundo toda su comida, mientras su compadre cóndor comía tranquilo. Entonces los cóndores empezaron a lanzar los huesos y el zorro –con un gran apetito– se lanzó a chuparlos. Al ver esto, el cóndor le dijo:

–Me desobedeciste, por eso yo me voy de aquí.

–¡No me dejes! –dijo el zorro.

Mas el cóndor no lo escuchó y se fue. El zorro paseaba dando vueltas y rascándose la cabeza. En ese momento vio una hebra de lana a la que se amarró y por la cual comenzó a bajar gritando “¡Aquí

va bajando Dios!". Entonces vio que se acercaba un grupo de loros y les dijo, burlándose:

–¡Loro pico y mate loro pico y maten los loros!

–Si sigues molestándonos, te cortaremos esa hebra de lana –contestaron las aves, ofuscadas.

–¡No por favor! –decía el zorro, pero continuaba molestando– ¡Loro pico y mate loro pico y maten los loros!

–¡Vamos a cortar la hebra de lana! –dijeron las furiosas aves.

–¡No por favor!

Entonces los loros le cortaron la hebra de lana, tras lo cual el zorro cayó a la tierra y explotó, porque su guata estaba llena de comida y así fue como empezó a florecer la tierra.



REGIÓN DE TARAPACÁ

SIRENO: EL ESPÍRITU DE LA MÚSICA

Alexandra Clariza Ingala Challapa (8° Básico)
 Colegio Sagrado Corazón de Jesús
 Alto Hospicio
Tercer lugar regional



Mi abuelito me contaba que en carnavales y en épocas lluviosas, aparece un misterioso espíritu de la música. Este se llama Sireno y se presenta en forma humana, solamente a músicos.

En una ocasión el espíritu se le presentó a mi abuelo...

Era tiempo de los carnavales y a él le tocaba su primera presentación como *lakita* (es decir tocaba zampoña) en su conjunto musical. Aquella mañana mi abuelo, un poco nervioso por su presentación, fue a practicar a un lugar apartado del pueblo: el río.

Como los carnavales son en febrero, es decir en pleno verano, el río estaba rebalsado y la gente no pasaba tanto por ahí, por temor a la bravura de las aguas.

Cuando llegó ahí, se sentó a la orilla y comenzó a tocar. Soplando y soplando para que sonaran las cañas de la zampoña, se le apareció de repente un hombre, vestido con ropas del color de la tierra y que llevaba en sus manos una zampoña muy

hermosa. Mi abuelo, atónito por ver a aquel hombre, solo se limitó a observarlo. El hombre le habló en aymara y de pronto tomó la zampoña de mi abuelo y la comenzó a tocar. De esta surgió una hermosa melodía.

Cuando el hombre terminó de tocar, le entregó el instrumento y se alejó hasta que desapareció. Mi abuelo, muy sorprendido por este encuentro, se fue corriendo hacia la sede del pueblo. Cuando llegó, le contó a sus compañeros lo ocurrido y ellos le contaron acerca del Sireno. Entonces él descubrió verdaderamente quién se le había presentado.

Al mediodía comenzó la fiesta. La gente gozaba y bailaba al ritmo de las zampoñas y mi abuelo tocó de lo mejor. El carnaval fue un lindo recuerdo que ha conservado en su memoria hasta el día de hoy.

Mi abuelito dice que dicho encuentro con el Sireno le ayudó a tocar bien en su primera presentación. Nunca más se encontró con ese espíritu, pero otros jóvenes músicos del pueblo relatan algo parecido a lo que le sucedió a él.



REGIÓN DE TARAPACÁ

EL MISMO TIEMPO DEL TATARABUELO (CUENTO DEL CÓNDOR)

Emiluz Susana Mamani Castro (7° Básico)
Escuela F-62 de Camiña
Camiña

Premio especial Pueblos originarios



Una tarde después de salir del colegio, mi abuelito me contó que hace mucho tiempo había una señorita que vivía en el campo y que estaba tejiendo una *cama* de lana de llama. Un día un joven se le presentó, vestido de terno negro y corbata blanca. Aquel tiempo era tiempo de encanto y aquel joven no era gente sino cóndor. Con el tiempo este joven se convirtió en el pololo de la señorita y llegaron a tener mucha confianza entre ellos. Un día el joven se tiró al suelo, diciendo en tono de broma:

–Súbete atrás de mi espalda.

Como la joven tenía confianza, subió a la espalda y el joven le dijo:

–Afirmate bien, no te vayas a caer.

La niña se afirmó bien de su espalda y de repente el joven voló, convirtiéndose en un cóndor. La señorita no podía soltarse porque se iba a caer. Él la llevó a una peña grande, donde no había gente. Allí, el cóndor tenía una cueva donde dejó a la niña, quien tuvo que quedarse a vivir ahí porque no podía bajar de la peña. Ella le pidió algo de comer y el cóndor le trajo carne cruda. Entonces la joven dijo:

–Yo como carne cocida, no cruda.

El cóndor fue a buscar fuego y de pronto encontró una yareta en llamas. De ahí en adelante siempre fue ahí a cocer la carne pero como no sabía hacerlo la llevaba a la cueva humeada, cruda o medio cocida. La niña, que no tenía qué comer y estaba muy hambrienta, comía aquella carne. Así se acostumbró a comer la carne medio cocida y luego de un año tuvo un hijo con el cóndor.

La cría era un cóndor igual a su padre, lo cual le provocaba una gran pena y sufrimiento a la niña. Cierta día se le presentó un loro y le preguntó:

–¿Por qué estas sufriendo aquí?

–No puedo bajar –le respondió la joven llorando.

–Yo te bajo, pero primero dame tu collar –dijo el loro, quien viéndola sufrir se ofreció a ayudarla.

La niña le dio su collar y entonces el pichón del cóndor le dijo:

–Voy a avisar a mi papá que un caballero vestido de verde bajó a mi mamá.

–Tú vas a vivir aquí con tu papá, yo me voy a mi casa
–le contestó la joven al pichón.

El lorito bajó a la niña de la peña y la dejó cerca de su casa. En ese momento estaba mirando el zorro desde lejos, mientras la niña llegaba a la casa de sus padres, flaca, arruinada y con olor a pájaro. Por su parte, el cóndor llegó a su cueva y encontrando a su pollo solo, este le dijo:

–Acá vino un caballero vestido de verde y se llevó a mi mamá de la peña.

El cóndor estaba con pena. De un ojo le caía una lágrima blanca y del otro una lágrima de sangre. Él lloraba porque se había acostumbrado a estar con la niña en el cerro. En aquel tiempo el cóndor era como un rey y todos los pajaritos estaban a su mando. Un día mandó a reunirlos a todos y les preguntó:

–¿Quién bajó a mi señora?

Todos los pajaritos declaraban: “No, yo no bajé a tu señora” y el loro, que también estaba en la reunión, lo negaba todo. El zorro también estaba ahí, mirando con insistencia al cóndor.

–¿Por qué me miras tanto? –le preguntó el cóndor.

–Yo sé quién bajó a tu señora –contestó el zorro– pero no te puedo decir así como así, ¿cuánto me pagas?

Mientras tanto, el lorito escuchaba la conversación y estaba a punto de escapar.

–Yo te voy a pagar dos sacos de pájaros para que coman tus hijos y tu señora, muéstrame quién bajó

a mi señora –le contestó el cóndor al zorro.

–¡Este bajó a tu señora! –contestó el zorro, apuntando al loro.

El loro escapó de la reunión, perdiéndose en el cielo a pesar de que el cóndor lo seguía. Entonces le dijo el zorro al cóndor:

–Págame ahora, ya te mostré quién bajo a tu señora y no es mi culpa que se te haya escapado.

El cóndor le pagó al zorro dos sacos de pájaros, tras lo cual este último se fue contento a su cueva. En el camino se le presentó una abuela tejiendo *cama* con lana de alpaca. El zorro se le acercó y le dijo:

–Abuela, estoy muy cansado, ¿dónde tienes un baño?

–Mi baño es un faldeo al otro lado del cerro –le contestó la abuela.

El zorro se fue al baño no sin antes advertirle a la abuela:

–Mucho cuidado con estos sacos, no los toques.

–¡Cuándo voy a tocar tu saco! yo soy muy delicada –le contestó aquella.

El zorro se demoró en el baño y como no llegaba, la abuela se levantó de donde estaba tejiendo y dijo:

–¿Qué está llevando este ladrón de cría?

La abuela abrió el saco y vio que eran pájaros los que salían volando. Ella se asustó, porque había hecho volar la mitad del contenido del saco, aunque

cerca de ahí había una mata de *piscallo* (cactus), con lo cual llenó el saco para que el zorro no se diera cuenta. Entonces llegó el zorro y le preguntó:

–Abuela, ¿no tocaste mi bulto?

–¿Cómo voy a tocarlo si soy muy delicada? Ni siquiera me levanté de aquí. ¿Por qué te demoraste tanto tiempo? –le contestó la abuela.

–Tu baño es feo. Me estaba limpiando con una piedra que se trancó en mi trasero y me demoré porque estaba intentando sacármela –agregó el zorro, molesto.

El zorro cargó su bulto y se fue a su cueva, donde estaban esperando sus crías hambrientas. Por su parte la abuela pensó “seguro el zorro va a venir a comerme” y se fue a una laguna, sabiendo a conciencia que había hecho una maldad. Mientras, el zorro decía a sus crías:

–Yo voy a abrir este saco y ustedes pesquen al tiro, sin elegir, porque se pueden volar.

El zorro abrió el saco y las crías pescaron puras espinas (de cactus) y murieron. Entonces el zorro se enojó con la abuela:

–Ahora voy a ir a buscar a la abuela para comérmela –dijo y se fue a buscarla.

Fue donde estaba la abuela pero no la vio, porque ella ya se había ido a la laguna. Más tarde la encontró y le dijo:

–Abuela ven un rato, vamos conversar, sal de la laguna abuela, conversemos un rato.

Al ver que la abuela no salía de la laguna, el zorro se enojó y dijo:

–Yo voy a secar esta laguna tomando y vomitando –y empezó a tomar agua.

Pero la laguna nunca se secaba, y el zorro se hinchaba cada vez más. Al ver que sus esfuerzos eran inútiles, el zorro –todo hinchado– se fue diciendo:

–Espina no me vayas a pinchar, palo no me vayas a pinchar porque voy a explotar.

De repente un palo pinchó en la guata al zorro, que se reventó, y murió ahí mismo.





REGIÓN DE ANTOFAGASTA

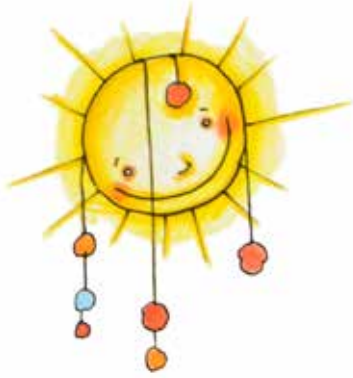
EL FLORAMENTO

Marisol Constanza Cruz Mamani (6° Básico)
Escuela Básica E-26
San Pedro de Atacama
Primer lugar regional

Cuenta la leyenda que hace muchos años había una familia que vivía en el desierto de Atacama. Ellos tenían sus animales, llamas y vicuñas y tenían además sus costumbres, ya que carneaban y floreaban a los animales, adornándolos con lanas de colores teñidas con ayuda de plantas y flores.

Para proteger a las crías del ataque del zorro, los integrantes de la familia les colgaban campanas hechas con tarros y piedras dentro.

Un día la familia se fue a la ciudad, dejando a sus animales en el campo. Pasaron algunos años y de a poco las llamas se fueron muriendo. De todo eso solo queda un petroglifo donde aparecen los animales, pastando.



REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL FLOREO

María Alegría Bello Sota (6° Básico)
Escuela Básica E-26
San Pedro de Atacama
Segundo lugar regional

Hace mucho tiempo atrás los abuelos contaban que se floreaba a los animales, poniéndoles lanas de colores para recibir la primavera. Cada color representaba algo diferente: siembra, flores o abundancia de agua. Se cuenta en reuniones familiares que un año los animales no fueron floreados, y que entonces hubo sequía y hambruna. Los *apus* (cerros) estaban tristes y enojados porque el floreo no había sido hecho y la gente estaba desesperada al no poder alimentar a sus familias. Una pequeña niña apareció con la solución: guardaba un saquito con semillas de todos los colores y tamaños. Les contó a los de su pueblo, pero no le creyeron. Fue entonces que empezó a sembrar afuera de su ruca.

Crecieron semillas de todas clases, maíz, papa y quínoa, de diversos colores y tamaños. Los *apus* vieron los colores y creyeron que era el floreo, de modo que dieron fin a la sequía y la hambruna. De esa manera la pequeña niña salvó a su pueblo.

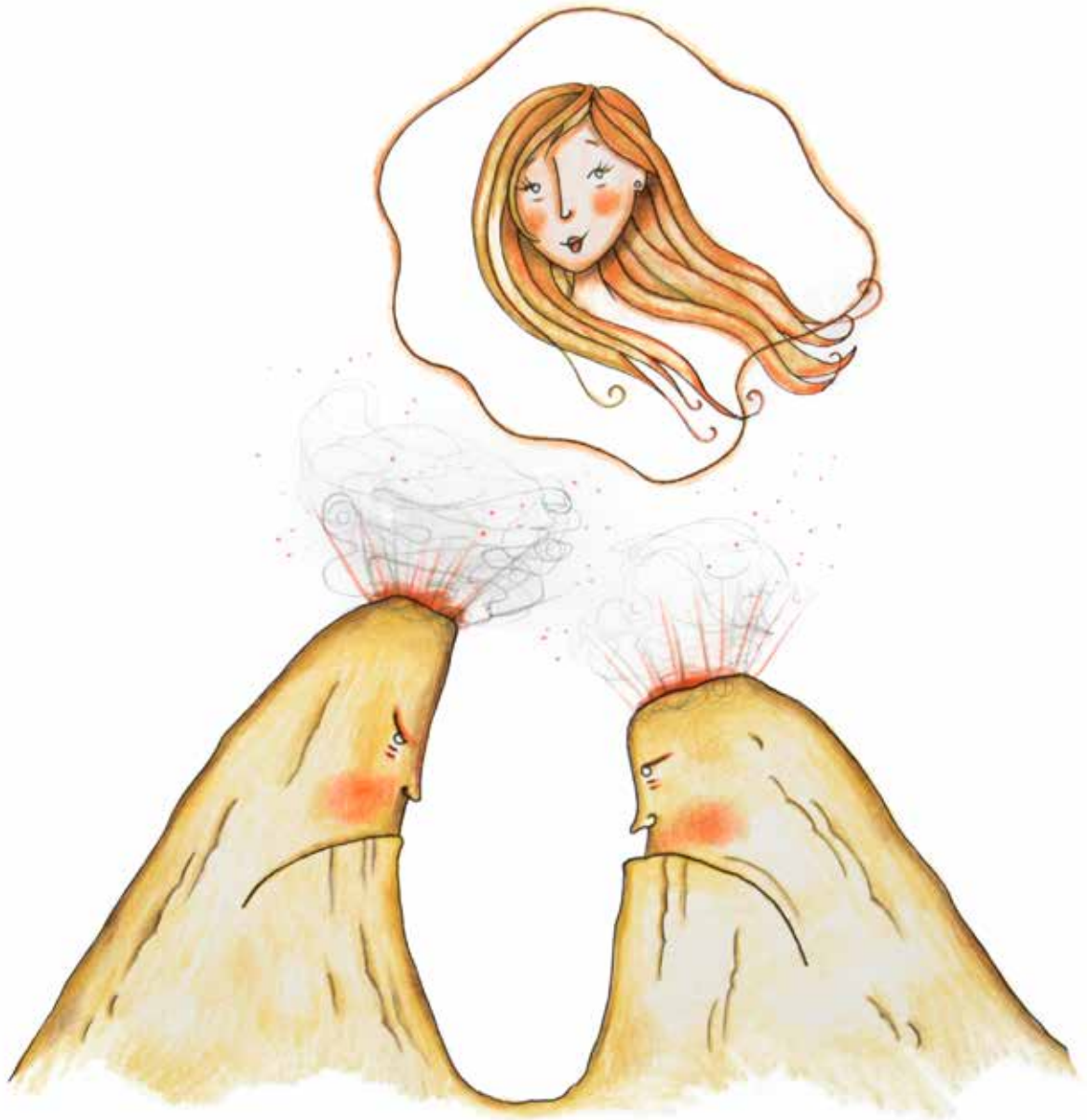


REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL LICANCABUR Y EL LÁSCAR

Gonzalo Novoa Aguirre (7° Básico)
Escuela Básica E-26
San Pedro de Atacama
Tercer lugar regional

Había una vez una hermosa mujer llamada Elvira que estaba enamorada de un hombre llamado Licancabur, el cual le correspondía. Pero había otro hombre, cuyo nombre era Láscar, que también estaba enamorado de ella. Ambos se peleaban por el amor de la muchacha. Después de algunos meses, Licancabur comenzó una relación con Elvira. Láscar, queriendo vengarse, se metió a la casa de su rival, pero fue atacado por el perro guardián. Al verlo, Licancabur se acercó y sin compasión le cortó la cabeza, poniéndola en la cima de un cerro. Después el cerro creció y fue bautizado como Láscar y al mismo tiempo también creció otro cerro, que fue llamado Licancabur.



REGIÓN DE ATACAMA

EL ANCIANO Y EL DIABLO

Bastían Alejandro Díaz Carvajal (8° Básico)
Escuela Básica Fronteriza N°54
Alto del Carmen
Primer lugar regional

Había una vez un viejito que vivía lejos, en el cerro El Toro. Todas las noches bajaba a matar liebres, zorros o lo que pillara. Un día no cazó nada y se le ocurrió la idea de hacer un pacto con el diablo. Entonces gritó y salió el diablo, que le dijo:

–¿Qué quieres?

–Sabe, no he cazado nada hoy y quiero que me dé unos zorros *pa'* vender el cuero, liebres y vizcachas para comer.

–Bueno, pero cuando yo te pida lo que quiera, me lo tendrás que dar –contestó el diablo.

El viejito aceptó y vendió todos los cueros, comió liebres y vizcachas. Ganó harta plata, hasta que un día se le apareció el diablo y le dijo:

–¿Te acuerdas que yo te di todo eso que comiste y vendiste?

–Sí, me acuerdo.

–Ya, ahora me toca a mí: dame una vida, ¡tienes plazo hasta mañana!

–Bueno.

Al otro día andaba buscando a alguien para entregar al diablo, pero no sabía a quién, hasta que se hizo de noche y apareció de nuevo el diablo, diciendo:

–¡Ya! Amigo mío, dame lo que quiero.

El viejito ahí se puso nervioso y como no sabía a quién entregarle, le dijo:

–No tengo a nadie para darte, si quieres me llevas a mí.

–Bueno, te tendré que llevar a ti –contestó el diablo.

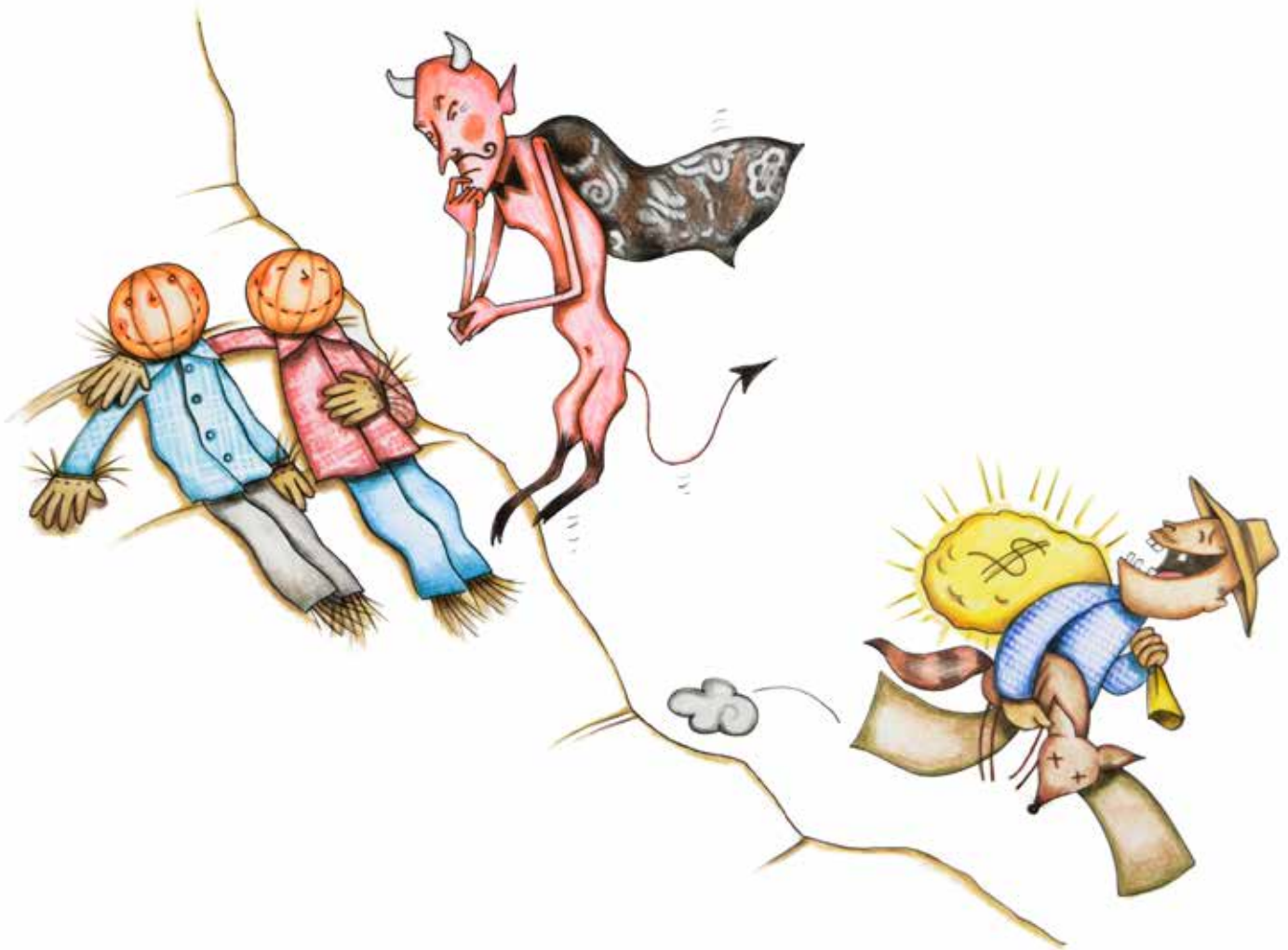
–Aunque te advierto que yo soy muy amargo, muy malo –replicó el viejito.

El anciano trataba de zafarse de su compromiso, y entonces el diablo, vacilando, le dijo:

–¿Sabes qué? Me diste un poco de lástima.

Y al ver que el anciano saltaba contento en un pie, agregó:

–Te perdonaré, pero si me traes dos vidas. Yo te



pasaré muchas cosas más, como dinero y zorros, pero solo depende de ti ¡Ah! Te doy tres días.

Entonces el anciano, muy feliz, fue a buscar gente o alguna vida para pasarle al diablo. Al segundo día, el viejito no encontraba ninguna vida ni nadie que se quisiera morir, así que buscó dos pantalones, dos camisas, dos pares de guantes y dos pelotas, las cuales rellenoó, echándoles paja adentro para hacer las caras.

Al día siguiente, fue al cerro El Toro y llamó de un grito al diablo, el que apareció enseguida. Entonces el anciano le dijo:

–Aquí están las dos personas para que te las comas.

–¡Ya! amigo mío –dijo el diablo, contento.

Entonces el diablo le pasó todas las cosas que le prometió y el anciano bajó corriendo a esconderse, para que el diablo no lo pillara mientras se los comía, porque se había querido *pasar de pillo*.

El diablo le pegó un mordisco a uno y, dándose cuenta de que eran de paja, dijo:

–Este viejito se *pasó de pillo* conmigo –y salió a buscarlo.

De repente lo encontró y quitándole las cosas, le dijo:

–¿Por qué me hiciste esto? ¿Por qué querías *pasarte de pillo* conmigo?

Y el viejito, asustado, le respondió:

–Es que no encontré a nadie.

–Bueno, te tendré que llevar a ti.

–Sí, llévame a mí nomás, quítame todas mis cosas –respondió el anciano.

Al decir esto, el diablo se comió al anciano, pero este se *pasó de pillo* de nuevo, ya que se había echado ácido en el cuerpo para que el diablo le encontrara sabor amargo y no se lo comiera. Al sacárselo de la boca, el viejito le dijo:

–¿Viste que soy amargo, como te dije?

–Sí, es verdad lo que me habías dicho y por eso, como fuiste más *avisado* que yo, te doy una oportunidad de vida.

Acto seguido le pasó las cosas y se fue y entonces el anciano, contento, decidió no hacer más pactos, porque ya lo tenía todo. Desde ese momento, cada vez que mataba un animal, lo tiraba al cerro El Toro para que el diablo comiera y no anduviera tratando de engañar a pobres ancianos.

REGIÓN DE ATACAMA

EL POLLITO ENCANTADO

Daniel Isaías Leiva Arqueros (8° Básico)
Escuela Pública El Chañar
Copiapó
Segundo lugar regional

Cierto día visité la casa de mi tía Florinda, que tiene una crianza de animales domésticos en el fondo de su patio. Diariamente los alimenta y luego los suelta. Tiene vacas, chanchos, patos, gansos y gallinas. Es muy bonito visitarla, porque al parecer ella conversa con los animales y ellos le hacen caso.

Aquella mañana de domingo, después de abrazarla, corrí para ayudarle a mi tío a ordeñar la vaca y poder beber de su leche tibia. En el gallinero, había un nido con doce huevos. Yo quise tomarlos para comerlos duros, como mi tía solía darme, pero mi tío me dijo que no los tocara. Al preguntarle por qué, me dijo que la mamá gallina estaba *clueca* y que dentro de muy pocos días saldrían los pollitos.

Lo entendí de inmediato, pero mi curiosidad pudo más y me acerqué a verlos. Entre los huevos había uno de color verde. Le pregunté a mi tío el porqué de su color, y él, sonriendo, me dijo que ese huevo estaba encantado y que de él saldría un pollito muy distinto al resto.

¿Un huevo encantado? Pensé, ¿cómo será un huevo encantado? Después de jugar todo el día y de ayudar a guardar los animales, me cansé mucho y

aquella noche dormí en casa de la tía Florinda. Era la medianoche y el viento de otoño comenzaba a remecer el antiguo álamo de la casa grande. De pronto sentí repetidas veces:

–¡Pío pío, pío pío!

Me daba vueltas en la cama, porque tenía miedo. Trataba de llamar a mi tía pero el piar se hacía cada vez más fuerte. Me senté, restregué mis ojos y pude ver a los pies de mi cama un gran pollo verde que me miraba atentamente moviendo los ojos, abriendo el pico y sacudiendo sus plumas. Yo me movía y el pollo decía ¡Pío píooooo!

–Yo soy el pollo encantado –dijo.

Yo no lo podía creer, porque los pollos no hablan.

–Por algo soy el pollo encantado –agregó–. Tengo que darte un mensaje.

Yo llamaba a mi tía Florinda a viva voz, pero mientras más gritaba, el pollo encantado piaba más fuerte.

–Los animales estamos aburridos de los humanos. Se han olvidado de que fuimos creados para adornar

el mundo, para alimentarlos, para que coman de nuestros huevos... pero nos dan puras leseras de comida nomás. Ya no hay pasto, en lugar de maíz nos dan harina de pescado, el agua sabe a cloro y nuestras plumas ya no son tornasol, sino plumizas y débiles; además el maíz es cada día más escaso. ¡Pío pío!

Yo lo escuchaba con atención, pero no dejaba de tener miedo. Mientras más me movía, más grande se hacía el pollo.

–Tienen que cuidar el planeta. Tú serás el encargado de enseñar al resto de los humanos lo que te he comentado.

Entonces el pollo encantado pió repetidamente y desapareció. A la mañana siguiente me desperté y le conté a mi tía lo que había visto. Ella se reía mucho y mi tío, que también escuchaba, comía huevos fritos.

–¡Hummmmm, qué ricos los huevos de las gallinas! –decía, mientras los saboreaba.

Yo lo miraba y me acordaba de lo que había dicho el pollo encantado. Cuando me ofreció, le dije:

–¡Nooooooo!

Me miró extrañado y me preguntó por qué no quería. Entonces mi tía le dijo que me había visitado el pollito encantado.

–¡Ah! –replicó– entonces me acompañarás al patio y cambiaremos el agua de los animales, recolectaremos pasto fresco y cambiaremos el maíz, para que el pollo encantado te visite otra vez y tú me cuentes si ahora está bien lo que estamos haciendo.

En eso, sentimos que la gallina cacareaba fuertemente y fuimos de inmediato al gallinero. Cuando llegamos, habían nacido los pollitos, pero el huevo verde no estaba. Lo buscamos por todas partes y mi tío pensó que se lo había comido un conejo o el perro. De pronto, entre los pollitos que seguían a la mamá gallina, apareció un pollito algo extraño, más grande que los demás, con un cogote más largo y un pico más grande.

–¡El pollo encantado! –grité. Y salí corriendo a cobijarme en las polleras de mi tía Florinda.

Ella se reía a carcajadas mientras mi tío tomaba al pollo encantado entre sus manos. Mientras se acercaba a mí tratando de no asustarme, el pollo encantado emitía un extraño piar, muy diferente al de sus hermanos polluelos.

–¡Calma, calma niño! No es un pollo encantado. Resulta que la gansa puso un solo huevo y lo colocamos en el nido de la gallina para que terminara de empollarlo. El pollo encantado no es un pollo sino un gansito pequeño ¿Ves?

– Pero ¿y lo que me dijo? –pregunté.

–Fue un sueño, Lalito. Los hombres no vemos los daños que le hacemos a la naturaleza, y tú en tu sueño te encargaste de recordarlo. No te preocupes, cuando seas grande procurarás ser más preocupado por la naturaleza. Nos has dado una buena lección con tu sueño.

Al fin pude entender lo que mi tío me decía. Tomé al pequeño gansito en mis manos y me pregunté si en realidad no era un pollo encantado. Cuando lo

dejé en el suelo, salió corriendo detrás de la gallina. ¿Sabría el pollo encantado que realmente no era un pollo, sino un ganso?

En fin, la naturaleza es extraña y aquel noble gesto de la mamá gallina al empollar al ganso me enseñó

que para una madre todos los hijos son iguales, sin importar su color, su hermosura o su naturaleza.

Y colorín colorado, este cuento ha terminado.



REGIÓN DE ATACAMA

PEPE CHATARRA

Dharian Minerva Torres Rivera (7° Básico)
 Liceo San Francisco
 Vallenar
Tercer lugar regional

En el parque nacional Pan de Azúcar, hay una gran variedad de animales. Ahí tiene lugar nuestra historia, precisamente en el sector de Las Lomitas, uno de los más bellos. Ahí vivía un grupo de animales. Se juntaban cada noche a conversar lo que habían hecho en el transcurso del día. Entre ellos se encontraba Domingo, un guanaco; el *tatita* Emilio, un zorro; Poncho, un jote; Vicente, una gaviota, y Pepita, un gato montés.

Cada noche el zorro Emilio contaba sus aventuras sobre cómo conseguía recolectar comida; después Domingo, el guanaco, contaba cómo corría por los cerros, subiendo y bajando cada uno de ellos. El señor Poncho, el jote, animaba al grupo a cantar. Una noche el zorro, que se aburría con todo, dijo:

–¿Cuándo será el día en que no nos aburramos más? Ya estamos aburridos de subir y bajar el cerro.

–¡No! –dijo Domingo– yo no me aburro, mira mis piernas, tienen muchos músculos.

–Mírame a mí –dijo Poncho, el jote– yo también tengo músculos por todo el ejercicio que hacemos diariamente.

–Tienen razón, todos tenemos un buen físico y es por los ejercicios diarios que hacemos y la buena alimentación, ya que comemos todo tipo de hierbas que se encuentran en este lugar –contestó el zorro.

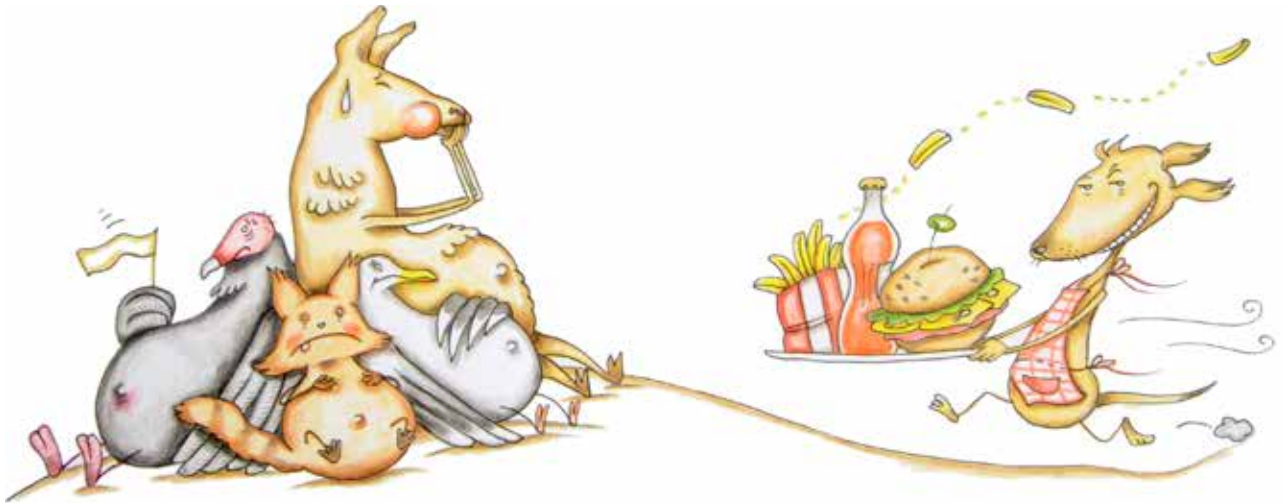
Cierto día se comentó que en una quebrada cercana se instalaría el negocio de un tal Pepe Chatarra, que era un perro *kiltro* que había sido abandonado cuando era pequeño. Así fue que Pepe Chatarra se instaló con un restorán en donde vendía bebida cola, comida envasada y toda clase de comida chatarra.

Emilio, el zorro, fue el primero en llegar al restorán, donde fue bien atendido. Luego les contó a sus amigos de esta maravilla instalada en la quebrada.

–Amigos, en el restorán hay toda clase de comida y también hay bebida cola a montón –les dijo.

Todos fueron a ver aquella maravilla que describía Emilio y comprobaron que era verdad, por lo que se hicieron clientes frecuentes. Iban de día y de noche.

–¡Esta bebida cola es mejor que el agua! –decía Poncho, el jote– y la comida es buena.



Todos estaban felices, pero el más feliz era Pepe Chatarra, al cual le llegaba dinero a montones.

Fue así que Domingo, el guanaco, dejó de salir a recorrer los cerros, *tatita* Emilio tampoco salía a *rebuscársela* por su comida, Poncho, el jote, dejó de volar y de comer animales muertos y Vicente la gaviota, también dejó de volar. Fue Pepita quien, por tanto tomar bebida cola, debió ir al doctor. Este le dio la mala noticia de que tenía diabetes por ingerir demasiada azúcar. Entonces le explicó la cantidad de azúcar que tenía la bebida cola y le advirtió que desde ese momento se olvidara de tomar todo tipo de bebida, ya que debía cuidarse del azúcar.

Domingo, el guanaco, escuchó esto y se fue a hacer un examen de diabetes. El resultado fue negativo y él se puso muy feliz, pero el doctor le dijo:

–Amigo guanaco, usted no tiene diabetes, pero sufre de obesidad. Se encuentra *pasado de peso*. ¿Cuál es su alimentación?

–Comida chatarra –respondió Domingo.

–¡No amigo, usted tiene que comer comida sana! Vegetales, hierbas...

Al salir de la consulta del doctor, Domingo se dio cuenta que ya no era el atlético guanaco que solía ser y todos se dieron cuenta de que la comida chatarra era mala. Además, averiguaron que Pepe Chatarra los quería engordar para comérselos. Se juntaron en el lugar de reunión y se dieron cuenta que todos tenían algún tipo de enfermedad producto de su mala alimentación durante los últimos meses. Ese día decidieron que nunca más irían al restorán de Pepe Chatarra.

Con este cuento aprendí que los animales introducidos hacen daño a los demás animales nativos y que el alimento que a veces arrojamos al camino o les entregamos, les puede provocar algún tipo de enfermedad o los puede acostumbrar a recibir alimento de los demás, siendo fácilmente blancos de algún cazador. Aprendí que cuidar a los animales es tarea de todos.

REGIÓN DE COQUIMBO

EL CHIVATO DE LAS BARBAS DE ORO

Juan Antonio Carvajal Segovia (7° Básico)
 Escuela Pedro de Valdivia
 Combarbalá
Primer lugar regional

Un día mi abuelito Silverio regresaba de encerrar las cabras en el corral. Nos fijamos que estaba muy asustado. No quiso comer, pasó directo al dormitorio, se acostó y se tapó completamente, sin querer ver a nadie. Mi abuelita Marta, muy preocupada, calentó un poco de sopa y se la llevó a la cama.

Nosotros somos siete nietos los que vivimos con los abuelitos; tres hermanos y cuatro primos. Mi mamá y la tía trabajan fuera y entonces nosotros nos quedamos con ellos. Aquella vez, mi abuelito se tomó la sopa, pero yo creo que lo hizo sin saber si estaba dulce o salada, si era de gallina o cabrito, porque estaba blanco como el papel. Todos estábamos alrededor de su cama y por fin, después de que se tomó la sopa, pudo hablar. Estábamos a punto de saber el motivo de su espanto.

El abuelito nos contó lo siguiente: estaba arreando los cabritos, después de haberlos *campeado* durante todo el día y tras encontrarlos allá por el cerro de la Barba China. Cuando estaba llegando al corral, sintió un balido tan grande que llegó a quedar sordo

por unos instantes. Cuando se dio vuelta para ver de dónde venía aquel balido, se encontró frente a frente con un chivato. Este era inmenso y tenía unos cachos y una barba amarilla de oro tan luminosa, que su reflejo no lo dejó ver nada más. Lo primero que hizo fue animar a los perros, pero no había ninguno por ahí.

“Es el mismísimo diablo” pensó mi abuelito, y comenzó a correr. En realidad él creía que corría, pero los tacos de sus botas se pegaban al piso y así quedó, inmovilizado, como una estatua. Luego de un lapso de tiempo, que no supo de cuánto fue, despertó tirado en el piso, revolcado y adolorido. A su alrededor no había cabritos, perros, ni tampoco estaba el chivato. El abuelito se paró como pudo y tomó rumbo hacia la casa. Después de que mi abuelito nos contó sobre ese gran susto, cada vez que íbamos a encerrar a las cabras, cuando pasábamos por ese lugar donde se le había aparecido el chivato de las barbas de oro, nos fijábamos que ningún animal podía pasar, porque se espantaba. Si alguno lograba pasar, amanecía muerto en el corral.



REGIÓN DE COQUIMBO

EL ESPINO CHATO

Cecilia Millaray Mellado Carvajal (5° Básico)
Escuela Pedro de Valdivia
Combarbalá
Segundo lugar regional

Según me cuenta mi abuelito Silverio, allá por los años cincuenta, cuando él era joven, iba el primer domingo de junio al pueblo de Quilitapia, para vender los primeros quesos del año y celebrar con sus amigos que por fin había terminado de sembrar toda la loma con su yegua rosilla (con manchas de color rosa) a puro arado.

Aquel día sobraban los motivos para celebrar, pero debía volver a casa, ya que al otro día era lunes y debía ponerle el hombro firme a la semana. Cuando iba de regreso a casa, cerca de la medianoche, pasó frente al espino chato, un árbol típico de la zona cuya edad supera los cien años y sobre el cual existen muchas historias transmitidas de generación en generación. Se le apareció entonces una hermosa gallina negra con diez pollitos amarillos, justo bajo el espino. No le dio mucha importancia, pero lo encontró raro, porque las gallinas se acuestan muy temprano.

Al domingo siguiente se le volvió a aparecer la misma gallina, ahora con veinte pollitos, todos iguales. Quedó asombrado y se fue directo a su casa a acostarse. Cuando se levantó, muy temprano al día siguiente, alrededor de las cinco de la madrugada, mayor fue su sorpresa al no encontrar ni rastros ni

pisadas de ningún tipo de ave. Solo vio pisadas de pie humano y un pequeño hoyo en el tronco del espino, en cuyo interior figuraban unas pepitas de oro, brillantes como un rayo de sol. Quiso sacarlas, pero no pudo, ya que al meter la mano sintió un calor y una gran picazón, por lo que prefirió no hacer nada. Se fue a la casa a realizar sus labores: sacar leche, soltar las cabras al cerro, soltar la *mariposa* para que sacara el agua del pique y traer leña para que la mamá cocine.

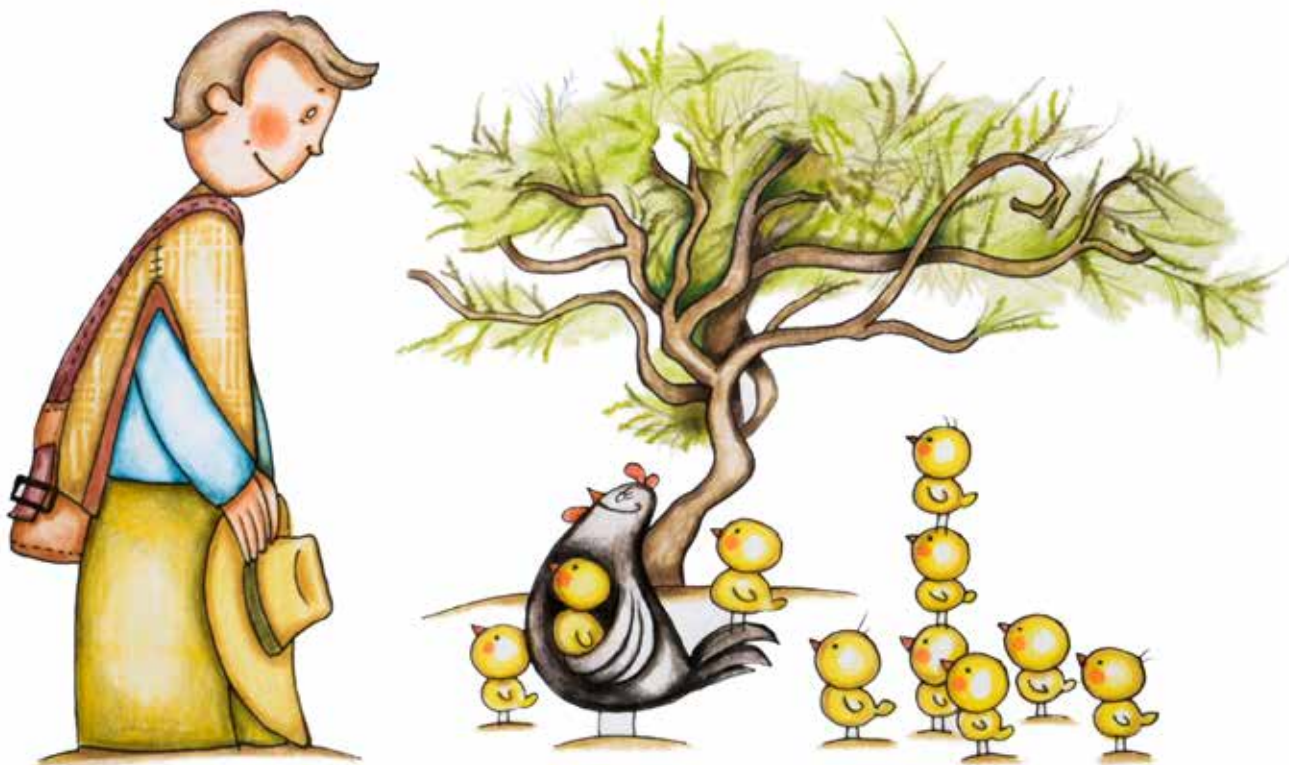


Más tarde, a la hora del almuerzo, mientras comían porotos con trigo y mote con huesillos, mi abuelito contó lo sucedido a su familia y muy preocupado, su padre decidió acompañarlo apenas terminaran de comer. Ambos quedaron anonadados al no ver ni pisadas, ni hoyo en el tronco, ni mucho menos pepitas de oro. Su padre lo reprendió, diciendo:

–Niño de porquería, me dices puras mentiras. He *perdío* mi tiempo con tus *leseras* y tengo *re tanto*

que hacer justo hoy día que debo esquilas las ovejas. Espero que no se repita esto.

Pero desde ese momento, mi abuelito y otras personas han visto y escuchado cosas raras al pasar de noche por el espino chato. Se dice que hay un *entierro* (tesoro enterrado) ahí, pero nadie se atreve a sacarlo por temor a que le pueda ocurrir alguna desgracia.



REGIÓN DE COQUIMBO

HELADOS ARTESANALES

Cecilia Millaray Mellado Carvajal (5° Básico)
Escuela Pedro de Valdivia
Combarbalá
Tercer lugar regional

Me cuenta mi abuelita Marta que en los años cincuenta, cuando ella tenía quince años, los inviernos eran muy fríos en Quilitapia, lugar donde todavía vive, que queda en la comuna de Combarbalá, Coquimbo, IV Región.

En aquellos años llovía y nevaba mucho en Quilitapia durante el invierno. Cuando empezaba a nevar, juntaban la nieve en una carretilla bien limpia para luego echarla en un barril de madera de raulí, donde quedaba bien apretada. Cuando este barril se llenaba, lo volvían a apretar con fuerza, para luego tapanlo, dejando la nieve guardada.

Al otro día, al amanecer y con un sol resplandeciente, mi abuela se ponía a hervir el agua con palos de canela y bastante azúcar *en cuadro* para endulzar. Una vez fría el agua, mi abuela la ponía en una barrica de madera con tapa y entremedio echaba mucha nieve. A medida que se acababa, le echaba más nieve en el espacio que quedaba entre el tarro

y la barrica. El tarro tenía agua de canela cocida y helada y contaba con un gancho para poner un palo y así dar vueltas y vueltas, revolviendo durante toda la mañana. Luego de varias horas, el contenido ya estaba *cortado* y con muy buen sabor.

En la tarde, salían a vender los helados por el pueblo, en una carretilla. Sacaban el helado con una cuchara soperera y lo echaban en unos conos de barquillos. Los vendían a un centavo cada uno.





REGIÓN DE COQUIMBO

LA CARRETA FANTASMA

Danilo Said Alexander Villarroel Castillo (4° Básico)
 Escuela Clemencia Villarroel
 Illapel
Mención honrosa

En el sur, cerca de la costa, pasa tarde en las noches y rechinan los ejes de la carreta fantasma. Hay días que se escuchan voces en amena *conversa*.

Pasa a través del campo o por los bosques, pero no deja huellas, solo se percibe olor a pan amasado y azufre.

Cuentan mis abuelos que la carreta va de un campo santo a otro buscando almas extraviadas que quedaron diseminadas después de la catástrofe del terremoto y maremoto ocurrido en Valdivia y alrededores.

La sigue, debajo de la carreta, un perro que aún busca con ansias a sus amos. Ladra lastimosamente y olfatea a cada uno de los pasajeros que se van incorporando al viaje. De pronto estos entonan melodías de antaño, guitarreando con mucho agrado, como celebrando el hecho de haberse encontrado.

El eco de su alegría es contestado por las risas o cantos en los alrededores de la carreta. Cuando la lluvia se presenta, salen a su encuentro sapos y ranas, que con su croar anuncian el paso de la carreta cargada de almas recogidas en su travesía.

Según dice mi abuela, en las barandas de la carreta van colgadas y balanceándose unas chuicas de vino y unas bolsas de cuero, donde el aroma del pan amasado y el queso despierta a los presentes el apetito.

Por las tardes los nietos se *entraban* muy temprano a la casa esperando escuchar el paso de la famosa carreta, mientras mis abuelos preparaban las mamaderas y leches para todos. Al terminar la leche, la abuela nos hacía ponernos de rodillas para despedir el buen día y rogar por todos en una hermosa oración.



REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA GUITARRA CUMPLESUEÑOS

Karla Daniella Aliaga Fuenzalida (6° Básico)
 Escuela Particular 83 Sagrada Familia de Nazareth
 Valparaíso
Primer lugar regional

Estábamos ahí sentados mirando el gran campo seco. Aquella sequía había destruido la hermosa vegetación que hacía brillar el lugar. Mi abuelo me abrazó, suspiró y dijo:

–Ahora necesitamos urgentemente la guitarra cumpleaños.

–¿Qué es la guitarra cumpleaños? –le pregunté, sin entender lo que decía.

Él, muy sorprendido, pues creía que ya me había contado aquella hermosa historia, me dijo:

–Bueno no hay tiempo que perder. Te contaré acerca de este mágico instrumento.

Y comenzó a contarme una historia, con su dulce y nostálgica voz:

«Hace muchos años atrás había un pequeño niño llamado Mateo que vivía junto a su padre en el pequeño pueblo de Olmué. Entonces, hubo una terrible sequía. Ya se acercaba el cumpleaños de

Mateo y su padre quería regalarle algo muy especial. Decidió construirle una hermosa guitarra de madera, para que su hijo pudiera tocar aquellas hermosas melodías que escribía.

»Había llegado el gran día para Mateo; su padre fue a despertar al festejado con un delicioso vaso de leche y un gran pan amasado. Pero había algo que estaba mal; el niño se veía muy triste, por lo que el padre le preguntó qué le pasaba. Mateo le respondió que estaba decepcionado ya que, luego de muchas semanas, tenía la esperanza de que la gran sequía hubiese desaparecido.

»El padre salió de la habitación, fue al humilde comedor y al volver le entregó la linda guitarra. Mateo, emocionado, le dio un gran abrazo y se fue a preparar para la pequeña once con su familia.

»En medio de la celebración, el padre le pidió a Mateo que tocara una melodía para sus familiares, pero él no se sentía con ánimo. Todavía estaba triste porque su deseo no se había cumplido. Entonces

toda su familia le dio fuerza. El niño tomó su guitarra y comenzó a tocar una linda melodía, deseando en el corazón que la sequía un día desapareciera.

»Al día siguiente, Mateo fue despertado por el trinar de los pajaritos y por unas extrañas gotas de agua que caían del cielo. Miró por la ventana y vio lo más hermoso...

»Aquel campo, que anteriormente estaba totalmente seco, ahora estaba verde y brillante; los árboles daban grandes y coloridos frutos, bajo una contagiosa melodía de lluvia.

»Mateo salió corriendo donde su padre a contarle lo sucedido. Los dos, muy sorprendidos, sacaron sus conclusiones; el padre creía que era una coincidencia y el niño creía que era por causa de la hermosa guitarra de madera.

»Por alguna razón, el niño estaba convencido de que aquel instrumento era mágico y lo quiso comprobar. Fue al comedor con su padre, tomó la guitarra y se acercó a una planta marchita. Tomó el instrumento y comenzó a tocar con el deseo de que la planta creciera, y así ocurrió: aquella marchita

flor se convirtió en una bella rosa. El niño y su padre, al ver el milagro, estaban seguros de que aquel instrumento era mágico. Desde entonces cada vez que se acercaba una sequía, Mateo tocaba la milagrosa guitarra.

»Pasaron los años y Mateo, ya adulto, le quiso regalar la guitarra a su hijo. Desde entonces no se ha sabido más del instrumento ni de Mateo. Las personas no saben si esto es realidad o mito, pero tienen la esperanza de que el instrumento exista, para eliminar las sequías que acechan a todo nuestro hermoso país».

Tras contar esta historia, mi abuelo dio un suspiro, me abrazó y me mandó a acostar. En la noche no podía parar de pensar en aquella hermosa historia. Llegué incluso a escuchar una linda melodía, pero pensaba que sólo era mi imaginación.

Al día siguiente me despertó el trinar de los pajaritos y unas extrañas gotitas de agua que caían del cielo. Eso me hizo recordar la historia que me había contado mi abuelo. Miré por la ventana y comprobé que aquel supuesto mito era una linda realidad.



REGIÓN DE VALPARAÍSO

PUMA Y CONEJO, AMIGOS

Cristina Elisa Maldonado Muñoz (7° Básico)

Colegio Luis Cruz Martínez

Quilpué

Segundo lugar regional

Pedro abrió la puerta y después de hacer una ruidosa entrada, la cerró de un golpe, furibundo. Su abuelo estaba sentado en su sillón preferido, junto al brasero, y desde la cocina se olían unas apetitosas empanadas, las cuales habían salido recientemente del horno de barro. Aquel especial horno era muy apreciado por todos los vecinos, pues allí se habían cocinado un montón de exquisitos alimentos para muchas fiestas rurales.

–¡Nunca me vuelvo a juntar con ese Diego! –dijo Pedro.

El viejo se paró, triste. El niño nunca comprendería que Diego era bueno; por razones diminutas discutían, como perro y gato. Posó su mano en el hombro del chiquillo y lo obligó a sentarse. Había probado todo lo humanamente posible que para entablara amistad con el otro niño, pero no había caso. Era de noche y una lámpara de cera encima de un pequeño velador, iluminaba tenuemente. Hacía frío, aunque eso no era extraño en el sur. El viejo clavó sus ojos distraídos en el fuego y comenzó a contar una historia.

Pedro, aburrido, cruzó los brazos y miró por la ventana. Sin querer se hundió en las palabras de su abuelo, de repente...

«Unos ojitos traviesos deambulaban en la oscuridad de la noche. Brillaban a la luz de las estrellas, pero el cuerpecito parecía inexistente. La criatura solo se aventuraba a asomar su naricilla entre los arbustos y matorrales espesos, para luego oler el aire y salir corriendo velozmente como una sombra funesta, sin dejarse ver. En los bosques del sur de Chile, para un animalito tan pequeño era fácil camuflarse entre la vegetación que intentaba ahogar la tierra y así exprimir el agua que se acumulaba. Era como una carrera por la supervivencia. El hielo arrasaba con todo, quemando los primeros brotes débiles. Solo los más fuertes se convertían en los señores de la tierra. Gruesos y toscos troncos de corteza gastada se alzaban al cielo intentando que les llegara el sol, oscureciendo lo que quedaba bajo sus verdes y tupidos cabellos.

»El animalito saltó a una piedrecita, por diversión. Husmeó el aire alzando la cabeza y le llegó un

ventarrón de frente, que hizo flotar sus orejas. Su nariz estaba helada y húmeda. Todo estaba silencioso y oscuro, aunque era un hermoso día iluminado y agradable. Por algunos sectores se filtraban rayos solares dorados. Había una roca que sobresalía al fondo de un pequeño precipicio. Sus ojitos saltaron y se paró en la punta de la roca. Su cuerpo se fue calentando, recibiendo los cálidos abrazos del sol.

»Ahora podemos saber qué especie de animalillo era: un conejo. Un conejito color café que disfrutaba de aquella luz que pocas veces se asomaba. Sus ojitos, a la luz, eran negros y brillantes; era adorable. Por increíble que parezca, nunca había visto la nieve porque su hogar, o madriguera mejor dicho, se situaba en la falda del cerro, un cerro que se caracterizaba por sus tiernos y suaves pastos verde claro. A ciertas horas del día, el conejo iba allá a deleitarse. Se revolcaba en los pastos, des preocupado.

»Le parecía una mera tontería andar cabizbajo, escondiéndose todo el tiempo entre los matorrales. Disfrutaba más estando solo con las plantas, que le susurraban pequeños secretos medicinales, los que el conejo conservaba siempre, riéndose para sus adentros. No había muchos animales en el sector, ya que una helada los había ahuyentado más al norte; otros, lamentablemente, habían muerto congelados producto del hielo que había consumido por largos meses aquel cerro. Por alguna extraña razón, el conejito café fue el único que sobrevivió. Al pasar junto a los animales muertos, se estremecía al recordar. Sus intentos por ayudarlos fueron inútiles, era horrible... sentir el dolor, verlos allí tirados, intentar revivirlos sin lograrlo... luego el verlos

galopar al cielo, cuando ya anochecía... lo peor y más torturante era que se acordaba de todo.

»Cada noche el conejo se refugiaba en su madriguera, donde estaba calentito y a salvo. Detestaba el frío, aunque igual le gustaba ver cómo todo se cubría de una bella y cristalina escarcha... ¡de seguro no le hubiera gustado sentir la dentro de su cuerpo!

»De pronto oyó los sonidos lastimeros de una criatura que más de una vez había visto, mientras se escondía entre la hierba. Tenía cuatro patas, una cola peluda y lisa, ojos amarillos y desafiantes. Su lomo era café oscuro, al igual que su pecho, su cola, su morro (hocico) y sus patas. El resto del cuerpo era de un café tan claro que contrastaba con la pálida señora de la noche. Estaba en lo alto de una roca. El conejo se decía: "¿De dónde vendrá aquella fiera?, parece que de la montaña, pero, ¿por qué baja cada noche?". Y se quedaba inmóvil, observándolo, desde su refugio, hasta que desaparecía de su vista.

»El conejo se paró en sus dos patitas traseras. Recibió la porción de calor y compañía del sol. Luego corrió ágilmente por el bosque hacia el tierno pasto, mientras las sombras de los altos árboles se movían en la tierra. Tenía que salir al descubierto, pero no le importaba, ya que nadie visitaba aquella zona desde hacía tiempo. Además, el pasto era tan largo que el conejo era invisible incluso para el águila con el ojo más agudo. Dio cinco saltitos graciosos y se encontró pisando la preciada hierba. Le encantaba porque comía, se relajaba entre algunas flores aromáticas dispersas y tenía una vista perfecta de la gran montaña, que se mostraba imponente y blanca en la lejanía. El conejito había oído, por los vientos

provenientes de allá, que sus entrañas estaban repletas de diamantes y cobre, algo muy preciado por los humanos.

»En esto se entretenía pensando el animalito, mientras devoraba hambriento su porción de plantas. Estaba atardeciendo y algunas estrellas traviesas e impacientes se asomaban en medio del anaranjado cielo sureño. Se quedó mucho tiempo allí, sintiéndose libre, feliz y algo soñador. Más estrellas comenzaron a prender sus faroles, hasta que la luna hizo su entrada en medio de las nubes negras. La noche inundó todos los rincones. Solo las luciérnagas, que alguna vez capturaron la luz de la luna, iluminaban el interior del bosque.

»Entonces el conejo pudo escuchar, asustado, los gruñidos. Volteó la cabeza y lo vio a la lejanía, sobre la roca y frente a la luna. Se sintió hipnotizado y corrió apresurado hasta acercarse lo más que pudo al animal. El pequeño se internó en unas matas espesas, atento a cualquier movimiento sospechoso de la fiera. Se encontraba a unos cuantos metros de esta. Sentía cómo el frío le calaba los huesos a él y a la criatura. Pero esta permanecía desafiante, gimiendo con más fuerza que antes.

»El sonido le tapó los oídos al conejillo. Se rascó violentamente las orejas, desconcertado, y cuando pudo escuchar con claridad, se percató de que la fiera se había dado vuelta. ¡Lo había oído! Intentó mantenerse como piedra entre los arbustos, pero el animal desafiante sabía que se escondía allí y se acercaba cautelosamente, gruñendo de una manera espantosa, con los pelos del lomo erizados. En el hocico felino se podían apreciar los blancos colmillos chorreando saliva. Las orejas redondeadas

estaban echadas hacia atrás. Los ojos parecían dos llamas de fuego.

»El conejo estaba desconcertado. ¿Se quedaba quieto o corría a la madriguera? Era una decisión difícil, puesto que se encontraba en riesgo su vida. Se decidió por la segunda opción y, esperando el momento oportuno, se quedó agazapado en el suelo, mirando hacia su cueva, sin perder de vista al depredador. Repentinamente saltó de los matorrales y corrió velozmente por el bosque. La fiera, de rápidos reflejos, no se quedó allí parada y corrió tras el pequeño. Las patas de la criatura resonaban cada vez que tocaban el suelo, salpicando tierra y cortando todo lo que se cruzaba en su camino.

»El conejo corría asustado. Le latía su corazoncito alocadamente. Sus patitas no le respondían, seguían corriendo automáticamente. La fiera lo perseguía como una sombra. Tanto fue su miedo que pasó de largo su hogar. No hallando otra salida, dio un giro inesperado a la derecha. El depredador saltó ágilmente, acortando el paso. El conejo chocó contra el peludo cuerpo del ser y salió disparado, chocando contra un roble. La fiera, gruñendo, se acercó a la amoratada cara del pequeñín, quien supuso que era su fin. No pudiendo levantarse, agachó la cabeza con los ojos apretados, esperando los dientes que le cruzarían el cuello. El peludo vio los ojos de agonía del conejillo y suspiró, haciendo brotar vapor de su hocico.

»El animal le lamió la herida, cosa que el conejito no esperaba. Lentamente este lo miró a la cara, con algo de horror. La mirada calurosa del depredador se entrecruzó con la brillante mirada de la presa color café.



–Antes que me mates, quisiera saber qué animal eres –soltó el asustado conejo, tiritando.

–Pero qué dices... ¿si no te voy a comer! Lo que tú piensas de mí es completamente diferente a lo que yo creía. Otra cosa, ¿es que no sabes qué animal soy? Pues soy un puma, un puma de las montañas –le replicó el peludo.

–¿Un puma, dices? Yo creía que los últimos pumas se habían extinguido con la helada... y por causa de los humanos.

–Sobrevivimos pocos, pero estamos en una reserva natural.

–Esta no es ninguna reserva natural –le dijo, serio, el conejo.

–No, yo me escapé. No creo que nadie lo haya notado, era de noche y de noche los humanos duermen. Me escapé hacia acá. Sabía que me tenían ahí por mi bien, pero por lo menos quería morir libre. Además quería investigar las lejanías –dijo el puma.

–Bueno, es una buena noticia, por una parte no me vas a comer y por otra, parece que tengo un nuevo amigo –dijo el conejillo, incorporándose en sus patas traseras.

–Por supuesto, es oficial. Nunca me comería al primer animal con el que hablé por acá –agregó el puma.

»Dicho esto, el felino se dio media vuelta y elevó su hocico al aire, olfateando. La luna los miraba con amor desde la cima de su trono.

»Así fue como por vez primera un cazador y su presa se hicieron amigos, de una forma algo tonta para algunos, pero muy hermosa... A veces, nioto, dos personas muy diferentes pueden hacerse amigas... Y en el momento menos oportuno, ¡por una casualidad mínima! Quizá tu amistad con ese chico debe encontrar luz y agua para florecer, pero está allí».

Pedro se fue a la cama y el viejo apagó la luz. Todo se oscureció.

Al día siguiente, en el colegio, Pedro comía ansioso su emparedado, rodeado de un grupo de amigos. Levantó la vista, atiborrado con la colación. Diego fue hacia él y le sonrió amistosamente. Pedro le devolvió la sonrisa...

Tiempo después, el abuelo, sonriendo, veía por la ventana a su nioto y al otro chico jugando a la pelota en su extenso patio, con otros niños de la escuela, entre las carretas y a la sombra del viejo e imponente molino. Se estaban divirtiendo muchísimo.

Y entre las malezas, dos pares de ojitos escondidos observaban a los amigos jugar. Uno tenía los ojos amarillos y sagaces, y el otro los ojos negros y brillantes como el carbón... El abuelo, desde la ventana los vio y les guiñó un ojo con simpatía.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

MI ABUELO VALENTINO RIROROKO TUKI

Hanavai Edwards Riroroko (1° Medio)
Colegio Básico Lorenzo Baeza Vega
Rapa Nui

Tercer lugar regional

Esta es la historia de mi *tata* Valentino, de cuando tuvo que escapar en bote junto con otros *koro* (ancianos) desde la isla de Rapa Nui. Él tenía 19 años y estaba recién casado con mi abuela Andrea, de 14 años. Y es que en ese tiempo las personas se casaban *por arreglo*.

Mi *tata* me contó que las personas estaban amontonadas en una sola parte de la isla y no podían caminar libremente por todos sus rincones, como hacemos ahora. Tampoco podían viajar al *conti* (Chile continental).

Por este motivo, él y sus hermanos Jacobo, Francisco y Víctor se aliaron con otros jóvenes de la época para conocer el *conti*. Estos últimos eran el tío Gabriel Tuki, Orlando Paoa y un tío de apellido Pakarati (cuyos hijos son excelentes talladores hoy en día). Mi *tata* era el guardia de los botes en la bahía de Hanga Piko y cuidaba que nadie se los robara.

Los hombres se pusieron de acuerdo y durante un buen tiempo estuvieron preparando la huida. Dado que nunca habían salido de la isla, no tenían la perspectiva de una tierra redonda, de modo que planearon llegar hasta la línea del horizonte. De

acuerdo a esto, calcularon alimentación para tres días. Una noche se aventaron al mar. Llevaban un chanco y unas naranjas de la isla como alimento, además de unas boyas de mar perforadas con agua y *tauamimi* (vejiga de animal) bien limpia.

Pasaron muchos días y no avistaban el continente, el horizonte cada vez se alejaba más. Se les había acabado todo lo que llevaban por alimento y también el agua. De vez en cuando trataban de pescar, pero no era suficiente; incluso llegaron a beberse el aceite del motor del bote y, en su desesperación, comenzaron a pensar en comerse a uno de ellos. El que cumplía el perfil deseado era Orlando Paoa, porque era el menor y no tenía familia. Entonces mi *tata* me contó que el tío Gabriel Tuki, que era el mayor, tomó la palabra:

–No, todos salimos juntos y vamos a llegar juntos donde sea que lleguemos –dijo el tío Gabriel, acabando de una vez con el plan de canibalismo.

En el momento de mayor desesperación, comenzó a llover muy fuerte y lograron llenar sus artefactos con agua, gracias a la cual revivieron por unos cuantos días. Mi *tata* me contó que estaban muy delgados

y ya no sabían cuántos días llevaban de aventura. Pese a que racionaban el agua para que les durase más tiempo, se acabó y las ideas malas volvieron a apoderarse de sus mentes. Nuevamente habló el tío Gabriel:

–Miren, hagamos un pacto. Todos tenemos hambre, pero no podemos ser egoístas y quitarnos la vida los unos a los otros. Somos familia, así que el pacto es que el primero que muera de nosotros, sin ser asesinado, servirá de alimento para los que queden vivos, ¿les parece?

–¡Sí! –respondieron todos.

Tres días después de hacer hecho este pacto, pasó un barco mercante que los divisó y los subió

a bordo, llevándolos a otra isla, de nombre Atiu, pero esa historia –que es más entretenida– se la contaré otro día. Ahora les cuento de mi abuelo, que es una leyenda viviente. Tiene muchas historias y todas son verídicas; J. Benítez ha viajado a la isla para conocerlo y escribir sobre él. Sus relatos han aparecido incluso en los libros de historia de Francia, ya que tras la huida de Rapa Nui viajó por muchos lugares, conociendo los siete mares.

Hoy en día, mi *tata* es el querido rey de Rapa Nui, por decreto. Él es muy agradable e incluso el Rumpy lo conoce. Cuenta con inmunidad diplomática, pudiendo viajar adonde él quiera, pero como él mismo dice: “Soy el rey más pobre del mundo, ahora que tengo oportunidad de viajar a todas partes no tengo nada... era mejor arrancarse en bote”.





REGIÓN METROPOLITANA

EL PORTE DE UN PUDÚ

Matías Cristián Ruiz Velásquez (7° Básico)
 Colegio Inglés San Luis Gonzaga
 Pirque
Primer lugar regional

Todos conocemos al pequeño ciervo que vive al sur de Chile. Es el más pequeño del mundo y es muy feliz con su tamaño, pero en esta historia hay un pudú que quería ser distinto a los demás... Él quería convertirse en un imponente y hermoso huemul.

Todo ocurrió hace aproximadamente cincuenta años atrás. Rojo nació creyendo que su progenitor era un huemul que accidentalmente se achicó en una crisis, pese a que sus padres le repetían constantemente que él no era un huemul:

—¡Rojo, tú no eres un huemul y se acabó!

Pero él no les hacía caso y se iba al bosque a pensar. Aura, su hermana, le contaba siempre una historia para ver si entendía que él no era un ciervo gigante, pero Rojo, sin nada que decir, la miraba con una leve sonrisa, y se iba a una cuevita en un árbol, donde dormía con tranquilidad. Una tarde, aburrido de la intriga, salió a preguntar y fue donde Abby, la pata. Esta, al oír lo que le preguntaba, respondió:

—¡Ay, joven pudú! Confórmate con tu porte y sé feliz; mírame a mí, que no busco lo que tienen los demás y me conformo con ser chica. Además puedo volar. Busca dentro de ti y seguro algo encontrarás. Muy

molesto se marchó, pensando que él no era un pudú sino un bello y brillante huemul.

El bosque tenía lindos árboles con hojas brillantes. Después de caminar un largo trecho, Rojo encontró un gran guanaco, de cabellos largos y finos, que tiraba escupos de un lado a otro. El pudú se le acercó. Le intentó hablar, pero el animal, al darse vuelta, le tiró un escupitajo con olor a pasto podrido. Rojo no pudo decir ni una sola palabra, porque se podía tragar toda esa saliva asquerosa. Se limpió en el pasto, pero no se fijó que el pasto estaba lleno de saliva. Agachó la cabeza y continuó su travesía. A los pocos metros se topó con un cóndor, de mala fama y gruñón. Rojo le preguntó qué opinaba del bello huemul que estaba frente a él.

—¡Lo que me acabas de decir es una locura! Tú no puedes ser alto y espléndido como yo. No eres más que un bicho y tu olor es asqueroso ¡Puf! ¡Asco, qué asco! —exclamó el cóndor. Muy pronto se abalanzó sobre él. Rojo reaccionó de forma inmediata y huyó despavorido, esquivando los matorrales y dejando al carroñero atrapado en las zarzamoras. Con el corazón en el cuello, Rojo escuchaba los gritos de dolor:

–¡Mi pico, mi bello pico! –se quejaba el cóndor.

Rojo escaló un poco el cerro y se encontró con una cabra, que al oír su relato dijo:

–Estás más loco que una cabra, ¡espera, espera, la cabra soy yo! El huemul eres tú... no, tú no eres un huemul, eres un cóndor, ¡no! eres un...

Rojo, confuso, se alejó de la loca del cerro y decidió ir donde el choroy, el antiguo amigo que había conocido en ese bello bosque. Ese amigo era ahora la mascota y fiel acompañante de don Manolo, quien había salido a cazar conejos con su escopeta. Ansioso, buscó por toda la casa, pero no encontró más que una jaula vacía. Cuando estaba a punto de irse vio a don Manolo, con el choroy y la escopeta al hombro. Asustado huyó y ¡ni siquiera pudo conversar!

Corrió y salió del pueblo, sin darse cuenta que el choroy lo llamaba:

–¡Espera, espera Rojo!

Pero por más que gritaba, sus palabras no llegaban a los oídos de Rojo.

Al poco andar se encontró con un tremendo puma, que sin piedad lo agarró entre sus fauce. Estaba a punto de devorarlo cuando el pudú le dijo:

–¿Puedo hacerte una pregunta antes de morir? ¿Por qué me dicen que soy pudú, si soy un huemul?

El puma se largó a reír.

–¡Ja, ja! ¡Tú, un huemul! Qué chiste más gracioso. ¿De

dónde sacaste semejante locura? Tú no eres más que mi primer alimento proteínico del día –vociferaba el puma, que no paraba de reír.

Una vez dicho esto, se abalanzó sobre el pobre Rojo, pero algo sorprendente ocurrió.

–¡Bah! y mi almuerzo ¿Dónde está? –preguntó sorprendido el puma.

Rojo se alejó a gran velocidad y sólo escuchaba los quejidos:

–¡Mi almuerzo, mi almuerzo!

No muy lejos de ahí, pasó algo muy desagradable a nuestro amigo Rojo... ¡Se topó frente a frente con el cóndor!

–Hola, amigo ¿Qué tal si me acompañas a comer? Quizá comeré un rico... ¡estofado de pudú!

Rojo salió corriendo más rápido que nunca, pero no valía la pena el esfuerzo, porque el cóndor ya lo tenía agarrado tras un corto vuelo. No supo qué más decir y cerró los ojos. De pronto se escuchó:

–¡Oye espera! ¡Esa es mi presa! –gritó el puma.

–¡Mentira! Yo la capturé –contestó el cóndor, quien, en un descuido, soltó a Rojo.

–¡Es mi presa! –respondía el puma.

–¡No, es mía! –replicaba el cóndor.

–¡Yo lo vi primero!

–¡Pero yo lo atrapé primero!

Rojo aprovechó el instante y arrancó, cruzando un río que estaba cerca de ahí. Estaba tranquilo; ya no sería la cena de nadie. A lo lejos se escuchaba la discusión:

–Yo lo vi primero.

–No, ¡yo lo vi primero!

–¡Ya, dividámoslo cincuenta y cincuenta!

–Hecho.

–Hecho.

Pero al darse vuelta no había ni rastro de Rojo, quien había continuado con la búsqueda de una respuesta. Así pasaron los años y dicen que Rojo sigue preguntando a los animales: “¿Por qué piensan que soy un pudú, si soy un huemul?”.

Entonces le pregunté a mi abuelo, quien me contaba esta historia:

–¿Qué quiere decir esta historia, abuelo?

–No sé, solo quería entretenerte –contestó mi abuelo.

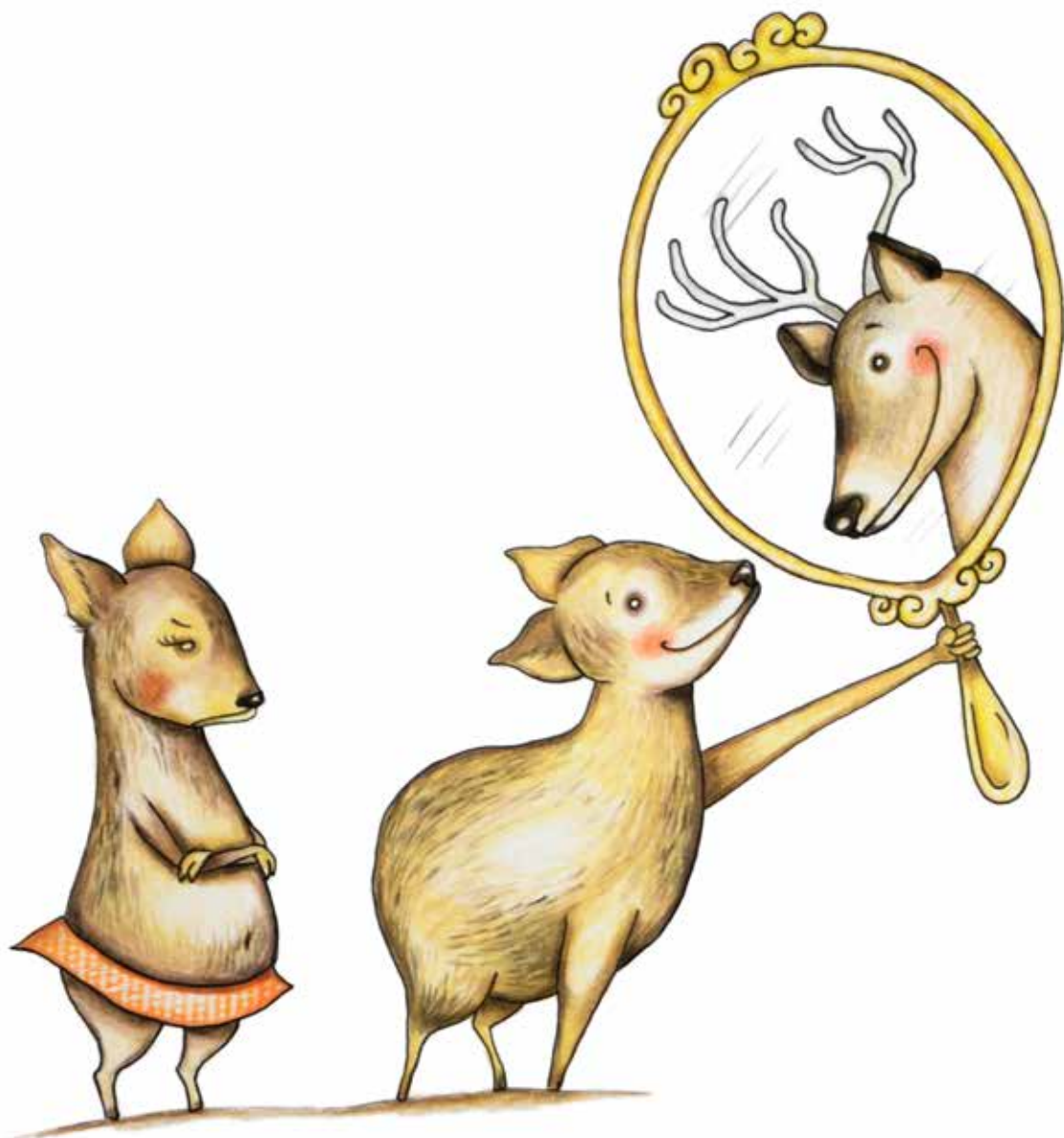
–¿Y de dónde sacaste tanta historia?

–¡Ah!, es posible que haya estado ahí –agregó.

–¿Qué me quieres decir, abuelo?

–Pues averígualo, ahora a dormir –dijo.

Cuando mi abuelo salió de mi pieza, divisé una pequeña silueta que se alejaba. ¡Los cuentos que me cuenta mi abuelo! Quizá qué habrá querido decir... Bueno, qué más da, son cuentos de mi abuelo, ¡qué le puedo hacer!



REGIÓN METROPOLITANA



PEDRITO AYUDA A PREVENIR EL SMOG

Ignacio Valdés Garcés (4° Básico)
San Ignacio Alonso de Ovalle
Quilicura
Segundo lugar regional

Había una vez un niño llamado Pedro, que vivía en el campo junto a su papá, que se llamaba Luis y a su mamá, que se llamaba Susana.

Un día, al papá le ofrecieron un trabajo en la ciudad. Cuando le contó a Pedro, este se puso triste porque en el campo tenía caballos, patitos, perros y cabras. También tenía frutas: manzanas, mandarinas y duraznos. Antes que se fueran de allí, el niño se despidió de sus animales y en un canasto dejó todas sus frutas. Después se fueron a la ciudad y cuando llegaron allí, vieron humo proveniente de muchas partes. Pedro se dio cuenta que la ciudad estaba contaminada y que habían arrendado una casa en medio de toda esa oscuridad provocada por el humo. Se acostó pensando en qué podría hacer para sacar ese sucio smog.

Al día siguiente, el niño se levantó muy feliz creyendo que seguía en su campo, pensando “todo fue un sueño”, pero descubrió que era verdad. Entonces sus padres le dijeron que le podía escribir una carta al presidente.

–Es cierto –dijo Pedro– pero tengo mucho miedo de que me diga que no.

–Tranquilo, sólo tienes que pensar que va a decir que sí. Dile que vienes del campo y que has visto en tus sueños cómo el cielo se limpia y las montañas se vuelven a divisar desde aquí –contestó su madre.

–Es verdad, dijo Pedro.

Entonces escribió:

“Hola Señor Presidente de Chile:

Mi nombre es Pedro Arturo Rafael Rubén y quiero que se acabe el smog que ensucia las plantas y los árboles; con mis ideas lograremos salir adelante, se lo aseguro. Confíe en mí y si no me cree dígamelo a los ojos, directamente como solemos hacerlo en el campo. Aquí le dejo parte de mi lista con las instrucciones a seguir. La lista dice, entre muchas otras cosas: ahorrar luz, agua, caminar, comer frutas dos veces al día, no usar chimeneas, reciclar y lo más importante: cobrar a las industrias contaminantes un impuesto a la suciedad o bien exigirles que cambien los materiales y limpien las máquinas. En fin, la lista es larga y usted verá cómo se las arregla, por algo es Presidente, es decir, preside todo. Por último, no hay que botar cosas al piso y hay que plantar más árboles”.

Dicen que el presidente leyó la carta y aceptó. El niño se enteró de esto y se puso feliz y orgulloso porque iban a sacar el sucio smog. Cuando el papá volvió del trabajo, Pedro lo recibió con un fuerte abrazo y le contó todo. Su papá se puso muy contento.

Tiempo después, cuando volvió al trabajo, le dijeron que podía volver a su amado campo. Le contó a su hijo Pedro, quien se puso muy alegre. Al llegar al campo saludó a sus animales y después de cinco

años volvió a la ciudad, donde ya no había smog ni basura. Todo se debía a que se había atrevido a escribir un cuento que parecía una carta, pero que en el fondo, era una orden para el Presidente de Chile.

Pedro se puso muy contento por todo y volvió al campo, muy agradecido.



REGIÓN METROPOLITANA

LA FLOR Y LA LLAMA

Angélica Alejandra Ávila (2° Medio)
 Liceo Augusto D'Halmar
 Santiago
Tercer lugar regional



Desde muy niña he visto y participado del *floreamiento*¹ de los animales de mi familia. Es una tradición muy linda, donde se marcan las llamas y las ovejas con coloridos trozos de lana. El primer día se *florean* llamas y alpacas; el segundo día ovejas, chivos y burros. No sabía la razón de esto. Cuando era pequeña, me acerqué a mi abuelita y ella me contó...

«Hace mucho tiempo atrás el pastor subía con las llamas para que pastaran en las montañas. Los animales se comían las más ricas, bellas y coloridas flores del desierto.

Un día una flor miró a los ojos de una llama y le preguntó:

–¿Por qué debes alimentarte de mí, habiendo otras plantas para que puedas comer?

La flor era de color morado con blanco y de tan solo verla, se podía sentir su suavidad.

–Es que tú tienes un delicioso sabor y eres colorida –contestó la llama, mirándola fijamente con sus ojos negros y sus grandes pestañas.

–Pero yo sirvo para embellecer este desierto, ¿y tú? ¿Para qué sirves? –preguntó la flor.

–Yo sirvo para llevar la carga del pastor. De mí, él saca lana, la teje y abriga su piel. Es por ello que debo alimentarme bien.

–Quisiera seguir adornando el desierto. Entiendo que tengas que alimentarte bien para ayudar al pastor, pero, al igual que tú, yo quiero cumplir mi ciclo de vida. Además no podemos llevarnos mal estando en el mismo lugar, ¿cómo resolvemos esto?

–¿Qué te parece si le pedimos al pastor que decida? Así veremos si yo puedo seguir alimentándome de ti o si tú cumplirás tu ciclo como corresponde, alimentándome yo entonces de otras plantas.

1. Actividad donde se marcan los animales y se les colocan lanas de colores.



–Me parece bien, preguntémosle al pastor –dijo la flor.

Cuando llegaron donde el pastor, la llama fue la primera en hablar:

–Pastor, necesitamos que nos escuches y resuelvas nuestro problema. La flor pide vivir completamente su ciclo de vida y, por supuesto, no quiere que la coma. Por otro lado, yo pido libertad para alimentarme de ella; es deliciosa y suave y yo necesito ser fuerte para llevar tu carga y procrear.

»El pastor, con una mirada rebotante de sabiduría y conmoción, miró a la llama y a la flor, deslumbrado por lo que ambas pedían. Les pidió tiempo para pensar en una solución. Se sentó en una roca hasta el atardecer, observándolas a lo lejos.

»Al ver los reflejos del *ckapin* (sol) en el lomo de la llama, encontró una solución. Se acercó a ambas, con su poncho de lana listo para emprender el viaje, y les dijo:

–El padre *ckapin* (sol) me entregó la respuesta. Las flores son bellas pero deben alimentar a la llama para que sea fuerte y procre.

Entonces se dirigió a la flor, con dulzura:

–Para mantener mi ganado, aliméntala con tu suave y dulce sabor. La llama, en honor a ti, llevará en su lomo lanas de colores hechas de su mismo pelo, las que serán teñidas con la ayuda de otras plantas para hacerlas coloridas; como la flor es delicada, las mujeres serán las encargadas de teñir la lana y con sus manos suaves las pondrán en el lomo de las

llamas y en sus orejas, sin dolor; cuando las llamas ya estén floreadas completamente adoptarán el nombre de *murungitas* (llamas floreadas en las orejas).

Al decir esto se dirigió a la llama:

–Con ello, agradecerás que las flores te alimenten. En ti, la representación de la flor durará lo que tenga que durar y caerá cuando tenga que caer. Esto lo haremos una vez por año, para agradecer por el ganado y alimentos. Será una tradición y se llamará *floreamiento*. Se hará en el corral, donde cantaré y bailaré para mi llama querida, el *llamacate* (canto que se baila y zapatea en un corral), en tu nombre y el de tus hermanos.

La llama contestó:

–Con mucho placer dejaré que las mujeres adornen con lanas de colores mi lomo y mis orejas. Por ti, hermosa flor, aceptaré el nombre de *murungita* en esta fiesta y cada vez que me llamen así, pensaré en tu dulzura y color.

La flor agregó:

–Entiendo que debo alimentar a las llamas y te agradezco por conservar mi color en sus orejas y lomo. Me siento honrada de ser simbolizada en ti, llamita, con bellos colores para que me recuerden cada año».

Aquel día nació la tradición en esas majestuosas montañas. Mi abuelita se encargó de traspasar esta costumbre a todas las mujeres de la casa, para que no se perdiera y cayera en el olvido como muchas

otras. Ella me enseñó a *florear* las llamas y también la letra de aquel canto que el pastor prometió entonar cada año.

Ya es una costumbre; juntas cantamos coplas y el *llamacate*, coloreamos la lana, preparamos aloja (chicha de algarrobo), chicha de maíz y quínoa con leche. También bailamos y jugamos con los animales.

Aún canto las coplas (cuentos narrados en verso) que solía entonar junto a mi abuela. Esta estrofa es mi favorita:

*Gracias al cielo que he visto y me encontré a estas flores
Mañana cuando me vaya recogiendo las mejores
Este es el nuevo remate de allá arriba, de allá arriba
Solo yo cuando me muera
Acabará mi alegría.
El llamacate es extenso, pero jamás olvidaré esta parte de
tan bella canción:
Vamos, vamos señores
Vamos, vamos a la rueda
A recoger flores señores
Flores de la primavera
De la falda de aquel cerro, señores
Bajan mis llamitas
Unas trasquiladas, señores
Y otras murungitas.*

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

EL MISTERIO DEL NOMBRE QUELENTARO

Luis Ángel Villegas Espinoza (4° Básico)
Escuela G-133 Quelentaro
Litueche

Primer lugar regional

Me contó mi abuelo que hace mucho, pero mucho tiempo, Quelentaro ni siquiera tenía nombre y era un lugar tan solitario que contaba con apenas cuatro casas, separadas por más de un kilómetro de distancia. Solo el humo que se encumbraba por el cielo daba aviso, a gran distancia, que alguien vivía ahí.

A Quelentaro llegaba un infinito y angosto camino, no muy bueno para transitar. Dice mi abuelo que ni el diablo se atrevía a pasar por ahí, pues lo ahogaban las zarzamoras y la rosa mosqueta, las que solo se rendían y dejaban pasar si uno portaba un buen cuchillón. Junto al camino que iba al pie del cerro, el monte alto y tupido se levantaba con fuerza, inspirando un gran respeto. Por la tarde, del cerro bajaba una negra cortina que cubría el sendero, incluyendo alguna casa. Se llevaba la luz dorada y regalaba sombras.

Unos metros más abajo, rompía el silencio el estero que acompañaba muy de cerca al sendero, guiándolo de la mano como un papá a su hijo y con su canto de agua fiel, aunque solo de invierno a primavera, porque en verano la sequedad lo callaba

y le cortaba sus brazos. Cerro arriba, el monte altivo y las quebradas jugaban a esconderse, siendo cómplices de toda la vida silvestre; desde una flor hasta un conejo, todos se complementaban y tenían su propio mundo.

Pero lo que le daba más vida al lugar eran los taros, unos pajaritos de plumaje negro y cabecita muy fina con una cola larga y aflautada, que cantan como queriendo decir algo, o simplemente para saludar.

Abajo, al pie del cerro, estaba la casa de don Salva, que vivía con su mujer Rosita y su hijo Martín, de siete años. Martincito, como le decían de cariño, admiraba mucho a los taros que volaban bajito por todos lados, como queriendo jugar con él. Cuando alguno se paraba en una rama bajita, a un costado de su casa, Martín le hablaba como si fuera otro niño. El taro parecía entender sus palabras, pues de inmediato respondía con melodiosos trinos.

La vida aunque esforzada y solitaria, transcurría tranquila. Martín se las ingeniaba para no aburrirse. Don Salva trabajaba como carbonero y su señora Rosita, en labores de casa.



Pero esta tranquilidad, de un momento a otro, se convirtió en un problema, en desesperación. Una mañana de septiembre, en vísperas de fiestas patrias, Martín estaba elevando un cometa o *chonchón*, como la llamaban entonces. Después de varios intentos, había conseguido elevarlo. Gritaba de alegría. Aún no terminaba de celebrar su gran logro, cuando el viento cortó el hilo y le arrebató el *chonchón*, llevándoselo muy lejos. Martín, desesperado, corrió y corrió una gran distancia, hasta que vio caer su cometa en una quebrada, donde se enredó en un espino.

Martincito quiso rescatar su cometa, pero resbaló y rodó quebrada abajo por entre rosas silvestres y zarzas, hasta que quedó colgando de una roca. No podía escalar. Estaba próximo a caerse al fondo a unos cincuenta metros de profundidad, que de poder ascender. Gritaba y gritaba, pidiendo ayuda, a punto de caer, pero nadie lo escuchaba. Martín tenía sus manos y su cara ensangrentadas. Ya casi no le quedaban fuerzas, cuando un amistoso pajarito, un taro de los mismos que con él jugaban, se posó en un espino. Luego el avecita, como un dolido ser humano, se le acercó, se paró en su hombro y empezó a mover su larga cola, restregándosela en su rostro como haciéndole cariño y queriendo

limpiar su cara. Y como no podía hacer ya nada más, el pajarito voló hasta la casa del niño, donde estaban sus padres desesperados. Lo habían buscado por todas partes, sin tener ningún indicio de dónde podía estar.

El taro, emitiendo uno y otro sonido, y revoloteando por todos lados, se paró en el hombro de don Salva. Este al verle la cola ensangrentada, lo revisó por todos lados y al no encontrarle ninguna herida, comprendió que se trataba de su hijo, y que el taro le estaba avisando. En ese momento, el taro emprendió el vuelo rumbo a la quebrada y don Salva de inmediato lo siguió a galope tendido en su caballo alazán, llegando al lugar donde se paró el taro. Don Salva amarró un lazo trenzado al cincho de su alazán (de pelo rojizo) y descendió por la quebrada, rescatando a Martincito.

Muy contento, don Salva y su esposa contaban a la gente que pasaba por allí la hazaña que había hecho ese pajarito, pues gracias al aviso, don Salva había rescatado a Martincito. Con el pasar del tiempo el lugar fue creciendo, se fue poblando y mis abuelitos dicen que lo bautizaron con el nombre de Quelentaro, que significa cola de taro, en honor al pajarito y la hazaña de su cola.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LAS ANDANZAS DE PEDRO CHICHARRA

José Galo Palominos Moya (5° Básico)

Escuela Valdebenito

Las Cabras

Segundo lugar regional

Hace unos cuantos años atrás vivía, por los alrededores del sector Las Cabras, un hombre al cual llamaban Pedro Chicharra. Según mi tata Fermín, le decían así porque era poco agraciado y muy bullicioso.

Este hombrecito vendía agujas, hilos, botones, hierbas medicinales y otros menesteres por todos los alrededores de Las Cabras. Un día, cuando ya casi anochecía, llegó a ofrecer sus mercancías a la casa de los papás de mi *tata* Fermín. Entonces pidió quedarse a alojar en su casa. Los papás de mi *tata* sabían que este hombre tenía fama de brujo y que la gente de Quilicura, El Durazno, Cocalán, El Carmen y El Manzano le temían, sobre todo los niños. Esa noche, la familia de mi *tata* le dijo que se quedara en un cuarto que tenían con aperos y herramientas, porque era el único lugar donde tenían espacio para armarle una cama.

Transcurrió parte de la noche. Cuando cerca las dos de la mañana se sintieron unos ladridos de perros, cacarearon gallinas y gallos. Los animales comenzaron a rebuznar y en fin, se armó una zalogarda muy grande. El papá de mi *tata* se levantó

más que rápido a ver qué sucedía, con escopeta en mano por si eran ladrones de gallinas o algún animal del monte que quería comerse un ave. Recorrió todos los rincones. Se le ocurrió pasar al cuarto de los aperos, donde dormía don Pedro Chicharra. Levantó la cobija y se asustó mucho al ver solo unas piernas, sin cabeza. Según mi *tata*, cuando las personas que son malulas salen a hacer sus recorridos nocturnos, sólo sale la cabeza, que se transforma en pájaro chonchón y ahí quedan las piernas, descansando. Fue tanta la sorpresa para el hombre, que se fue a acostar.

Cuando se levantó al otro día tempranito, como a las seis de la mañana, se puso a hacer fuego con mi *tata*. Apareció don Pedro Chicharra, quien le dijo:

–Muy buenos días mi buen hombre, ¿cómo amaneció?

–Yo bien, y usted habrá amanecido muy cansado con todo lo que recorrió anoche.

–¿Y cómo sabe usted eso? –replicó don Pedro Chicharra.

–Es que anoche fui para su pieza y le vi solo sus piernas y no estaba su cabeza.

Don Pedro Chicharra lo miró con fiereza y a mi *tata* Fermín, con rabia. Les dijo:

–No le cuenten a *nadien* lo que vieron, porque si lo *desparraman* por ahí, ustedes verán qué les va a pasar, así que *calleuque el loro*, o si no *los desplumo de un soplo*.

Por muchos años, la familia de mi *tata* Fermín se quedó calladita sobre lo que había pasado, para que a sus hijos no les pasara nada raro y estuvieran sanitos. Cuando pasó el tiempo y supieron que este hombre raro había muerto por ahí en la cuesta de Quilicura, pudieron comentar lo que habían visto y lo que les había dicho.



REGIÓN DEL MAULE

LA ABUELITA FILOMENA

Krys Natalie Paz Valenzuela Olivares (5° Básico)
 Colegio Dr. Manuel Avilés I.
 Licantén

Primer lugar regional
Segundo lugar nacional

Esta historia se trata de una abuelita que se llamaba Filomena. Ella nació y vivió muchos años en Duao. Era muy trabajadora como agricultora del mar. Era mariscadora y así se ganaba la vida. No usaba zapatos, siempre andaba descalza.

Iba a lloca a vender mariscos, a pie por la playa, ya que no había autos ni caminos todavía. Además se casó, y con su esposo, que se llamaba Segundo Antonio, tuvieron ocho hijos, seis vivos y dos muertos.

Vivían en una humilde casita en las dunas de arena. Tres veces la arena la enterró la casita, pero seguían haciendo otra, ya que esta abuelita era muy trabajadora. Además salía a Duao para lavar ropa, hacer camas o lo que fuera. También era partera de las guaguas cuando todas las mujeres tenían sus hijos en sus casas, porque no había hospital donde pudieran irse a mejorar.

Era artesana en greda. Le quedaba muy bonita, la vendía toda. Era muy devota de la Virgen del Carmen, tanto así que a seis de sus hijos les puso por segundo nombre “del Carmen”.

Cierta día salió para Duao donde sus amigas y no regresó a la casa en todo el día. Ella vivía con dos hijos, quienes salieron a mirar a las dunas por si venía. Así llegó la noche y ella no llegó; sus hijos pensaron que se le había hecho tarde y se había quedado a alojar, pero no fue así. Ella se vino como a las cinco de la tarde y cuando venía muy cerca de la casa, más o menos a un kilómetro, se cayó al mar y no se pudo parar. Le dio una parálisis y pasó toda la noche en la playa. Llegaba el mar sobre ella; se mojaba y la picaban las pulgas de mar.

Amaneció. Ella decía después que gritaba, pero nadie la escuchaba, ya que no andaba nadie en la playa. En la mañana salieron los dos nietos a la playa. Cuando de repente miraron hacia arriba, vieron a una persona que se movía. Ellos pensaron que podía ser una persona ahogada que había en el mar.

Y fueron a ver qué era, con un poco de miedo. Se encontraron con que era la abuelita Filomena. Se fueron corriendo a la casa para decirles a los papás y a los tíos. Fue muy triste, ella estuvo dos años en cama. No podía hablar, solo murmuraba.

Todos los hijos lloraban y decían que se iba a morir. Una *médico* de la Huerta de Mataquito dijo, luego de examinar su orina, que después de dos años volvería a hablar y a caminar. Toda la familia le pedía a la Virgen del Carmen para que se sanara y así la Virgen cumplió su deseo; a los dos años volvió a caminar y

a hablar. Así ella vivió 11 años más y después, a los 75 años, falleció, quedando el abuelito solo, triste y abandonado, pero una hija se hizo cargo de él hasta que él falleció. Esta historia termina con mucho amor y dolor para su familia.



REGIÓN DEL MAULE

LA VIRGEN DE LORA Y SUS VISITAS

Thomas Cristóbal Tapia Martínez (5° Básico)
Colegio Dr. Manuel Avilés I.
Licantén

Segundo lugar regional

Cuenta la leyenda de la Virgen, que en Lora tienen una Virgen de madera. Cuando comienza el día, la Virgen va donde está la Virgen de madera y se queda ahí tesa, hasta que llega la noche. Cuando llega la noche, se convierte en persona de verdad y pasa por arriba de todas las casas, dejando bendiciones. También detecta quién se portó mal y quién se portó bien. A los niños que se portan mal, no les deja ninguna bendición y les da enfermedades y a veces la muerte, y a los niños que se portan bien les deja muchos regalos y los deja sanos.

Vuelve a hacer lo mismo de todos los días. También va a la playa cuando termina de dejar bendiciones. En la playa se relaja por todo lo que hace en el día y en la noche, luego se alimenta y toma un café. También va a la iglesia a rezar en la noche y del cielo bajan Jesús y el Padre Santo.



REGIÓN DEL BIOBÍO

Y POR ESO ESTOY HUÉRFANO

Nicolás Javier Riquelme Jaramillo (6° Básico)

Escuela España

Los Ángeles

Primer lugar regional**Mención especial del jurado nacional**

Me llamo Nicolás y vivo en Los Ángeles, Chile. En mi ciudad hay mucho vandalismo. No hay muchas aves aquí, solo hay gorriones, aunque en los campos hay muchos peucos. Los Ángeles está cerca del mar, bueno, casi, porque Concepción está más cerca del mar. Mi madre se llama Alicia. Ella solo tenía diecisiete años cuando quedó embarazada de mí y cuando yo nací, mi padre, que se llamaba Javier, se marchó. Mi madre quedó viviendo en la casa de mi abuela; por suerte mi abuela no es pobre, porque trabaja en un boliche donde vende licor. Ella mantiene a cinco de sus seis hijos, mi tía Ana que trabaja en el *mall*, mi tío César que tiene un taller de autos en la casa de mi abuela, mi tío Julio que está estudiando en la universidad y ya va a tener a su hijo; mi madre que trabaja como profesora en Cabrero y,

por último, mi tío Rubén, que aún no sabe cómo se va a ganar la vida... por suerte mi abuelo todavía no muere.

Por las mañanas me despertaba con los ruidos de mis tíos, y con mi madre nos levantábamos para ocupar la ducha. Un día íbamos caminando con mi madre, cuando nos encontramos con un hombre llamado Pablo, que le dijo: "¡Qué lindo hijo tienes, se parece mucho a ti!". Yo sé que soy hermoso, pero ese hombre se quedó hablando con mi madre un rato y después la invitó a un baile. Más adelante mi madre y yo nos fuimos a vivir a la casa de aquel hombre y cuatro años después se casaron. Después de eso, mi padre dijo que me fuera de la casa y por eso estoy huérfano.



REGIÓN DEL BIOBÍO

UN AVE INCOMPRENDIDA

Carlos Enrique Espinoza Salazar (4° Medio)
 Colegio Metodista Concepción
 Santa Juana
Segundo lugar regional

Mi abuelo cantaba todo el día una canción cuya única letra era:

Tú eres importante, tú eres especial...

Era un hombre sabio, noble y querido por todos los que lo conocieron. Aprendió a querer, a escuchar y respetar la naturaleza. Sabía con exactitud qué planta era buena para cualquier *achaque*; con el comportamiento de las hormigas sabía, sin margen de error, cómo sería el invierno y cómo andarían las cosechas. Le ponía nombre a sus gallinas, sus cerdos y sus patos, y de todos ellos tenía una historia que contar. Mi abuelo sabía de mi temor a las arañas, las abejas, las lombrices y las cuncunas y me decía que en la naturaleza todos somos importantes y que todos cumplimos una función. Él me contó una historia que terminó para siempre con una arraigada creencia popular que había escuchado de niño y que me llenaba de temores e inseguridad.

Sucedió una oscura noche de invierno, mientras el viento jugueteaba con todo lo que encontraba a su paso y su silbido irreverente comenzaba a escucharse en todos los rincones del solitario lugar. Mi abuelo, montado en su caballo, hacía su acostumbrado

recorrido antes de ir a descansar al calor de la cocina a leña, donde humeaba la tetera ansiosa de regar la yerba mate. Todas las noches comenzaba, como un ritual, a cerrar portones, a encerrar en el establo a sus animales, a guardar sus herramientas. Todo en forma casi mecánica, sin dejar de entonar su típica canción.

De pronto, su caballo se encabritó y mi abuelo se percató de que en el suelo había un bulto que asustaba a su caballo. Desmontó y cuidadosamente se acercó al objeto; era un ave, quizás la única especie que mi abuelo no había visto nunca. Estaba malherida, tenía espuma en el pico y sus ojos estaban entreabiertos, como haciendo un gran esfuerzo por aferrarse a la vida. Había sangre a su alrededor y tenía una terrible herida en la garganta. Mi abuelo la tomó delicadamente, la acomodó bajo su gruesa manta, para darle calor y se la llevó a su casa. Para tranquilizarla, le cantaba su pegajosa canción:

Tú eres importante, tú eres especial...

Pasaron los días y a punta de extractos de hierbas, que machacaba en un mortero y luego aplicaba en la herida, fue devolviendo poco a poco la vida a esa extraña ave de plumaje color ceniza. Mi

abuelo acariciaba su pequeña cabeza y le cantaba su canción, como si fuera la única plegaria capaz de devolverle la vida a un moribundo.

Con el paso de los días, mi abuelo descubrió que, de día, el ave dormía con gran placidez. De noche, revivía y trataba de emitir un canto que el abuelo no podía precisar, algo que no era un cacareo, ni un graznido... era un sonido ahogado, casi como si le causara dolor hacerlo. Poco a poco mi abuelo se dio cuenta de que esta ave no comía granos ni semillas de ninguna especie, sino que se alimentaba de gusanos e insectos varios. Pasaron los días y fue recuperando sus fuerzas. Mi abuelo la llevaba a todas partes, recorrían el campo, haciéndose compañía el uno al otro, hasta que un buen día llegó el momento de que el ave emprendiera nuevamente el vuelo. Mi abuelo le dijo:

–Ya estás fuerte y tus alas están deseando sentir el aire arremolinado de las alturas. No dudes en seguir tu camino.

El ave, con mucha gratitud en su mirada, le dijo:

–He pa-pa-pasado m-m-mis me-mejores d-d-ías conti-ti-tigo, e-e-eres el pri-pri-mer se-ser hu-ma-mano que me-me t-t-trata co-con ta-ta-tanto cariño.

El abuelo se percató con gran sorpresa de que el accidente que había tenido la había dejado completamente tartamuda y, aunque era muy difícil entender lo que intentaba decirle, comprendió que estaba muy agradecida. Por el cuidado y el cariño recibido, vendría por las noches a cantarle la canción, que de tanto escuchar, se había aprendido.

Así, unidos en un coro, cada uno en su mundo, uno en las alturas, el otro en tierra; uno nocturno, el otro diurno, continuarían por siempre siendo los mejores amigos.

Y así fue como, estando con mi abuelo a la lumbre de las amarillentas lenguas de fuego, de pronto se sintió un estridente sonido rompió la noche:

–Tue, tue, tue...

Y el abuelo, sonriendo, comenzó a cantar:

–*Tú eres importante, tú eres especial.*

Instantes después se escuchó nuevamente:

–Tue, tue, tueres...

Antes de que se escuchara de nuevo, salté de mi silla y le grité a mi abuelo:

–¡Abuelo, tengo miedo! Mis amigos dicen que esa es una cabeza de bruja que vuela en una escoba.

–¡Ja, ja, ja, pero qué cosas dices! –rió mi abuelo.

–Esa es una vieja y errada creencia popular, que ha pasado de generación en generación para entretener a los grandes y asustar a los niños –dijo mi abuelo, muy sabio– Yo te contaré la verdadera historia de ese tue-tue, que te asusta tanto. Ese canto es más ni menos que mi canción favorita. Solo que quien la canta jamás la puede terminar, primero porque es tartamuda y segundo porque la gente le ha dado muy mala fama y en cuanto se dispone a cantar, la espantan, le gritan cosas amenazantes u ofensivas, incluso le hacen invitaciones tontas,

como “¡Ven mañana a tomar *once*!”. ¿Quién dijo que las aves toman *once*? Es solo una inofensiva e incomprensible ave nocturna que, como otras, cumple un importante rol en el ecosistema –dijo el abuelo. Entonces me contó la historia que los convirtió en cómplices cantores.

Así fue como nunca más le temí a ese estridente canto que inquieta las noches del campo chileno y decidí escribir esta historia para contársela a mis compañeros de regreso a clases, para que comprendan, como yo, que no hay que temer a los

animales; más bien hay que temer a los humanos que, siendo seres razonables, se divierten provocándoles daño o sometiéndolos a un cruel cautiverio.

Con mi abuelo aprendí todas esas cosas que no se aprenden en la escuela y que también son importantes para la vida. Creo que si todos tuviéramos real conciencia de lo fundamentales que somos para mantener el equilibrio en la naturaleza y que nuestro Creador puso una misión en cada ser viviente, entonces este mundo sería muy diferente.



REGIÓN DEL BIOBÍO

RECORDANDO EL PASADO

Isabel del Carmen Zapata Gamonal (3° Medio)
 Liceo Domingo Ortiz de Rozas de Coelemu
 Treguaco
Tercer lugar regional

Pedro nació un 14 de mayo de 1914, su madre y su padre eran campesinos que con mucho amor habían criado a doce hijos. En el campo es difícil salir adelante solo, pero Pedro se dijo a sí mismo que con una familia que ante todo se ama, es fácil. Al decir esto, sus ojos se desviaron de los míos y miraron hacia afuera. En su mirada vi amor, esperanza y experiencia... a sus 99 años ha vivido mucho.

«Mi niñez fue como la de todos los niños que había cerca de mi casa. Nos levantábamos muy temprano para ayudar a nuestros padres en los quehaceres del hogar, las mujeres ayudaban a mi madre en la cocina, en el aseo y la huerta, mientras yo y mis demás hermanos ayudábamos a nuestro padre a picar leña, cuidar los animales y trabajar la tierra de sol a sol. Yo era como un campesino más. Ni yo ni mis hermanos tuvimos educación porque en ese tiempo no había escuelas en la zona, pero siempre digo que tuve la mejor educación, la del campo, esa educación que te hace fuerte y te enseña a vivir. Como no teníamos zapatos, teníamos que andar a pie pelado, soportando el calor en verano y las crueles heladas del invierno.

»Pasó el tiempo y mis hermanos se empezaron a casar. Yo no fui la excepción, dejé la casa y me casé con la mejor mujer del mundo, mi María González ¡Ay, si ella estuviera aquí! Otra cosa hubiera sido, pero Dios se la llevó con él... ¡Cuánta falta me hace! La conocí siendo muy joven y luego nos casamos. Nos fuimos a vivir a un terreno que era suyo, donde construimos nuestra casita, de adobe y piso de tierra. En ese tiempo no existían las comodidades que hay por estos días; hoy en día el que se queja es malagradecido e inconsciente, porque están todas las posibilidades para salir adelante. Tuvimos ocho hijos, tres están bajo tierra, cuatro nunca me han venido a ver. Mi hija, la menor, me cuida a pesar de todo. La vida es injusta, decía Pedro, con tristeza en sus labios y en su mirada.

»Los hijos son unos ingratos, me partí el lomo para que no les faltara comida. En ese tiempo no había en qué trasladarse, yo tenía que ir a pie a Coelemu a comprar un quintal de harina, que traía al hombro para que mis hijos no pasaran hambre. Al llegar a la casa, la vieja preparaba un rico pan amasado y todos disfrutábamos de la once al lado del fogón.

Nos levantábamos con los primeros rayos del sol a trabajar. Con mucho sacrificio planté una viña con uva negra, blanca y rosada. Tenía harto trabajo. Debía podar, sarmentar, fertilizar, cavar y vendimiar. Luego venía el proceso de hacer vino y aguardiente. Después, entre mayo y junio, era la pega de las siembras. Las lentejas se cosechaban en noviembre. Las arvejas las tomábamos en noviembre. El trigo debía cortarlo en febrero. Teníamos que hacerlo *atado*, luego emparvarlo y entonces se venía la buena trilla a yegua suelta, como debía hacerse. *Teníamos para todo el día*. Tomábamos desayuno, almuerzo y cena. Luego venía su buen bailecito, donde las chiquillas tocaban la guitarra y nosotros bailábamos al compás de sus buenas cuecas, con vino en mano.

»Mientras yo trabajaba en el campo, mi viejita trabajaba en la casa. ¡Ella si que era *alentada pue!* Tenía que cocinar, hacer el aseo, ver los animales, cuidar los hijos, coser la ropa, hacernos la ropa interior y también tejer. Escarmenaba lana y tenía una hermosa huerta donde había lechugas, repollos, porotillo, orégano, apio, cilantro, morrones, albahaca, tomates, ajíes y pimentones. Estos últimos, una vez maduros, los cosechábamos y los secábamos en la cocina para hacer el *color* para las comidas. Nunca supe cómo siempre le sobraba tiempo para cuidar de su hermoso jardín, donde había hortensias, siemprevivas, enredaderas, cardenales rojos, rosados y el infaltable cardenal blanco, especial como remedio para cuando alguien se enfermaba de tos.”

»Para mí era fascinante escuchar todo eso. Nunca había escuchado algo tan real, donde había tanto sacrificio y sufrimiento, pero a la vez, alegrías. Él me

miró y yo respondí a su mirada, me sonrió y prosiguió contándome su interesante vida:

»Con mi vieja éramos tan felices, íbamos en familia a la iglesia los domingos. Salíamos a las fiestas en familia, aunque ella iba tan solo por un momento, para distraerse un poco, pero yo me quedaba con los amigos bailando, tomando, apostando y jugando hasta el amanecer. Recuerdo el nombre de algunas fiestas, como la fiesta de la Candelaria, que se realizaba en febrero. Puede ser que nunca haya sido conocida en otras comunas, pero en Minas de Leuque siempre se llevó a cabo en honor a una difunta llamada Candelaria, que murió cuando hubo una epidemia de viruela. Ella fue muy conocida, porque se le aparecía a los vecinos en sueños y les decía “*Ya pue*”. En esa fiesta se le rendía homenaje y se hacían grandes filas para llevarle una vela encendida y dejarle dinero. Ella era como una santa que adorábamos. Luego, en la tarde, se armaba la parranda; tomábamos y bailábamos hasta el amanecer sus buenas cuecas, como se debían bailar. A nadie le daba vergüenza nuestro baile nacional, no como hoy en día, que se avergüenzan de demostrar patriotismo. En esa fiesta había vino, chupilca, aguardiente, enguindado, ponche, etc.

»Otra fiesta era en abril, para Ramos. Se hacían carreras a la chilena, donde apostábamos y más de uno se picaba. Se agarraban a combos y luego andaban de lo más felices juntos. Estaba el palo encebado, que unos pocos podían subir y los infaltables naipes, mi especialidad. Nadie me ganaba. Con el dinero que ganaba muchas veces le di de comer a mi familia, aunque a mi vieja le molestaba que apostara y tomara.



»En mayo, la mayoría de las personas mataba chanchos. Ahí se preparaban ricas prietas, longanizas y ricos chicharrones con *sopaipilla*. Invitábamos a los compadres, prendíamos una fogata y todos comíamos y tomábamos. Recuerdo la famosa Cruz de Mayo, que todavía es celebrada por algunos campesinos, los más antiguos. Todos los campesinos para el tres de octubre iban a su sembrado y ponían una cruz al centro, adornada con flores. Primero se vertía una copa de vino tinto en la cruz: esto se hacía como tradición para que el sembrado creciera lindo, grande y fuerte. Se comía algo con la cruz en medio y en la tarde se bailaba alrededor de ella. Y qué decir de las demás fiestas como el 18 de septiembre, cumpleaños, Semana Santa.

»Qué tiempos aquellos hija, donde todos éramos tan felices y para mí no existían las penas. Aún recuerdo como si fuera ayer cuando íbamos a la fiesta de Todos los Santos el primero de noviembre. Llegábamos al cementerio a dejarles flores y velas a nuestros deudos, yo a mi madre y a mi suegro. Íbamos en carreta. Eran filas y más filas de carretas; todos llevaban su fiambre, nosotros llevábamos pescado frito, pollo de campo asado en horno de barro, empanadas, la rica ensaladita con arvejas, el exquisito pebre, el ají y el infaltable traguito que daba fuerzas para la vuelta. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Cómo me gustaría volver el tiempo atrás!

»Luego, con el tiempo, mi vieja cayó enferma y el 28 de octubre de 1996, dejó de existir. Su alma voló muy lejos, muy lejos y muy alto de aquí junto al Padre celestial. Quedé solo, luego mi hijo y su señora me echaron a la calle, me decían que era un *pegote*. Yo nunca supe por qué me decían así, hasta que me di cuenta que mi hijo me había quitado todo,

dejándome en la calle y cuando ya no les servía más y sólo les estorbaba, me echaron, como si fuera basura. Mi hija me recogió y aquí estoy, al lado de ella. De mis hijos no he sabido nada en diecisiete años; me han venido a ver como dos veces. Gracias a Dios que me dio una buena hija, que nunca se ha olvidado de mí.

»Con la gran pena que me causó la muerte de mi vieja, al año siguiente dejó de existir mi nieto, mi querido nieto, mi Mocho. Tenía 23 años cuando falleció, nunca supimos verdaderamente lo que pasó. Lo único que sabemos es que se fue de aquí, pero dejó un recuerdo. Usted *mija*, es lo único que tenemos de él, y una foto. Para mi hija y su esposo fue un duro golpe que aún no pueden superar del todo. En este mundo se puede perder un padre, un familiar, un amigo, pero perder un hijo es el dolor más grande que puede haber para una madre. Después de todo esto, llegó usted, que de chiquitita fue la alegría del hogar. Siempre nos sacaba una sonrisa y aún es así, igual que su padre».

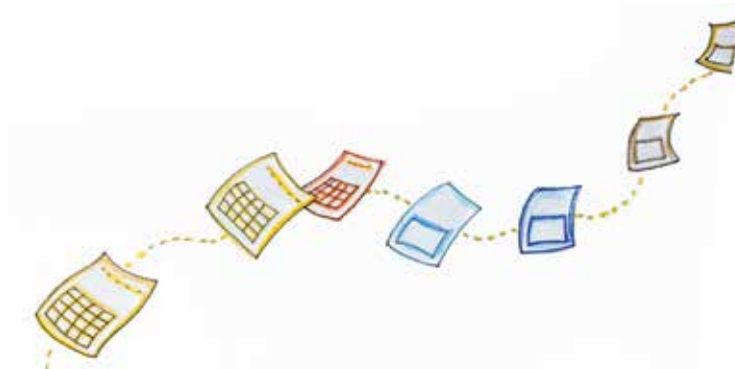
Por un momento se detuvo, suspiró y me miró.

–Estudie *mija*, estudie, puede ser que sus *papis* no le vayan a dejar una gran herencia, pero la herencia más grande que le pueden dejar son los estudios, eso nunca nadie se lo quitará.

Me paré del asiento, abracé muy fuerte a mi viejo y le di un beso. Muchas veces quise hacer eso, y al tenerlo entre mis brazos me di cuenta que sus palabras me llenaban de gozo. Me hicieron darme cuenta de que lo tengo todo. Puede ser que lo material falte, pero el amor que me han dado es lo más grande y satisfactorio que me han podido dar.

A veces nos quejamos de cosas sin sentido, pero creo que el amor, la fe y la esperanza son cosas más valiosas. Podemos ser pobres por fuera, pero ricos por dentro. También me pude percatar, con la historia de mi bisabuelo, que los campesinos son valiosos, ya que gracias a ellos tenemos los ricos productos de comida; gracias a esas personas que *se parten el lomo* trabajando de sol a sol todo el día, que pasan hambre, sed, calor y muchas veces son pobres, es que tenemos qué comer, tenemos legumbres, frutas y verduras.

Podemos muchas veces decir que la ciudad es mejor que el campo, porque está todo a la vuelta de la esquina, porque hay más oportunidades de trabajo, salud y educación, pero a esas personas ¿quién les puede brindar el amor incondicional de la familia en las buenas y en las malas? ¿La tranquilidad, la libertad, el olor de la tierra húmeda de las mañanas, el aire limpio y puro, el canto refinado de los pájaros, el canto del gallo en la mañana y, sobre todo, el amor hacia nuestras raíces, a nuestra madre tierra?



REGIÓN DEL BIOBÍO

LA VACA LOCA

Ignacio Tomás Ponce Verdugo (4° Básico)
 Colegio Padre Alberto Hurtado
 Los Ángeles
Mención honrosa

Había una vez una vaca que descansaba en el campo. De repente escuchó el rugido del león: "¡Aaarr!". "¡Viene el león, corran todos!", gritó desesperada. Ella se escondió en el establo y, mirando por una abertura, vio que un conejo se quedó afuera. Entonces llegó el león de las montañas y vio cómo lo tomó con sus afiladas garras y se lo tragó por completo. La vaca esperó un largo rato y luego se fue.

Al día siguiente hicieron una reunión todos los animales del bosque y dieron muchas ideas. Entonces el mono dijo: "Ahora que me acuerdo, si le das carne de vacuno a una vaca, esta enloquece". Todos miraron a la vaca y esta dijo que no lo haría, porque alguien podría salir herido. Pero los animales en la noche se reunieron, buscaron carne de vacuno

y se la echaron a su pote con comida, revolviéndola bien para que la vaca no se diera cuenta.

Al día siguiente la vaca se comió todo su pocillo con comida. De repente gritó: "¡Muuuuuuuuuuu!" y comenzó a correr. El león pensó: "Una vaca", y se puso a correr. Al llegar abajo la vio y la vaca también a él. La vaca se le tiró encima. Había despertado con mucha hambre, y los dos cayeron. Cuando el león pudo levantarse, ya era demasiado tarde. La vaca le pegó en la cabeza y los dos cayeron al piso. El león no resistió el golpe y murió. La vaca se levantó y dijo: "¿Qué demonios ha pasado aquí? Me duele la cabeza". Sus amigos la miraron y le dijeron que le habían echado carne de vacuno a su comida, porque era la única forma que tenían de salvarse del león. La vaca comprendió a sus amigos y todos vivieron felices por siempre.



REGIÓN DEL BIOBÍO

RECUERDOS NO OLVIDADOS

David Alejandro Ochoa Jofré (2° Medio)
Liceo Industrial Hernán Valenzuela Leyton
Chiguayante
Mención honrosa

Ambiente de paz y tranquilidad, donde se manifiesta en todo su esplendor el cálido y sagaz abrazo de la armonía, en el cual estamos insertos nosotros, observando cómo todas las mañanas son iguales, empezando desde la mañana hasta que cae fuerte el velo de la noche. Empezando la mañana, desde temprano dirigiendo a las enormes bestias a la chacra donde las alimentamos y más tarde nos ofrecen su trabajo. En el verano, cosechando diversos cereales como trigo, maíz, etc. Preocupándonos de que tengan suficiente agua para crecer y en el invierno cuidando al máximo lo del verano para no perderlo. Los utensilios básicos, como el azúcar, sal y demás condimentos, hacen su llegada por solo unos momentos, apostando rumbo a la plaza, para

regresar pronto a la casa. Después de alimentar a diversos animales sin importar su peso, la vieja saca leche para hacer queso. Cuando este desfile por fin ha terminado, vamos a buscar las bestias, que nos están llamando. Veo mis manos y en ellas se refleja todo el trabajo y los años de esfuerzo. Cada línea es una prueba de esta carga que he llevado.

Bueno, vamos yendo para la casa donde la vieja nos tiene comida y la hija cura nuestras heridas. Me pongo mi *chupalla* para poder cantar y el movimiento, que es irresistible, nos hace bailar. Pero ¡basta hombre! todo el rancho a la cama, que mañana el gallo nos avisa de la mañana con su gran alarido.



REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL CULEBRÓN DE MARTINI

Renato Aníbal González Seiffert (5º Básico)

Escuela Epu Klei

Lican Ray

Primer lugar regional**Tercer lugar nacional**

En algunas ocasiones, cuando llueve torrencialmente y hay mucho viento, recuerdo a mi abuelita Clarita, sentada detrás de la cocina a leña con su mate siempre en la mano y en la otra una palta con una cuchara. Esas paltas que le mandaba una señora de Santiago, siempre llegaban duras como palo, pero ella las guardaba envueltas en diario detrás de la cocina para que maduraran. Nadie las podía apretar, porque se echaban a perder, decía ella. A mí me gustaba sentarme a su lado en ese duro cajón de leña, cubierto con un chal rojo a cuadros, al calor del fuego y envuelto en el humo que se devolvía por tanto viento que había en esas noches negras de invierno sureño, sin ninguna estrella en el cielo. Me gustaba sentarme a su lado a ver si me convidaba un matecito “con harta azúcar y tibiecito”, le decía yo. También me gustaba sentarme a su lado a ver si me contaba alguna historia. De las miles que me contaba, la que más me gustaba era “El culebrón de Martini”.

La historia comienza así:

«Hace muchos años atrás, en los setenta, había un huaso muy *encachao*, de ojos azules como el mar, pero este huaso era tan pobre que no tenía ni tierra

debajo de las uñas. Un día el huaso Martini andaba arriando unas vacas en el cerro Chihuaico, cerca de Lican Ray. Era muy de noche, pero la luna le servía *pa’ alumbrar* el sendero que debía seguir. *De la na’* sintió que algo se movía entre las hojas secas. Se quedó bien quieto, como un palo, con los ojos bien abiertos. Entonces vio pasar, despacito por sus pies, un culebrón negro, tan negro como la mismísima oscuridad. El huaso Martini movió la mano con tanta velocidad que agarró de un *saz* la cabeza del culebrón. Lo metió rapidito en un saco que andaba trayendo, se lo echó al hombro y siguió su camino hasta su rancho. A la mañana siguiente, con mucha hambre y sed, se sentó a pensar qué haría con el culebrón, hasta que decidió cuidarlo como hueso santo. Este huaso empezó a darle leche de burra, *pa’* que creciera, decía él.

»No pasó *na’* mucho tiempo, cuando se empezó a ver al huaso Martini con un caballo negro, grande y lindo. Luego con dos, tres y diez. Al tiempito, este huaso empezó a ser dueño de cuanto campo vendían, se hizo una casona de dos pisos a la entrá del pueblo grande y atrasito de su casona levantó un tremendo aserraero, el más grande de *toita* la región.

«Y así fue como la gente empezó a decir, a murmurar, a *copuchentiar*, que este huaso había *encontrao* un culebrón; que lo tenía en su mismísima casa y que bien tempranito se levantaba a sacarle leche a la burra *pa' dársela fresquita*. Se decía que este culebrón era hijo del *colúo* y que el huaso Martini le había prometido cuidárselo a cambio de fortuna y una larga vida».

Yo no sé qué pasó con el culebrón. Mi abuelita Clarita nunca me lo contó y ni siquiera sé si ella misma sabía. Hace varios años que ella falleció, pero aún se ve al huaso Martini trabajando en su *aserraero*.



REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL AMOR ENTRE UNA GALLINA Y UN POLLO

Rayén Mercedes Quilamán Llanquileo (4° Básico)
Escuela Particular N° 307 San Antonio de Ñienoco
Temuco

Segundo lugar regional

Había una vez un pollo muy especial. Eso pensaba una gallina que estaba completamente enamorada de él. Un día esta gallina le pidió que se casara con ella, pero había un impedimento, ya que seguramente los padres de ella no estarían de acuerdo. Ellos decían que él era muy pobre para su familia.

Un día, ella pensó mucho en él. Cuando llegó al lugar donde estaban estudiando, le dijo que tenían que idear un plan. Él le propuso que se podían escapar esa noche y ella le dijo que sí, porque estaba muy enamorada. Le dijo que podía darlo todo por él, hasta la vida. Él le dijo lo mismo. Como su amor era tan fuerte, lo podía sentir todo el universo.

Los padres de la gallina echaron a la cárcel al pollo por haber secuestrado a su hija. Ella le decía a los policías que no era cierto, pero estos no la escuchaban.

La gallinita le dijo al pollo que jamás lo iba a dejar de amar, porque su amor nunca se terminaría. Al

pollo le dieron veinte años de cárcel... pasaron esos veinte años tristemente.

Los dos enamorados ya eran jóvenes y mayores de edad. Se volvían a encontrar en otras oportunidades, pero no se reconocían. Hasta que un día chocaron y ¡bum! volaron todas las hojas que traía la gallinita. El pollo se las recogió y le pidió perdón.

Sintieron que se conocían desde antes. Ese día se preguntaron sus nombres y se volvieron a conocer; ese día también volvieron a idear el plan que tenían antes. Esa noche se escaparon y desde entonces fueron muy felices por haberlo logrado.

Pasaron muchos meses y al fin el pollo decidió pedirle a la gallina que se casara con él. La gallina le dijo que sí. Pasaron tres meses y se casaron. Después de la fiesta, se fueron de la luna de miel. La gallina se entregó y tuvieron muchos pollitos y ¡fueron muy felices por el resto de su vida!



REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

MI ABUELO, EL PUMA Y EL CUESCO DE CEREZO

Francisca Martina Silva Sepúlveda (5° Básico)
 Instituto Victoria
 Collipulli
Segundo lugar regional

Fue en una de esas tardes de verano, cuando estaba sentado en su mecedora porque apenas podía caminar, que mi abuelo comenzó a contarme una entretenida historia. Mi abuelo era un viejito de tez oscura, cabellera casi blanca y de rostro ya cansado por sus años.

He aquí una de las tantas vivencias lindas que mi abuelo me contaba. Esto sucedió en las praderas del cerro Motrulo del sector de Pemehue, a 85 km. de Collipulli. El paisaje allí es maravilloso, se respira un aire limpio y una paz infinita. También se puede apreciar de cerca el vuelo de los cóndores, en lo alto del cielo azul.

Mi abuelo, que se dedicaba a la crianza de corderos (pues era el único sustento para vivir), cada cierto tiempo encontraba corderos muertos en el corral donde tenía su rebaño. Siempre se preguntaba cual sería la causa de aquello. Transcurría el tiempo y seguía pasando lo mismo. Decidió salir todos los días a cuidar su rebaño. Observaba, sentado o caminando a sus corderos mientras pastaban. Siempre iba acompañado de Tom, su perro fiel, el cual también andaba pendiente de cualquier cosa extraña que sucediera. Mi querido abuelo llevaba

cargada a su espalda una escopeta, la cual no dejaba por nada del mundo; al parecer se sentía muy seguro con ella.

Una mañana muy temprano, mi *tatita* estaba tomando mate junto a mi abuelita alrededor del fogón, acompañado de unas ricas tortillas de rescoldo. De repente sintió a los corderos alborotados. Estaban balando muy fuerte en el corral. Mi abuelo salió apresuradamente a ver qué sucedía. Con el apuro, se le olvidó llevar consigo la escopeta. Su perro ladraba enloquecidamente. Agotado con tanto alboroto, luego de no ver nada, decidió volver a la casa. Ahí fue cuando, sorprendentemente, se encontró frente a frente con un puma de mirada desafiante. Mi abuelo quedó paralizado, pero al minuto reaccionó y corrió raudamente hacia un cerezo que estaba muy cargado de apetitosas cerezas. Trepó rápidamente casi hasta la copa, y allí permaneció por un tiempo. El puma trataba de subir, pero sus intentos eran en vano; el animal estaba muy furioso. Mi abuelo estaba muy acongojado, esperaba lo peor. El puma lo miraba fijamente.

Sin pensarlo mucho, se le ocurrió lanzarle un cuesco de cereza y tuvo la suerte de que dio justo en el



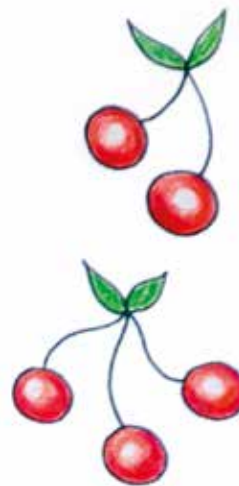
ojo derecho del puma. El proyectil fue lanzado con tanta fuerza, que el puma comenzó a rugir y salió arrancando despavoridamente del lugar. Mi abuelo se sintió aliviado por lo que había hecho, miró complacido el paisaje colorido a su alrededor, y descendió calmadamente del cerezo. Entró a su casa y le contó a su familia, que aún estaba reunida desayunando alrededor del fogón, la hazaña vivida con el puma.

Pasaron los años y mi abuelo estaba muy delgado y más anciano; caminaba con pasos muy lentos, tenía el rostro ajado y cansado de un hombre trabajador. Solía caminar por las praderas cerca de su casa, sin alejarse demasiado, ayudado por un colihue que usaba como bastón. Ya no lo acompañaba su perro fiel, que había muerto de viejo.

Un día de aquellos iba caminando, cuando sorpresivamente se encontró con un puma. Quedó perplejo al verlo. Fue una gran sorpresa para él, sobre todo porque se trataba del mismo puma que años atrás lo había querido atacar. Lo reconoció porque el animal estaba tuerto, ya que el impacto del cuesco lo había hecho perder el ojo derecho. El puma estaba viejo, agotado y era incapaz de atacar. Pasó muy lento, lo miró y siguió su camino.

Mi abuelo terminó de contarme su entretenida historia y tras un suspiro, dijo:

–Pensar que ese cuesco de cereza me salvó la vida.



REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

VAMOS A LA FERIA

Valentina Antonia Sáez Hidalgo (5° Básico)
Escuela Particular N°38 Apocalipsis
Carahue
Mención honrosa

Me contó mi abuelito que cada miércoles él y sus vecinos de allá del Temo, camino a Puerto Domínguez –donde se encuentra el único lago salado de Sudamérica– acudían al pueblo de Carahue, que en mapudungún significa “lugar poblado”. Allí se realizaba una feria de animales. Era una actividad obligada para cada campesino, no solo de aquel lugar, sino de todos los alrededores del pueblo o de las colinas, como también se les llamaba.

La gente llevaba sus animales para venderlos en la feria del pueblo: bueyes, vacas y cerdos. Mi abuelito tenía varias razones para vender sus animales; por ejemplo, cuando los bueyes estaban demasiado mayores y había que cambiarlos por novillos, se levantaba muy temprano e iba a la feria. También por necesidad económica o para comprar abono para los sembrados y la producción en el campo. Por otro lado, también se pensaba en los víveres para llevar a casa, que estos no faltaran a la hora de satisfacer las necesidades de la familia. Mi abuelito recordaba cómo el martillero anunciaba el precio de cada animal que por allí pasaba, aunque muchas

veces el propietario no estaba de acuerdo con el precio que alcanzaba su animal. En ese caso prefería llevárselo y traerlo el siguiente miércoles, cuando el precio estuviera mejor. Muchas veces también había jinetes que vendían sus caballos ensillados y volvían a casa a pie.

Cuando terminaba la subasta, algunas personas volvían a sus casas llevando lo que necesitaban. Otros visitaban la Villa Estación, donde se vivía la vida del pueblo de Carahue, mejor dicho donde llegaba la gente del campo, de lugares como Colico, Trovolhue, Nehuentué, Puerto Domínguez y El Temo, lugar de donde venía mi abuelito. Muchas veces, o casi siempre, la gente volvía a su casa en condiciones no tan sobrias. Eso se debía a que gastaban parte o todo el dinero que habían ganado en la feria. Muchas personas hoy día recuerdan aquellos años en que corría el tren, cuando mucha gente viajaba en él, ya fuese para ir al hospital de Temuco, a estudiar o para ir a la capital por trabajo. Esto mismo ocurre por estos días, claro que ahora contamos con más medios para ir.

Se añoran aquellos años en que en Carahue se hacía una gran feria de animales. Mucha gente quiere que suceda, pues sería un beneficio para quienes trabajan en la compra y venta de animales y para

no incurrir en tantos gastos. Quizás también para recordar aquellos años que se quedaron en la retina de mucha gente y ahora recuerdan cuando la feria daba vida al pueblo de Carahue.



REGIÓN DE LOS RÍOS

TREMEBUNDA

Javiera Fernanda Mayor Salas (1° Medio)
 Instituto Inmaculada Concepción
 Valdivia
Segundo lugar regional

–Juan ¡Apúrate, que va a parir la cerda!

Todo comenzó aquella mañana, cuando los hombres se levantaron corriendo hacia el corral, dando grandes zancadas. Me dirigí con toda calma a ver qué pasaba, no sin antes dar un sorbo a mi leche y una lamida a mis patas.

–¡Pepa!

Rayos, me están llamando. Tendré que averiguar en la tarde con las ovejas lo que pasó.

–Ya es la cuarta parición de Tremebunda –exclamó el campesino– en la primavera la mandaremos al matadero.

–Pero la podemos vender en el mercado también –dijo Isabel.

–O comer cerdo asado en la cena de navidad –dijo Juan, con cara de regocijo.

Tremebunda era la cerda mayor en la granja de los Robinson. El lugar era grande y bien cuidado. A un lado había un bosque de eucaliptos y al otro, una quinta frutal. En los meses cálidos se podían ver los

aromas floreciendo y dándole color a esa casa de madera de un piso. Justo por ahí yo tenía una cómoda cama, desde donde podía ver el invernadero donde los humanos pasaban horas, y también el corral de los cerdos, al que no me gustaba mucho acercarme para no ensuciar mi lindo pelaje. Yo, por supuesto, era la consentida de la casa: me hacían cariño, comía cada dos horas y me permitían estar en cualquier parte. Pero todo había cambiado desde la llegada de Tremebunda. Ahora todo se abocaba a cuidar a ese cuero grasoso, que, según ellos, les reportaría grandes ganancias.

Todo fue cambiando a medida que nos acercábamos al invierno. Cada vez hacía más frío y yo me pasaba los días en la silla al lado de la estufa, escuchando a la mujer mencionar algo llamado “cazuela”.

–Mmmmm... debe ser parte de su ropa... sí, eso debe ser –pensaba yo.

Así pasaban los días y nos íbamos acercando a la primavera, aunque la temperatura aún era baja.

–En la mañana hacía tanto frío que se congeló la llama de la vela –dijo Juan, asombrado.

–Sí, sí. Incluso cuando fui al establo a ensillar la yegua, ¡se había muerto parada! ¡Me hizo lesa la muy ladina! –asintió Isabel.

Yo veía entrar y salir a muchos humanos hacia y desde el campo durante el día, pero rara vez en la noche. Un día, luego de haber estado llenando mi estómago, al llegar a casa me llamó la atención que la silenciosa oscuridad del campo se viera interrumpida por unos pasos lejanos chapoteando, como si intentaran vanamente ser discretos. De vez en cuando se oían unos susurros, pero eran apagados por el viento con su resonar en las hojas de los eucaliptos. Poco a poco las sombras desaparecieron tras unos tabloncitos cerca del corral. Ahí mis ojos ya no me acompañaron más; el sueño golpeaba fuertemente y de forma casi involuntaria puse una de mis patas sobre mi cabeza, me eché en mi cama y todo se nubló. En la mañana, cuando ya tenía suficiente viveza, pude darme cuenta que la puerta del corral había sido forzada y que el portón parecía haber recibido un golpe. Al cabo de unos minutos, vi personas ir y venir de un lado para otro. En esos momentos, claro está, los gritos no escaseaban.

–¡Carlos, Pedro, María! Vengan rápido –gritó Juan.

–Me llamo Isabel, huaso bruto –contestó Isabel.

–No te azarees mujer, que tenemos problemas más importantes –dijo Juan.

–¿Qué pasó, patrón? –preguntó Carlos.

–Tremebunda no está por ningún lado.

–Eso es terrible, ñor –comentó Pedro.

–Lo mejor será dividirnos para buscar en el campo y poder hallar a la chancha lo antes posible –dijo Juan, con tono decidido.

–Yo iré a revisar los alrededores de la casa por si hay alguna pista –agregó Isabel.

–Con Pedro buscaremos en el corral y en el bosquejo –dijo Carlos.

–Buscaré mi chaqueta e iré con los vecinos por si tienen alguna noticia –dijo Juan.

Luego de esa pequeña charla, cada uno partió con su tarea para encontrar al robusto animal. Pedro y Carlos, encargados de revisar el corral, acudieron sin demora al lugar.

Cuando estuvieron al frente del portón, solo uno de ellos se dio cuenta que había huellas de botas, las cuales, se veían bastante frescas. Pedro se agachó para ver hasta dónde llegaban las marcas y grande fue su sorpresa al ver que seguían hasta dentro del corral, justo hasta el comedero. Poco a poco, el rompecabezas iba tomando forma en su cabeza.

–Deberíamos informarle al patrón que alguien entró en la noche –dijo Pedro.

–Sí, tienes razón. Pero si nosotros encontramos a la cerda primero, podríamos vernos favorecidos ¿me entiendes?

–¿Qué estás insinuando, Carlos Sánchez?

–Lo que estás oyendo. Si “pillamos” a Tremebunda antes que ese viejo tacaño, podríamos hacer lo que queramos con ella.

–Por muchos años hemos trabajado juntos, pero no puedo ayudarte. Eso no va conmigo –dijo Pedro.

–Ahora te haces el santo ¿o me vas a decir que cuando nos daban dos litros de leche, tú no te llevabas el doble? ¿Incluso el triple?

Pedro guardó silencio.

–Está listo: tú tendrás cena de navidad y yo la chaqueta de cuero que tanto quiero.

–Mmmm, no es que te quiera ayudar, pero me siento incómodo con que la cerda siga perdida –dijo Pedro.

Luego de acuerdos y desacuerdos, la búsqueda siguió, aunque con un objetivo un tanto diferente.

–Oye, mira... el portón está forzado. Las bisagras están sueltas –dijo Carlos.

–Y hay una huella, como si hubiera sido golpeado –agregó Pedro.

–Está más que claro que esto fue obra de Jiménez. Solo él tiene botas marca “Fork” –dijo Carlos.

–Deberíamos hacerle una visita de cortesía, entonces –comentó Pedro.

Al otro lado del campo, Juan tocaba puerta tras puerta, buscando respuestas sobre el paradero de famoso animal, aunque sin conseguir buenos resultados. Ya perdiendo las esperanzas, tocó la última puerta, el lugar donde iba a conseguir sabrosas noticias. La señora Ana, vecina y amiga de varios años, le confesó que Jiménez estaba actuando algo raro desde hacía varios días y que la noche anterior lo había visto salir vestido de negro, a

eso de las 11:30. Al escuchar esto, Juan le agradeció y se marchó dando grandes zancadas.

Y mientras tanto, en casa:

“No sé por qué hacen tanto escándalo por esa chancha de corral que ni los pies se puede ver. Miao. Así es una boca menos que alimentar. Miao. Creo que es hora del almuerzo, voy a tomar mi leche”.

Claro está que los ánimos no eran los mejores. Todos iban y venían apurados, aunque ni ellos mismos sabían por qué.

–Amor, te preparé un plato de mayo para que te puedas relajar un poco –dijo Isabel.

–Gracias querida, pero no tengo hambre –fue la respuesta de Juan.

A los minutos de estar sentados en la mesa, Carlos y Pedro aparecieron por el umbral de la puerta.

– ¿Alguna noticia? –preguntó Juan.

–Ninguna patroncito. Este desgraciado la ha hecho muy bien –comentó Carlos.

–Aha... ¿y no tienen idea de quién es “este desgraciado”?

–Ni idea. Buscamos en todos lados, pero nada –dijo tristemente Pedro.

–Bueno, yo tengo algunos trámites que hacer, así que más tarde vuelo. Adiós querida, hasta luego *gancho* –dijo Juan.

–Ya que mi esposo no quiso comer, ¿ustedes gustan de probar un bocado?

–A una mujer no se le niega un plato de comida. Muchas gracias –dijo Carlos.

Mientras los honrados trabajadores almorzaban, Juan sacaba a flote sus dotes detectivescas y se dirigía a interrogar a Jiménez.

–¿Tienes alguna idea sobre el paradero de mi chancha? –preguntó Juan.

–¿Se robaron a Tremebunda? –preguntó Jiménez.

–Mmmm, sí... ¿y se puede saber cómo es que tú estás al tanto del robo?

–Es que en esa zona hay tantos bandidos sueltos que uno puede imaginarse de todo.

–Así veo. Y tú ¿desde cuándo tan afable con los animales?

–¿Por qué lo dices? –preguntó Jiménez.

–Porque estoy viendo unas huellas bastantes familiares para mí, unos metros más allá.

–Aaah... bueno, es que... te sorprendería saber que...

–¡Tú no eres capaz de mantener animales! A la semana vendiste a la bestia sudorosa que te dejó tu viejo padre.

–¿Qué me estás tratando de decir?

–No te hagas el tonto. Sé que en la noche diste un pequeño paseo. Quiero a mi cerda de vuelta *huasamaco* desgraciado.

–Pues acá no está.

–¿Será por eso que estoy viendo su comida?

–¡Fuera de acá! –gritó Jiménez.

–¡Me las vas a pagar!

–Pues eso ya lo veremos...

Luego de la discusión, Juan regresó a casa con una furia que le consumía las entrañas.

Yo nunca había visto al amo tan enojado, ni mi ración de leche me dio al llegar. Creo que tendré que ir a la bodega por un bocado.

–¿Qué puedo hacer? –se preguntaba una y otra vez Juan.

–Dile a “Chala Loca” que te lleve al pueblo para reportar el robo –dijo Isabel.

–Tienes razón, querida; en un santiamén estaré con él allá.

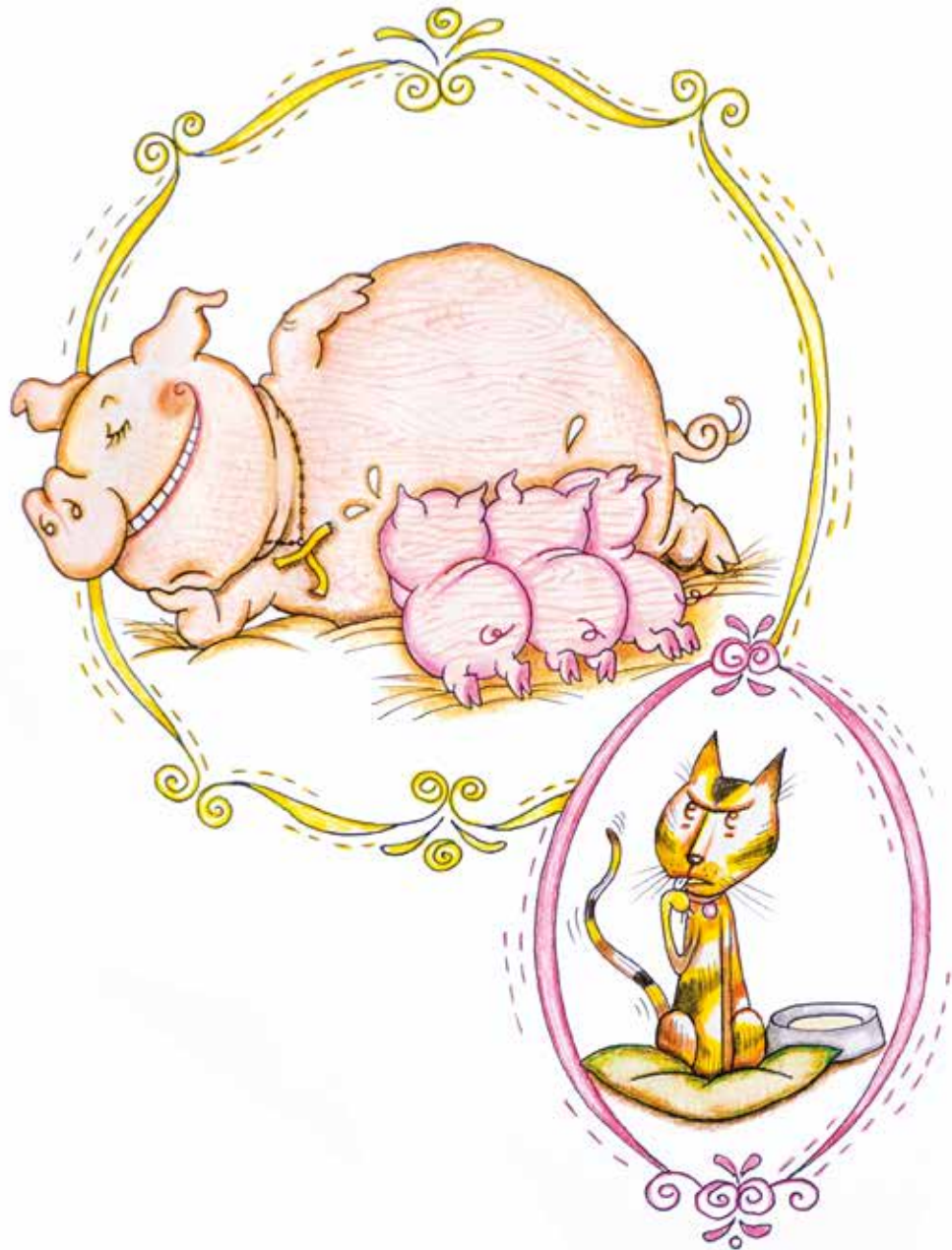
–Si los muchachos preguntan por mí, diles que fui a comprar semillas simplemente.

–Está bien, mucha suerte, amor.

Luego de un corto viaje, Juan y su compadre estaban en el retén de carabineros, con una idea *entre ceja y ceja*.

–¿Con quién tenemos que hablar? –preguntó “Chala Loca”.

–Con el sargento Antillao –les respondieron.



–¿Es el que está por allá? ¿Ese que parece medio “regalón del rancho”?

–Jajaja sí, ese mismito.

Tras haberle explicado lo sucedido al sargento, los tres se dirigieron a inspeccionar el campo del sospechoso vecino. Estando allí, revisaron el alimento y las huellas que había en el suelo.

–Yo creo que deberíamos echar un visto “por si las moscas” –dijo “Chala Loca”.

Luego de unos minutos de búsqueda y en un pequeño corral detrás de la casa, vieron al vecino junto al robusto animal.

–Acá te quería encontrar y con el descaro de estar dándole de comer a mi cerda –dijo Juan, furioso.

–No es lo que tú crees...

–¡Lo que yo creo es que ya es hora de que *pares los chuteadores* desgraciado! –gritó Juan abalanzándose sobre el hombre y dándole un golpe en la cara.

En ese instante, el sargento intervino para evitar que se armara una trifulca.

–Chala, saca a Tremebunda, me la llevo ahora mismo –dijo Juan.

–Me alegro haberlos ayudado, ahora tengo que irme... pero... el caballero me acompañará a la comisaría –dijo el sargento.

El sargento Antillao, con su nuevo amigo, se fueron en patrulla al pueblo, mientras que Juan con su compadre regresaron con la cerda a pie hasta la casa.

–Mira, mira, ahí viene el viejo con la cerda –dijo Carlos.

–¡Rayos! Será mejor que nosotros nos hagamos polvo antes de que sospeche que sabíamos lo del portón –agregó Pedro.

–Sí, sí, eso es lo mejor.

Los dos compadres tomaron rápidamente sus chaquetas y se despidieron a los lejos de Isabel, mandando un grito. Para no ser vistos, tomaron el camino que había cerca del estero y no se supo más de ellos por un par de semanas.

Ya estando a unos cuantos metros de la casa, Isabel vio a Juan y a su compadre, y se dirigió al patio, saltando de alegría al verlos llegar con su cerda consentida.

–¡Oh! Qué milagro que haya aparecido. Esto merece un almuerzo especial con tu comida favorita querido mío: changles asados. También estás invitado “Chala Loca”. Y para ti igual habrá algo especial, Pepa.

–Muchas gracias doña Isabel.

–Oye mujer, ¿qué pasó con los muchachos? Creí que estarían por estos lados –preguntó extrañado Juan.

–Poco antes de que llegaras, dijeron que tenían una emergencia y salieron muy rápido.

–Bueno, *de mala vid, mal sarmiento*.

–Ya, ya, mucha conversa y poco avance, todos a sentarse. Acá está tu platito pequeña.

¡Por fin se volvió a acordar de mí! Ya veía que tendría que levantarme de mi cómoda camita. Si ves a alguien descansando... ayúdalo.

REGIÓN DE LOS RÍOS

LA MEJOR HISTORIA DE MI ABUELO

Joaquín Alonso Quezada Ríos (2° Medio)

Liceo Alberto Blest Gana

Los Lagos

Tercer lugar regional

Ayer me tocó salir a recoger un poco de leña. El día estaba bastante nublado, así que mi mamá se apuró en mandarme. Como soy el mayor, ahora que mis hermanos se fueron a Valdivia a estudiar, no me queda de otra que salir solo.

Estaba en eso cuando sentí un ruido que me puso un poco nervioso, pero igual completé mi carga y me encaminé para la casa. Fue ahí cuando me vino a la memoria la figura del abuelo Julio, que solía entretenernos con sus historias en aquellas largas tardes de invierno. Creo que esa fue una de las mejores cosas de haber vivido con él, en esa antigua casa de campo frente a Purey.

El abuelo nos contó que, cuando era pequeño, salió junto a su madre a recoger digüenes de los grandes hualles que crecían en el cerro. Estando los dos muy afanados en su labor, comenzaron a sentir unos gemidos ocultos entre los matorrales. Al acercarse, descubrieron un pequeño cachorro de puma, al cual su madre arropó con su delantal, acomodándolo dentro de uno de los canastos. Entonces emprendieron el regreso.

Según mi abuelo, él iba muy emocionado con aquel tremendo hallazgo. En cuanto al cachorro, estaba muy asustado y hambriento así que su madre le dio leche de vaca ordeñada en la mañana. El pequeño tomó tanta que luego se durmió debajo de la vieja cocina a leña. Recuerdo que el abuelo estaba tan emocionado con su relato que me hizo sentir un poco de pena por él, viéndolo ya tan viejito y solo. Digo solo porque así había vivido todo ese tiempo. Nosotros habíamos llegado a vivir con él mientras mi papá terminaba de hacer nuestra casa, a pocos metros de la suya.

Volviendo al relato, el abuelo nos contó que esa noche fue para no olvidarla, pues resulta que cuando todos ya estaban acostados, comenzaron a sentirse ladridos de perros y cacareos de gallinas; hasta el gallo cantó. El abuelo, al sentir que su mamá andaba trajinando de un lado para otro, se levantó a ver qué pasaba y ahí se dieron cuenta que un gran animal se paseaba por fuera de la casa. La abuela Inés, que era una mujer muy sabia, dijo que era la madre del cachorro que había llegado hasta allí siguiendo el olor de su bebé. Según mi abuelo, dentro de la

casa todos estaban asustados, sobre todo cuando el cachorro comenzó a gemir y la leona comenzó a rasguñar la puerta de entrada de la cocina. Daba la sensación de que la puerta pronto se vendría abajo. Fue ahí cuando la abuela, tratando de espantarla, dio un fuerte golpe en la pared. Esto fue peor, porque la leona comenzó a gruñir y a dar vueltas frente a la puerta. Según el abuelo, ya estaba comenzando a aclarar y la madre del pumita seguía al acecho.

El abuelo Julio, aunque no nos quiso confesar todo, dijo que sus hermanos estaban muy asustados, ya que el perro de la casa no paraba de ladrar y todos pensaban que pronto habría una tremenda pelea... lo peor era que ese perro estaba bastante viejo y no podría contra esa madre que estaba dispuesta a todo con tal de recuperar a su cachorro. La abuela, viendo que todo ese caos se había formado por

haber alejado al cachorro de su madre y tal vez sintiendo algo de culpa, tomó al pequeño, se acercó a la ventana de la cocina, la abrió lentamente y se inclinó con el pequeño entre sus brazos, depositándolo frente a la leona. Al verla, la fiera le lanzó un fuerte rugido y agarró a su cachorro igual como una gata que esconde a sus crías y se perdió entre las grandes nalcas que crecían cerca de la casa. Según mi abuelo por mucho tiempo él y sus hermanos tuvieron miedo de alejarse demasiado de la casa. Además, la puerta de la cocina conservó por muchos años el recuerdo dejado por aquella madre desesperada. Hoy en día esta historia que nos contó el abuelo Julio es toda una leyenda entre nosotros y la seguiremos contando en su memoria.





REGIÓN DE LOS LAGOS

LA NOVIA DE MI ABUELO

Iberia Bernardita Galindo Gallardo (1° Medio)
 Liceo Francisco Coloane
 Castro
Primer lugar regional

Hace varios años, una noche, cuando yo estaba de visita en su casa, mi abuelita Juana Rosa me contó que mi abuelo Celedonio, cuando era joven, estuvo de novio con una joven muy hermosa llamada Cremilda. Esta jovencita nunca se miraba al espejo, tenía el cabello largo y bello y siempre iba muy bien vestida. Sus padres tenían mucho campo y hartos animales. En fin, gente de mucho dinero en los bolsillos.

Llevaban de novios un año más o menos, cuando los padres de Cremilda lo invitaron a cenar, pero cuando llegó, su novia no estaba ahí. Él preguntó por ella y su papá le dijo que andaba en una reunión muy importante. Celedonio quedó bastante sorprendido, ya que ella no le había comentado nada. La esperaron un buen rato, pero Cremilda no llegó. Entonces se sentaron a la mesa y comieron. Eran pasadas las once de la noche cuando llegó un pájaro negro a aletear en la ventana. No más de cinco minutos después, golpearon la puerta despacito... ¡Uf! Por fin, era su novia Cremilda, que saludó a sus padres y enseguida a su novio. Comentó que le había ido muy bien en la reunión y que todo era muy positivo. Luego le dijo a Celedonio:

—¡Discúlpame, pero tengo que salir de nuevo, justo a las doce de la noche, por motivo de mis estudios!

Se despidió con un beso y se retiró a su habitación. Entonces mi abuelo, un poco molesto, regresó a su casa y al pasar por un callejón oscuro del pueblo, un bulto negro se le cruzó por delante, sin dejarlo caminar. Celedonio alumbró con una pequeña linterna y vio que era una enorme chancha negra que tenía tres patas y un solo ojo; se cruzaba de un lado a otro en su camino. Según mi abuelita, Celedonio estuvo sin poder avanzar hasta el amanecer. Cuando alumbraron los primeros rayos del alba la chancha desapareció como por arte de magia. Celedonio no pudo entender lo que le había pasado y, cansado, se fue a su casa. Dos días después, le contó a Cremilda lo que le había sucedido. Ella, sin darle importancia, le dijo:

—¡Ah, era un brujo!

Y así fue pasando el tiempo. Él le contó a sus padres lo acontecido y estos le dijeron que tuviera cuidado con su novia, ya que ella no había querido decirle a qué reuniones asistía en la noche, ni qué era lo que estudiaba. Celedonio, preocupado por las reuniones



nocturnas de su novia, le comentó lo sucedido a un amigo y este le respondió lo mismo que sus padres:

–¡Ten cuidado, porque se ve que la Cremilda no confía en ti, averigua bien antes de casarte!

Como mi abuelo estaba muy enamorado, pidió en matrimonio a Cremilda a sus futuros suegros, los que aceptaron. El matrimonio se realizaría en tres meses más, pero ella debía decirle antes en qué consistían sus reuniones y qué era lo que estaba estudiando. La novia se veía muy feliz por la petición de matrimonio, pero a la vez muy entristecida por la condición impuesta. Cierta tarde le dijo que había hecho un juramento de no revelar su secreto a nadie, ni siquiera a él.

Aunque lo amaba profundamente, solo podía revelárselo hasta después de su matrimonio y le dijo además que sus padres eran los únicos que sabían, pero que tampoco podían decir nada. Él se quedó callado, no dijo nada y así pasaron los tres meses, durante los cuales, todas las tardes Cremilda lo invitaba a su casa y mi abuelito, aunque no decía nada, estaba muy ansioso por saber qué hacía su novia cada noche o por lo menos, saber qué estudiaba. Una tarde, fingió irse a su casa, pero regresó cuando ya estaba de noche y se ocultó detrás de la casa, desde donde podía ver lo que sucedía en la habitación de su novia.

Mi abuelita me contó que poquito antes de la medianoche, la mamá de Cremilda entró a la habitación llevando un lavatorio de color negro y un paño del mismo color. El papá iba detrás con Cremilda del brazo, los tres con vestiduras negras y capuchas; luego dijeron algo en voz muy baja, por lo que mi abuelo no entendió nada. Al rato, los padres salieron de ahí y Cremilda quedó sola. Esta se recostó sobre su cama, boca abajo, colocó el lavatorio bajo su cara y comenzó a vomitar sus intestinos. Cuando hubo terminado, tapó el lavatorio con el paño negro y lo guardó bajo su cama. Peinó su largo y hermoso cabello y se acostó entre las sábanas. Justo a las doce de la noche, su cabeza se desprendió de su cuerpo y voló hasta la ventana transformándose en una *bauda*¹. Comenzó a emitir unas frases contra Dios y contra la Virgen, desapareciendo en la oscuridad. Entonces Celedonio, que no podía creer lo que había visto, asustado y con mucha rabia, entró a la habitación y tras observar por un instante el cuerpo de su amada que yacía sin cabeza, lo dio vuelta, dejándolo “boca abajo”, bien tapado. Se escondió nuevamente, detrás de un mueble, en la habitación.

Antes del amanecer llegó la bauta, entró por la ventana y volvió a transformarse en la cabeza que trataba de pegarse a su cuerpo, pero eso le era imposible, porque no estaba en la posición adecuada. La cabeza volaba hacia el cielo raso una y otra vez, golpeándose fuertemente hasta que cayó desvanecida y desangrada al suelo.

1. Pájaro negro de mal agüero que habita los campos de Chiloé. Se dice que las brujas voladoras se transforman en este pájaro.

Celedonio salió de aquella casa despavorido. No podía creer lo que había sucedido. Dos días después los padres de Cremilda dijeron que ella había amanecido muerta, sellaron el ataúd y nadie pudo ver el cuerpo.

Pasado el tiempo, mi abuelo Celedonio conoció a mi abuelita Juana Rosa y se casaron como Dios manda. En un momento de sincera conversación, él le contó la historia de su primer amor.

Mi abuelita me dijo que ese día Celedonio había comprendido que su novia estudiaba brujería y magia negra. Nunca comentó lo que vio aquella noche a ninguna otra persona. Mi abuelita me contó esta historia unos días antes de morir. Me dijo además que había acontecido en el campo, en un pequeño caserío, muy lejos de la ciudad, en la isla de Chiloé, específicamente en un lugar llamado Quicaví.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL LAMENTO DE UNA DIFUNTA

Maximiliano Ignacio Toledo Andrade (4° Básico)

Escuela Rural Astilleros

Maullín

Segundo lugar regional

Hace más de un año falleció mi abuelito, al que yo quería mucho. Entre de las hermosas historias que siempre le contaba a mi papá y a todos nosotros, había una sobre el terremoto y maremoto de 1960. Él era soltero y vivía con sus padres en Quenuir, una pequeña caleta pesquera ubicada al oeste de Maullín, junto a la desembocadura del río del mismo nombre, en la Región de Los Lagos. Era asistente de buzo y junto a dos hermanos y otra persona, trabajaban en la extracción de mariscos usando una lancha, propiedad de su hermano mayor.

Aquel 22 de mayo de 1960, alrededor de las tres de la tarde, los sorprendió este terrible terremoto y maremoto navegando hacia Quenuir. Como las olas eran muy grandes, no alcanzaron a llegar y debieron enfilarse rumbo a Isla Amortajado, ubicada al sur de Quenuir.

Mi abuelito nos contó que se cayó al agua con tanto movimiento. No sabía nadar y de milagro se salvó, agarrándose con desesperación a un remo que le acercaron sus acompañantes.

Cuando llegaron a Isla Amortajado, el mar se recogió y apenas tuvieron tiempo de correr hacia las alturas, porque una gran ola amenazaba con alcanzarlos. En la Isla Amortajado permanecieron todo ese día, observando aterrados la salida de mar y los constantes movimientos de la tierra, la que se agrietaba a cada momento. Sin saber nada de sus familiares, veían pasar flotando río adentro muchas casas, embarcaciones y personas, debido a que Quenuir estaba ubicado casi a nivel del mar.

Al día siguiente, apenas amaneció y viendo que el mar estaba más tranquilo, decidieron remar hacia Quenuir para conocer el destino de sus familiares. Cuando llegaron al pueblo, la destrucción era total: todas las casas habían desaparecido, también la escuela y la iglesia, las que habían sido arrancadas por la fuerza del mar. El agua había inundado las calles. Ni el cementerio ni los muertos se habían salvado, pues los cadáveres y ataúdes estaban esparcidos por muchos lugares, siendo desenterrados sin compasión alguna. Alrededor de cien personas desaparecieron. Sólo las que lograron llegar a las



partes altas, pudieron salvarse. Felizmente, supo que sus padres, su cuñada y sus tres hijas habían sobrevivido y estaban albergados en casas de vecinos.

Mi abuelito nos contaba que, junto a varios vecinos, se dedicaron con sus botes a buscar cadáveres para volver a sepultarlos. Decía que había perdido la cuenta de cuántos muertos encontró y llevó al cementerio. Era un trabajo muy agotador, que duraba hasta el atardecer.

Cuando se disponía a terminar la faena, totalmente agotado, distinguió un bulto que estaba posado entre un cerco y unos matorrales. Se acercó, algo temeroso, alumbró con su linterna y... ¡sorpresa! se trataba del cadáver de una vecina fallecida el año anterior y que el mar había sacado del cementerio. Como estaba tan cansado, decidió dejarla allí, prometiendo volver a la mañana siguiente para sepultarla.

Después de cenar junto a familiares y vecinos del albergue, alrededor de la medianoche, se fue a

dormir para recuperar sus energías. Pero solo pudo dormir unos instantes, pues se despertó sudoroso, preso de una enorme pesadilla, escuchando el lamento de la difunta que le rogaba a gritos que la llevara a su morada desde donde el mar la había sacado tan violentamente.

Mi abuelito contaba que lo vivido aquella noche fue algo muy real ya que, aunque tapaba su cabeza con las frazadas, escuchaba claramente el llamado de la difunta, sin lograr volver a dormir. Fue así como después de algunas horas despierto, ya entrada la madrugada, se levantó de su cama en silencio para que los demás no se despertaran. Tomó un par de remos y en su bote se dirigió al lugar indicado. Allí vio que lo esperaba la difunta. Armándose de un valor increíble, la cogió, la ubicó al interior de su bote y enfiló rumbo al cementerio, remando rápidamente. Con una vieja pala cavó una fosa donde depositó el cadáver, que reclamaba por su descanso eterno.

La difunta volvió a descansar en paz y mi abuelito por fin pudo dormir sin sobresaltos el resto de la noche.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL NAUFRAGIO DE LA MARGARITA

Luis Enrique Oyarzo Argel (7° Básico)
 Escuela Rural Queullín
 Calbuco
Tercer lugar regional

A principio de los años 80, en el mes de junio, la lancha Margarita zarpó desde Llaguepe, Estuario Reloncaví, a Puerto Montt. De regreso a Llaguepe iba con dos tripulantes a bordo; sus nombres eran Lucio Uribe, de Puerto Montt, y Abelardo Calderón, que vivía en Llaguepe.

Al zarpar de Puerto Montt, fueron sorprendidos por una tempestad de cien kilómetros por hora aproximadamente, de viento norte. La lancha velera navegó más o menos una hora. Las gigantes olas y el viento que a cada rato soplaba más y más fuerte hicieron que la lancha no resistiera; se le quebró el mástil, dándose una vuelta de campana y quedando entre dos aguas, flotando a la deriva. Cuando la embarcación se dio vuelta, los tripulantes nadaron hasta subirse nuevamente. Se amarraron y allí se mantuvieron a salvo, parte del día y toda la noche de invierno, soportando las olas, el viento y las bajas temperaturas.

Al amanecer del día siguiente, el viento ya había amainado. La embarcación fue divisada alrededor de las ocho de la mañana, a una media milla de la Isla Queullín, por el poblador Reinaldo Oyarzo, quien pidió ayuda a un vecino llamado Segundo Gabino, quien tenía un bote a remo de cuatro metros. Ambos se subieron al bote y fueron al rescate de las personas. Al llegar a la embarcación, se percataron que los tripulantes estaban vivos y amarrados a la nave. Don Reinaldo y don Segundo cortaron los cabos y los subieron a su pequeña embarcación. Estaban con un 70% de hipotermia y con heridas en brazos y piernas, a causa de las amarras con cabos que ellos habían hecho y por la fuerza de las olas.

Una vez rescatados, fueron acogidos en las casas de los rescatistas. Don Abelardo fue acogido en la casa de Reinaldo Oyarzo y don Lucio Uribe quedó en casa de Gabino Oyarzo, donde le prestaron primeros auxilios y alimentación.

Entretanto, la embarcación –por condiciones de viento y marea– encalló en las altas mareas del sector de Chaihuahue, en la Isla Queullín. Una vez que la embarcación fue dejada por la marea, procedieron a revisar el casco, que tenía muchos daños provocados por el naufragio. La carga que transportaban era alimentos no perecibles para un negocio; todo estaba en mal estado, por lo cual los tripulantes de la lancha Margarita se mantuvieron durante 15 días en Isla Queullín. Estaban incomunicados, porque en la isla no había ningún medio de comunicación. Los familiares, muy preocupados, acudieron a la Radio Reloncaví, para dar aviso de que sus parientes estaban desaparecidos desde que zarparon de Puerto Montt, y que no tenían noticias de ellos.

Los que estaban siendo buscados, sabían que sus familiares agotaban todos los medios para saber de su paradero.

Cuando mejoraron las condiciones climáticas, los tripulantes acudieron a sus hogares, sanos y salvos. Al llegar a sus casas, sus familiares se sorprendieron, porque jamás pensaron que se encontrarían con vida, por el tiempo transcurrido.

Fue tanto el agradecimiento de los náufragos a estas personas que los rescataron y en general a todos los habitantes de la Isla Queullín, que ellos y sus familiares, hasta el día de hoy, siguen visitando la isla...



REGIÓN DE LOS LAGOS

LA ABUELITA GUILLE Y LOS PARTOS

Pía Valentina Villanueva Mansilla (4° Básico)
Escuela Rural Queullín
Calbuco
Mención honrosa

Antiguamente, las mujeres embarazadas daban a luz en sus propias casas. No había doctores ni mucho menos matronas, solo parteras. Ellas eran mujeres que aprendían el oficio de sus mamás o de otra partera antigua.

Las parteras recorrían toda la Isla Queullín a cualquier hora, ya fuese de día o de noche, con viento y lluvia hasta llegar a la casa de la mujer que iba a dar a luz. Lo más bonito de todo esto es que no cobraban *ni un peso* por el trabajo, aunque les daban cosas de comer.

Antes de comenzar con el trabajo de parto, a la mujer le daban de tomar una taza de agua tibia con aceite de cocinar, para que la guagua saliera más rápido.

Contaba mi abuelita que en las vigas de una cocina de fogón, tenían preparadas dos cuerdas en las que la mujer que iba a dar a luz tenía que sostenerse. Con una cuerda en cada mano, debía ponerse en cuclillas y por debajo de ella colocaban un brasero con brasas y humo. La mujer tenía que resistir todo eso hasta dar a luz.

Después, la partera cortaba la tripa de la guagua, con diferentes medidas para los hombres y para las mujeres. Ella nos decía que había parteras que usaban una planta que se llamaba *huella* y que era muy buena para los partos difíciles y también la *pedra de Ara*. Mi abuelita Guille también aprendió a ser partera y atendió muchos partos en la Isla Queullín. Entre las mujeres que atendió estaban sus comadres y ahijadas.

Pensándolo bien, a mí me hubiese gustado mucho haber sido recibida en los brazos de mi abuelita Guille, de la cual no tengo recuerdos porque falleció cuando yo tenía un año de vida, pero a quien amo con todo mi corazón.





REGIÓN DE AYSÉN

MIS SÚPER VACACIONES DE INVIERNO

Franco Alberto Díaz Orellana (1° Medio)
Liceo Agrícola de la Patagonia
Coyhaique

Primer lugar regional

En mis vacaciones de invierno conocí tantas partes que había soñado conocer y lo pasé tan bien con mi familia, que nunca las voy a olvidar. Anduve recorriendo casi toda la Argentina y conocí muchas estancias, en las cuales me gustaría trabajar cuando sea grande.

El día que teníamos que volver a Chile nadie quería venirse, pero como yo tenía que entrar a clases tuvimos que volver no más. Fueron muchas horas de viaje y veníamos muy cansados, sobre todo mi papá, porque manejó demasiado. Sin embargo, cada vez nos acercábamos más y más a nuestra casa.

Durante el viaje, recordaba lo que había hecho en mis vacaciones. Hicimos muchas cosas con mis hermanos: salimos a pescar con arpón y sacamos unos peces muy bonitos para los arrebozados y para el sartén. Cuando vimos que estaba bien con lo que habíamos sacado, volvimos a la casa a dormir.

También salimos de caza en busca de zorros, porque se estaban comiendo los corderitos; así que tuvimos que hacerle la *campana* a los zorritos, en la cual nos fue bien porque nos agarramos unos cuantos dañinos que se andaban *haciendo los simpáticos* con los pobres corderos.

El viaje seguía. Teníamos que volver a casa, mi hermano mayor se tenía que ir a la universidad y yo a clases. Nos estaban esperando con un rico asado mis abuelos, tíos y tías. Pasaban y pasaban las horas y cada vez quedaba menos, hasta que llegamos a la frontera que divide Chile con Argentina. Por fin estábamos cerquita de nuestro rancho, ya se había acabado el viaje y las vacaciones.





REGIÓN DE AYSÉN

LA YUNTA

Andy Fabián Martínez Yáñez (1° Medio)
 Liceo Agrícola de la Patagonia
 Coyhaique
Segundo lugar regional

En una fría tarde del mes de julio, en la que el hielo calaba los huesos, el enorme y calmado buey se encontraba triste y cabizbajo, pensando en la gran cantidad de vacas que ya no estaban en la tropa que año a año viajaba junto a la *veranada*.

Su yunta o compañero, rumiaba con entusiasmo la alfalfa que había comido muy temprano en el forrajeo. Mientras masticaba, pensaba que ese animal medio raro, en el que hace dos días había llegado montado el amo, de grandes patas negras giratorias y que bramaba muy ronco, les estaba haciendo la *pega*.

Como el tractor le había facilitado las faenas al buen hombre, ambos bueyes temían que su destino fuese el mismo que el de la vaca Mansita, que por una mastitis perdió parte de su ubre y fue vendida en la Feria Regional de Coyhaique. O del toro Pampa, que tras una pelea con el reproductor del campo vecino se golpeó tan fuerte que ya no podía hacer su trabajo.

Terrible y Mariposa eran los nombres de esta yunta de bueyes que había trabajado durante varios años

para el campesino. Hacía un mes habían escuchado a su dueño pensando en voz alta, mientras descargaba el silo de la carreta:

–Estas enormes bestias comen demasiado, pero cuando llegue mi tractor y si el precio está mejor, los venderé a los dos.

El campesino se llamaba Eleuterio. Tello, le decían cariñosamente sus vecinos y su familia. Él se había visto algo afligido de plata, ya que su hijo había entrado a la enseñanza media. Claro, don Tello estaba feliz porque a futuro le podría echar una mano en el campo, porque había quedado en la Escuela Agrícola de la Patagonia, donde le enseñarían a trabajar con ganado y hortalizas, para que le ayudase a su madre, la Maruja. Incluso podría manejar el tractor que habían comprado al vecino Pacheco.

–Hay que darles estudio a los cabros –decía– aunque quede seco como *lengua de loro*, es lo único seguro que podemos dejar a nuestros hijos.

Los bueyes estaban acomplejados porque los habían remplazado por esa máquina llamada tractor, para las comodidades del campesino.



Aún estaba oscuro en la madrugada cuando, tranqueando bajo la nieve copiosa de la Patagonia, y luego de haber tomado unos buenos mates, don Tello se preparaba para comenzar a forrajear con su nuevo tractor. Buscó las llaves y lo echó a andar. El primer piño de vacas que debía forrajear quedaba como a media hora de la casa, allá pasando la quebrada.

Lo que nadie se imaginaba era que ese día don Eleuterio y la Maruja aprenderían a valorar el trabajo del Terrible y el Mariposa, la más noble yunta de bueyes.

Un aluvión de barro y piedras se vino cerro abajo muy lentamente. Al darse cuenta la Maruja, por el ruido espantoso que este producía, corrió al galpón, buscó las coyundas y el yugo y –como si adivinaran sus pensamientos– los bueyes se acercaron para que la Maruja los enyugara. Rápidamente con cadenas y *diablo* (herramienta), fueron poniendo rocas y palos

para proteger la casa. El barro se encontró con una muralla en frente que lo hizo desviar su camino hacia los lados.

Cuando don Tello apareció, no podía creer lo que veía: su esposa aguerrida estaba cubierta de sudor, sus mansos bueyes se encontraban embarrados hasta el lomo y su casa, como en una isla, rodeada de un triste escenario. Las lágrimas afloraron en sus ojos y, abrazando a su Maruja, prometió no vender jamás su yunta.

–Que se mueran de viejos –dijo– porque si bien las máquinas nos facilitan las labores de campo, son los animales la esencia de nuestras tradicionales faenas.

Y aunque ahora su hijo, ya egresado, opera el tractor, don Tello sigue enyugando sus bueyes, ensillando sus caballos y manteniendo el respeto por los que han ayudado y seguirán ayudando al hombre en el campo.

REGIÓN DE AYSÉN

EL PACTO

Aelyn Michel Ruiz Muñoz (5° Básico)

Colegio Kalem

Aysén

Tercer lugar regional

Un día, junto a un mate, mi abuela nos reunió a todos los nietos para contarnos una historia. En un lugar de Aysén donde se pastoreaba, se encontraba un grupo de campesinos cortando el pasto y guardándolo para el consumo de animales en invierno. Mientras los campesinos realizaban su labor, había alguien que los observaba desde muy cerca: un ave recolectora de gusanos e insectos, la llamada *avutarda*, de color blanco y con un pico grande en forma de gancho. Pasaron varios días y los campesinos notaron que día a día eran espiados por la misma ave. Hasta que un día la avutarda se acercó a los campesinos y les dijo:

–Desde el cielo se ve que les faltan muchos días de trabajo. Si continúan así, pronto caerá la escarcha, dejando inservible el pasto.

Los campesinos se miraron y dijeron:

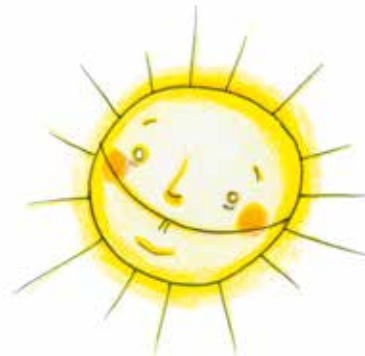
–Y tú ¿Por qué dices eso?

La avutarda los miró y les propuso lo siguiente:

–Yo recolectaré el pasto con mis amigos si ustedes, a cambio, nos dejan andar por el campo recolectando nuestro alimento sin que sus perros nos ataquen y sin disparos.

Los campesinos aceptaron y así se hizo. Al día siguiente, las aves estuvieron todo el día trabajando, y al caer la tarde ya habían terminado. Los campesinos cumplieron con el trato, amarraron a los perros e impidieron que se les disparase a las aves.

Desde aquel momento, este pacto se realiza cada año en la misma fecha y en los mismos términos en el predio aysenino llamado Las Avutardas, donde mi abuelita creció.



REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

LA CASONA MISTERIOSA

Coni Aracelli Oyarzún Márquez (7° Básico)
 Escuela Diego Portales
 Laguna Blanca
Primer lugar regional

Esta historia me la contó mi abuelito. Es tan misteriosa que yo creo que la conocían solo dos personas; uno de ellos, mi querido abuelo Santiago.

Hay un misterioso lugar que lleva muchos años de existencia y por el cual han pasado muchas personas, quienes cuentan y comentan sus vivencias. Estas son muy extrañas y a la vez terroríficas. Una de las que más me gusta escuchar, es la que me cuenta siempre mi abuelito y que compartiré a continuación con ustedes. Lean con mucha atención lo que sigue:

Hace algún tiempo, una pequeña familia se fue a vivir a un *puesto*, cerca de una gran estancia de la Patagonia. Esta familia estaba compuesta por la madre, el padre y una pequeña bebé de tan solo cinco meses. El hombre era muy joven, solo tenía veintiún años y buscaba un trabajo para poder darle lo necesario a su pequeña hija y a su amada esposa. Un amigo le había pasado el dato de un trabajo en un puesto, como ayudante en labores de campo y arreo de ovejas.

Cuando recién llegaron fueron a hablar con el encargado para que les mostrara el lugar donde viviría la familia. El hombre los llevó hasta una vieja casona que era enorme y que, aunque tenía varios

años de antigüedad, estaba muy bien conservada. Estremecía eso sí su gran tamaño y el silencio sepulcral que se notaba cuando se abrían las puertas de las habitaciones.

Una tarde, el joven puestero salió a recorrer el campo y su esposa quedó sola en la casa junto a su hija. Ella sintió un ruido extraño que provenía de una de las habitaciones de la casona. Con mucho miedo, abrió la puerta de la habitación y entró. Allí se escuchaba una música que provenía de una radio vieja, muy sucia y empolvada. La mujer, con su hija en brazos, caminó hasta la vieja radio con un nudo en la garganta y la apagó. Se quedó un momento allí para ver si ocurría algo, pero no pasaba nada. Aunque tenía mucho miedo, fue nuevamente muy despacio hasta la puerta y miró desde allí hacia los otros lugares de la casa. No había nadie, así que se fue al comedor, donde se quedó a esperar a su marido. Estaba impaciente y trataba de explicarse cómo esa radio, tan antigua, podía funcionar.

Cuando su esposo llegó, le contó lo sucedido, pero él no le creyó. Sin embargo, le quedó dando vueltas lo escuchado, ya que conocía a su mujer y sabía que no era una persona mentirosa o exagerada.

La noche transcurría tranquila. De pronto el joven sintió un golpe proveniente de la cocina; se levantó sigilosamente para ver qué ocurría. Llegó al lugar y encendió la luz. Inmediatamente la puerta se cerró de forma violenta y las luces se apagaron. Intentó abrir la puerta, pero no pudo. En ese momento vio algo que lo dejó estupefacto: una figura espectral, transparente, sin forma, se cruzó por delante de él y atravesó la puerta. Luego de esto se encendieron las luces y lo único que recordaba era cuando había abierto la puerta y sólo se veía oscuridad.

Al otro día despertó muy tranquilo en su cama junto a su señora. Repentinamente recordó lo sucedido en la noche y a aquella figura tan extraña. Era tan irreal que pensó que había sido un sueño. La joven señora volvió a quedar sola durante la tarde cuidando a su pequeña. Estaba muy alerta por lo sucedido la tarde anterior. Por un momento dejó sola a la pequeña, pues iba a preparar la leche. Cuando volvió a la habitación, donde la había dejado, su hija no estaba. La mujer se desesperó, no sabía qué hacer. Quedó inmóvil, pero al escuchar los llantos desesperados de la niña, que venían desde alguna parte de la casa, reaccionó y comenzó a buscarla por toda la vieja casona, hasta llegar a una habitación que ella no había visto antes.

La mujer no podía abrir la puerta, pero la desesperación le dio fuerzas. Estaba a punto de

entrar, cuando la puerta se abrió lentamente y pudo apreciar que en el cuarto solamente había una cama. Allí se encontraba la bebé, llorando. Muy emocionada, avanzó para tomar en brazos a la pequeña. Cuando entró, la puerta se cerró de golpe, toda la habitación se oscureció y apareció una figura fantasmagórica que parecía ser una mujer muy joven. La madre se quedó casi sin respiración. Después de unos minutos, el fantasma de la mujer desapareció. Entonces se escuchó el ruido de una puerta abriéndose. Era el esposo que justo en esos instantes regresaba. La mujer corrió hasta él y entre lágrimas le contó lo sucedido. Los dos, aterrados, decidieron irse lo antes posible de la casa. Fueron a hablar con el patrón, le contaron lo sucedido y también su decisión de irse. El hombre respetó la decisión de la pareja. Además, él ya sabía que en esa casona ocurrían hechos extraños.

La familia se fue sin saber por qué aquel fantasma habitaba allí. La única persona que conocía la historia que explicaba la razón por la cual aquel espectro aparecía en ese lugar era el patrón, pero jamás divulgó el secreto.

Cuando terminé de escribir esta historia, por primera vez escrita, se apagó el generador de luz de mi pueblo. ¿Raro, no?



REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

TERREMOTO BLANCO

Gabriel Ignacio Miranda Zúñiga (4° Básico)

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

Segundo lugar regional

Mi abuelita Elena trabajó muchos años en la posta de Villa Tehuelches. Ella me contó que en el mes de agosto de 1995, se produjo una de las emergencias más críticas de la comuna, el llamado terremoto blanco. Ella me lo contó así:

«Un día del mes de agosto salí a trabajar como todos los días. Mi jefe, que en ese entonces era el Alcalde de la comuna, quiso que fuéramos a visitar los distintos puestos. Visitamos las estancias Josefina, Carmen Mercedes y Kampenaike. Cuando volvíamos ya nevaba y no se veía nada de camino. Transcurridas unas horas comenzaron los problemas. Llegamos a Villa Tehuelches y supimos que dos buses de pasajeros se habían quedado atrapados a la altura del kilómetro 146, sector de Morro Chico.

»Enseguida se dio aviso. La patrulla de carabineros de Villa Tehuelches y la ambulancia de la posta, con funcionarios municipales, salieron con el objetivo de entregarles algo de comida a esas personas. Llevaban termos con agua para hacer café y también pan, pero no lograron llegar: ellos también quedaron atrapados a la altura del sector de Las Nieves.

Tuvieron que pasar la noche afuera, en el vehículo. Solamente tenían comunicación a través de una radio de banda ancha. La nieve seguía cayendo sin parar y ya se hablaba de posibles emergencias, sobre todo en el sector de la ganadería.

»Comenzaron a llegar médicos, militares, autoridades de gobierno y ganaderos, entre otros. Recuerdo que esa noche nadie durmió; todos los funcionarios del municipio, escuela, posta y vecinos de la villa, se juntaron en la Municipalidad para colaborar. De una u otra manera entregaban su ayuda, juntando víveres, ayudando a preparar comida, café, lo que fuera.

»Los funcionarios también entregaban su apoyo a través de la radio banda ancha, a los colegas que se encontraban atrapados a mitad del camino. Como una forma de darles ánimo, les contaban historias, chistes y lo que fuera con tal de que sintieran que no estaban abandonados y que, aunque eran momentos difíciles, se estaba trabajando para lograr llegar a ellos.



»Recuerdo también que esa noche llegaron vehículos de emergencia e incluso unos tanques del ejército, todo con el propósito de lograr abrir el camino y despejar la ruta para lograr llegar donde las personas se encontraban atrapadas.

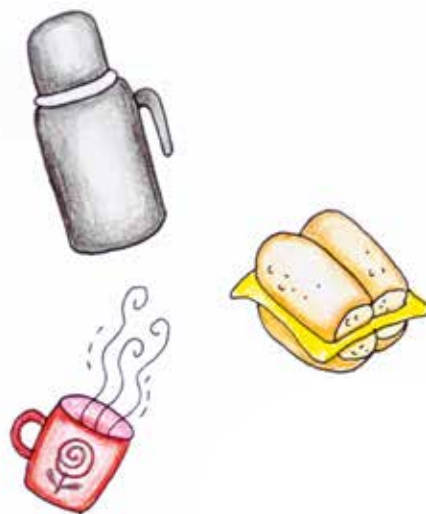
»Después de dos días de intensas nevazones, se logró ver la luz del sol. Acá en Villa Tehuelches, la nieve llegaba a la altura de los cercos de las casas: parecían grandes murallas de nieve. Se hizo un sobrevuelo en helicópteros, para comenzar el traslado de las personas más aisladas, tanto de la gente atrapada en los buses y vehículos, como de la gente que vivía en las distintas estancias. Muchos de esos puesteros no querían salir de su lugar de trabajo; no querían dejar a sus animales solos, los que ya no tenían qué comer.

»Con mucha tristeza se comenzó a ver el gran desastre que la nieve había traído. En muchas estancias había animales muertos; en otras, los

animales no tenían qué comer... las imágenes que se veían eran horribles. Miles de ovinos uno sobre otro fueron atrapados bajo el gran manto blanco.

»Después de unos días, se comenzó a entregar ayuda. Alimentos para los animales que quedaban vivos y víveres para aquellas personas que no habían querido salir de sus puestos y que no tenían qué comer. Estas personas tampoco tenían medicamentos.

»En todos los años que he vivido en esta comuna, jamás había visto esto. Verdaderamente fue muy triste. Desde entonces cada año, cuando llegábamos al mes de agosto, sentíamos miedo, porque pensábamos que volvería a suceder el llamado "terremoto blanco"».



REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

LAS LUCES DE LA LAGUNA BLANCA

Nicol Franchine Barrientos Leiva (5° Básico)
Escuela Diego Portales
Punta Arenas
Tercer lugar regional

Tiempo atrás un anciano habitante de Villa Tehuelches nos contaba que en la pampa magallánica se veían luces extrañas por las noches. Supuestamente esas luces venían a extraer minerales de la laguna.

El anciano nos contó la historia mientras tomaba su mate amargo. Quedamos impactados y a la vez con mucho miedo al escuchar su relato, ya que tendríamos que salir. Esa noche, cuando nos dirigíamos a casa, nos quedamos en el camino observando si aparecían las luces en la pampa, pero no ocurrió.

El anciano nos contaba una historia diferente todas las noches. Una noche, llegamos a la casa del anciano, pero este había desaparecido. Nosotros nos preguntábamos si las luces tendrían algo que ver con su desaparición.

Nos sentimos muy inquietos pensando que las luces se habrían llevado al anciano a otro lugar. Un ovejero que pasaba por la casa nos dijo que no había visto al anciano desde la noche anterior.

Entonces nos fuimos de la casa hacia la pampa y aparecieron las luces de las que tanto nos había hablado nuestro anciano amigo. Nos íbamos alejando cada vez más, hasta que llegamos a una casa muy antigua, al medio de la pampa. Abrimos la puerta y escuchamos a alguien hablando de las mismas luces que habíamos visto; era el anciano. Muy contentos, fuimos a abrazarlo. Él miraba en todo momento hacia la ventana y nos dijo que las luces nos perseguirían y que nos fuéramos a nuestra casa. El gran problema era que no sabíamos dónde estábamos. De repente, escuchamos que alguien nos decía en voz baja:



–Escóndanse, las luces están extrayendo el agua con los minerales de la laguna.

Miramos y vimos que quien nos hablaba era un duende que cargaba una botella de agua para que el anciano se la llevara a las luces que estaban afuera de la casa.

El anciano se paró frente a las luces y les dijo que quería ser su amigo, que para sellar la amistad les

regalaría esa botella de agua para que se la llevaran a su planeta, en demostración de amistad.

Las luces, en señal de alegría, bailaron alrededor del anciano, quien llamó al duende y a nosotros los niños. Juntos saltamos para tocar las luces, riendo de felicidad.

Finalmente las luces se fueron. Nosotros y el anciano prometimos no contar jamás lo vivido aquella noche en la pampa magallánica.





Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con el financiamiento del Ministerio de Educación

